



***ALAMOS  
TALADOS***

***Abelardo  
Arias***

Lectulandia

*Álamos talados*, reconocida por el propio autor como una historia de familia, nace del recuerdo de los años de la adolescencia entre los viñedos mendocinos. Alberto, con su frescura, su sensualidad, su rebeldía, se asombra ante el descubrimiento del cuerpo y del amor; pero inevitablemente debe enfrentarse con el mundo adulto; la hipocresía, el poder y la injusticia. Construida con técnicas cinematográficas y gran fuerza poética, la novela profundiza en los personajes a través de dos ejes fundamentales: el amor y la amistad.

**Lectulandia**

Abelardo Arias

# **Álamos talados**

ePub r1.0

diegoan 09.07.14

Título original: *Álamos talados*  
Abelardo Arias, 1942  
Diseño de cubierta: Alberto José Ciupiak  
Retoque de cubierta: Helena Homs

Editor digital: diegoan  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

—¿Vendrás pasado mañana?... —pregunté con ansiedad; asintió con un movimiento.

Tumbé la cabeza en su regazo, mi cara se pegó a la piel tibia del antebrazo. Al reverberar, el sol me hacía fruncir los ojos; al fin los cerré lentamente, con gozo de deslizarme en una barranca cubierta de pasto verde.

Todo había sucedido en menos de dos meses. Me parecía imposible. Y sin embargo, había tenido la intuición, casi la certeza, de que ese algo extraño que ahora cambiaba mi vida llenándome a veces de embeleso y deleite, otras de turbación y vergüenza, había de llegar a mí y posesionarse de todo mi cuerpo en aquel verano.

El brazo tibio, que me ceñía el pecho, ya lo había sentido en mí, dentro de mi cuerpo, antes de poseerlo; era como si lo hubiera llevado preso en la sangre y, de pronto, se revelara tomando enmorenecida forma.

Inclinó la cara de mejillas ardientes y la dejó reposar sobre la mía. En la siesta del viaje, había apoyado mi cara en el repecho de la ventanilla recalentado por el sol.

Voló la imaginación entre los álamos, que había visto alineados mientras el tren corría marcando los durmientes, en esa última parte del viaje a San Rafael, de Mendoza. Deseaba, a veces y desde niño, ser pájaro para volar en inesperadas curvas bordeando las enhiestas copas de los álamos tan verdes; botar en las nubes como un mullido colchón de sueños y quedar, luego, colgante en medio del espacio, frente a la Cordillera de los Andes, con esa actitud de la paloma del Espíritu Santo en el púlpito del colegio.

Veía pasar la tierra castaña. El humo de la locomotora jugaba a las «montañitas rusas» en los hilos telegráficos que bordeaban la línea férrea. En figura de contradanza venían a rendir pleitesía las rectas hileras de los viñedos. De vez en cuando, chicos desarrapados saludaban con las manos, sonreían, reían a todo carrillo los otros y algún gandul ensayaba ademanes procaces.

Una y otra vez cruzábamos viñas, huertas de frutales y trincheras de álamos; el tren, como enorme lanzadera, entretejía los brillantes hilos verdes en el bastidor de acero de las vías.

Terminaba la siesta y con ella el viaje. Abrí con dificultad la ventanilla —crujió la tapa de mi banco escolar— en el preciso momento en que nuestro coche atravesaba un paso a nivel. El compartimiento se llenó de tierra; mi madre exclamó entre toses y sin abandonar la valija de mano, que arreglaba:

—¡Pero hijo! ¿Quieres ahogarnos en tierra?

Valijas, cajas y paquetes se amontonaban sobre uno de los amplios asientos.

—Alberto, vos te encargás de que no se nos olvide algo... —prosiguió mi madre, mientras yo trataba de alisar mis pantalones arrugados.

Tía Joaquina llegó desde el compartimiento vecino para ayudar a «la pobre

Merceditas de Aldecua y su cáfila de hijos», como decía Isabel Pereyra. Éramos cinco; tres mujeres y dos varones. Con quince años y medio, yo era el mayor; María Mercedes había cumplido trece. Margarita once, diez María Inés y nueve el menor, Eduardo.

Mi gato —un enorme animal negro moteado de blanco, que viajaba a todas partes desde hacía cinco años, un poco por llevar la contra y mucho por costumbre— se puso a maullar desaforadamente dentro del canasto. Mi hermana María Inés, fascinada por la idea de ser contrabandista, se encargaba de traerle comida y sacarlo de vez en cuando para que afilara las uñas en los asientos de cuero. El gato, en lugar de calmarse con los mimos, aumentó los maullidos. María Inés, los ojos negros muy asustados, se acurrucó a mi lado:

—Ves, ¡va a venir el Inspector y nos baja a todos! —exclamó.

—¿Bajamos a nosotros? ¿Quién se va a animar? ¡Para qué te crees que viajamos con la abuelita!

Tía Joaquina, desistiendo de la ayuda, dio dos vueltas sobre sí y optó por sentarse en el extremo más apartado; se apoltronó como gallina que ha escogido el nido para empollar y, sujetando sus lentes con un golpecito del índice derecho, exclamó:

—¡Dios mío, qué temeridad! ¡Venirse con ese gato de albañal, desde Buenos Aires!

Mi madre, con el traje negro de viuda casi emblanquecido por el polvo del viaje, se volvió hacia tía; me pareció que por un momento estuvo tentada de unirse a ella; en realidad, detestaba al cargoso animal, que un día se coló por la reja del jardín de nuestra casa, en la calle Obligado, e ingresó muy orondamente en la familia. Buenas razones tenía para unir el acostumbrado reproche a los de su hermana; sin embargo, con voz resuelta dijo:

—Eso prueba que el chico tiene buenos sentimientos...

Hubiera querido agradecer su gesto, pero sólo atiné a protestar:

—¿Chico?... Pero mamita, usted se olvida siempre que ya tengo pantalones largos ¡desde hace dos años!

Ambas rieron; tía Joaquina sacó de su bolso un pañuelito blanco que tenía bordada una canastilla de flores y, secándose los lagrimales por debajo de los lentes, agregó:

—¡Tenés razón, siempre nos olvidamos que ya hay un hombre para compañía durante el verano!

Unos golpes discretos en la puerta del camarote interrumpieron la conversación; mi madre cerró su valija; se abrió la puerta y el guarda, con exagerada cortesía —no en vano viajábamos en compartimientos especiales—, exclamó:

—Faltan dos minutos para San Rafael. ¿Desean algo las señoras?

Tía Joaquina, que era soltera, dio un respingo y, tomando el maletín donde

guardaba las joyas de abuela y los contratos de los arrendatarios, se dirigió presurosa al camarote vecino. Mi madre me hizo una señal con la cabeza. Con aire displicente llevé la mano al bolsillo y entregué al guarda un billete. Había pensado una frase pomposa: «Tome buen hombre, es para usted...», pero no dije palabra y volví tímidamente a mi asiento, sin escuchar su bisbiseante agradecimiento.

El tren disminuía la marcha; a corta distancia surgían, entre los coposos carolinos, los techos de zinc de dos aguas, que cubrían los rectangulares cuerpos de edificio de las bodegas. Las últimas viñitas se entrelazaban con las huertas de legumbres. El convoy tomó una curva; rápidamente conté los vagones: un furgón y tres coches de pasajeros; tren magro en cuyos costados llenos de polvo los chicos de las estaciones habían dejado al pasar las huellas corridas de los cinco dedos. Apareció, al fin, la ansiada estación, con la única planta apoyada en dos galerías de tejas rojas con verdes pilares de hierro.

Chirriaron los frenos. Por la ventanilla se deslizaron las caras de la plataforma; una mano tosca, seguida por la manga de una blusa azul, se prendió a la de nuestro camarote. Lentamente, con suavidad de maestro, el maquinista detuvo el tren; en cualquier estación del trayecto de seis horas hubiera admirado la maniobra, pero en San Rafael faltaba tiempo para esas minucias. Sólo aquí tenía prisa por bajar del tren. En cambio, al regresar a Buenos Aires era el último en descender: hurgaba todos los rincones del camarote por si hubiéramos dejado algo, pero lo hacía, en realidad, para quedarme un momento más; mirar por última vez el reluciente lavabo de metal, el botellón de agua que mi madre nos prohibía tocar, las redes del equipaje aún vencidas por el peso que habían soportado, como dejaba a la red de pescar la correntada del río Diamante; quería oler ese perfume de tren, que era para mí el perfume de viajes remotos, y, para mi madre, nada más que olor de pintura, aserrín y engrudo.

Como autómatas comencé a pasar los bártulos; el changador de todos los veranos sonreía, entre el respiro que le dejaba una valija y otra. Mis hermanos reían llenos de gozo y nuestra madre lograba, con dificultad, mantener el orden. ¡San Rafael! Quería a la ciudad casi tanto como abuela, que había luchado a la par de su marido para verla nacer. Nuestro año de Buenos Aires transcurría descontando meses, luego días, para ese viaje a la tierra de la abuela materna.

En los grados primarios, cuando el profesor de Catecismo nos hablaba de Adán y Eva en el Paraíso y recalca que sólo «tenían necesidad de extender las manos para recoger toda clase de excelentes frutos», en seguida situaba aquel lugar en mi San Rafael, y hasta guardaba secreta esperanza de que la Biblia se hubiera equivocado en la tal situación geográfica. La media hora de religión, que dictaba aquel hermano de ojos alegres, se esfumaba y ya no veía el infierno negro que era el pizarrón en la clase de aritmética.

Ya crecido, entrar en la finca de abuela equivalía a olvidar los problemas del año;

nada de matemáticas, ni de física, ni de religión —tema indiscutido e indiscutible en la familia—; no pensar durante tres meses en lo que sería cuando fuera grande. Entrar desnudo en un bosque umbroso, de extrañas plantas con hojas suaves y acariciantes, flores rojas y frutos maduros que al andar me golpeaban el pecho, como si fueran badajos de campanas o senos de mujeres.

En el andén nos esperaba tío Ignacio.

—¡Llegaron a horario! —fueron sus primeras palabras, mientras acariciaba el cristal de su pesado cronómetro de oro, que luego volvió al bolsillo del chaleco donde se codeaba con el estuche del termómetro. Tío Ignacio era médico y afirmaba que la medicina era su esposa, «porque, como a todas las mujeres, no terminaba nunca de estudiarla».

Abuela Dolores, enfundada en su guardapolvo de viaje, apareció por fin en la plataforma del coche; apoyándose en la barandilla echó una mirada circular, como si dudara en descender. Tío Ignacio le ofreció la mano y ella apeóse con galanura. Parecía nacida para descender de esas austeras sopandas que había visto en el Museo de Luján, la escena en el ferrocarril se me antojaba anacrónica. Tras de ella bajó tía Joaquina, luego la niñera con el bebé de tía Elvira en brazos, y por fin, tía Elvira y Enrique, su marido. La familia ocupó buena parte del andén con sus bultos. Mi madre nos reunió a duras penas entre la gente. Con ojos siempre inquietos y azorados de cuidar hijos, hacía la cuenta; terminada la nuestra, siguió con los bultos.

Automóviles y camiones esperaban en la rotonda posterior. En medio de ellos llamaba la atención el conjunto del break de la abuela, atalajado con magnífico tronco de caballos alazanes de relucientes arneses, el milord de altas ruedas y un carro con su yunta de bueyes. Abuela detestaba los automóviles y sólo subía al de tío Enrique, cuando agotaba todos los pretextos y lo hacía de tan poco grado, que su yerno trataba de excusarse arguyendo que los viajes a las propiedades, que poseía en distintos departamentos de la Provincia, le obligaban a tenerlo.

El cochero y el picanero se adelantaron para saludarnos. Eulogio, el cochero del break, respondía por ambos a las preguntas de abuela, mientras con el mango del látigo golpeaba nerviosamente las botas que enfundaban sus bombachas de *diablo fuerte*. Tenía bigote de guías caídas y habla reposada y bonachona.

Abuela agradeció los cumplidos con ceremoniosa cortesía. Mientras los viajeros trataban de ubicarse, Eulogio suspiró satisfecho. ¡No era acción de poca monta enfrentar a abuela!

Al fin le caí en cuenta; me miró de arriba abajo:

—¡Joven Alberto! ¡Vaya, pues, si está guapazo el criollo! —con olvido del protocolo familiar, me dio un abrazo—. ¡Grandote, como palo'e bajar chinches! —agregó, y, riendo de su chuscada, se arrimó a los caballos para quitar las maneadas de cuero sobado. Antes de subir, se volvió:



—Mire quien está ahí, pues... —con un movimiento de cabeza señaló al cochero del milord.

—¡Cirilo! —grité lleno de alegría.

El muchacho bajó de un salto; sonreía vergonzosamente, mostrando los dientes que parecían más blancos en la cara curtida por el sol.

—Mi'alegro'e verlo bueno, joven —dijo, tendiendo la mano.

Sin poderme contener, lo estreché en un fuerte abrazo.

Tío Ignacio, que ya había subido al pescante, nos interrumpió sacando de nuevo el reloj:

—¿Estamos?... Se hace tarde. ¿Qué esperas, Alberto?

No sé qué esperaba; pero no tenía ganas de viajar en el break, donde ya se apretujaba la familia. Hice una guiñada a Cirilo y, sin contestar a tío, exclamé:

—Abuelita, será mejor que vaya en el milord, ya no queda sitio ahí...

Asintió con un gesto, mientras tío Ignacio alzaba los hombros y mis hermanos miraban con envidia.

El break se puso en movimiento; mi madre sacó la cabeza por la portezuela:

—No vayas a manejar vos. Esperen a que salgan los automóviles —entre el polvillo mezclado de carbón, escuché su última recomendación—. ¡Hacele caso a la Pancha!

El milord ostentaba dos escaños tan altos que daban la impresión de viajar en andas; en el posterior tomó ubicación la Pancha, acomodó en el regazo una pequeña jaula con la urraca favorita, y sacando de la cartera un paquete con trocitos de carne cruda, que ya tenía un color negruzco, se los dio al pájaro, acompañados con mimos y exclamaciones de cariño. Junto a la Pancha, la doméstica de mi madre y la niñera de tía Elvira. Sobre el piso de tablas desiguales se acomodó la Chischica, la criada de abuela.

Mientras esperaba la entrega del equipaje de furgón, me ubiqué junto al canasto del gato, que la Pancha no quería recibir en el coche por temor de que se comiera a la urraca. El suelo trepidaba aún bajo mis pies. Sentado en el corredor trasero de la estación, miraba ir y venir a los changadores llevando hasta el carro los pesados baúles.

Para mi gozo, nuestro viaje desde Buenos Aires se prolongaba dando la vuelta por la ciudad de Mendoza, donde vivía abuela Dolores y en cuya compañía hacíamos siempre el último tramo, luego de descansar una noche, en aquella su casa de una sola planta con tres patios corridos, el último de los cuales tenía por cielo el complicado andamiaje de un parral. Tres ventanas enrejadas, dos a la izquierda, escoltaban el ancho portalón de cedro, cuyas molduras, de rancio dibujo, recogían el polvillo.

Todos los años, el frente de la casa aparecía nuevamente pintado al aceite, con discreto color verde oscuro que se aclaraba en comisas y ménsulas.

Terminado el zaguán, cerraba el paso una esbelta puerta cancel, con sus cristales gruesos, ornados de guardas biseladas, donde se entrelazaban las iniciales de abuela.

Las puertas de las habitaciones principales se abrían sobre el primer patio embaldosado y la galería, por uno de cuyos pilares se trepaba hasta el techo una enredadera de Santa Rita, cuyas flores rojimiradas se desprendían continuamente y ensuciaban el patío, para vana desesperación de la Pancha, porque tal enredadera era la planta favorita de abuela. Ella compartía sus cuidados personales con un filodendro que, empotrado en su tinaja de madera, ocupaba el ángulo más alejado de la galería. Las grandes hojas de la exótica planta, al abanicarse muellemente, daban frescura al mobiliario claro de la galería.

La sala, de once metros de largo por seis de ancho, en tiempos de la soltería de mi madre y tías se había abierto para grandes saraos; ahora permanecía casi siempre cerrada. Gustaba entrar en ella cuando nadie me observaba, abría una rendija en un postigo y, en la semipenumbra, caminaba a pasos lentos y voluptuosos, hundiendo mis pies en la muelle alfombra, del rosa más bello que jamás había visto, y que cubría la totalidad del piso crujiente. Leve olor de naftalina parecía desprenderse de ella, de sus guardas de flores y follaje verde pálido, casi blanco, que desaparecían a cada instante bajo las mesas, sillas, banquetas y sillones Luis XV. Dos consolas, doradas a fuego, ornaban los testeros principales; sobre una de ellas, en cuyo espejo se reflejaba uno de los largos y pesados cortinados de damasco de seda, que colgaban en puertas y ventanas, descansaba un reloj del siglo XVIII, que se me antojaba maravilloso.

En una mesilla estaba el álbum de fotografías familiares con sus tapas de terciopelo rojo y guarniciones de plata, oro y esmalte. Sobre el damasco de seda que tapizaba las paredes, unos cuadros, que también «el abuelo había traído de Francia», alternaban con los que mi madre y mis tías habían pintado en las clases de adorno de las Monjas de María.

—¡Vamos, joven! ¿Si'ha quedao arriba'el homo? —gritó la Pancha.

Atravesamos la ciudad por una calle de poco tránsito. El milord no tenía capota, y el sol de las cinco de la tarde se metía poco a poco en los trajes y cosquilleaba la piel con pasos de mosca. Tratando de guarecernos a la sombra de las interminables hileras de álamos que bordeaban las cunetas de la Avenida Thevenet, seguimos el *macadam*, que debíamos recorrer durante una legua hasta el fundo.

Había llegado el momento. La Pancha explicaba a nuestra sirvienta porteña, que allí comenzaba la propiedad de la señora. Ponía tal énfasis en las palabras, que cualquiera creería hablaba de algo propio; ella lo sentía así.

Acercándome a Cirilo, y ante su asombro, pasé los brazos entre los suyos y me apoderé de las riendas. La Pancha, perorando sobre la magnificencia de nogales y olivares, no se dio cuenta del cambio.

En dirección contraria a la nuestra, apareció a gran velocidad un auto pintado de

rojo. Al pasar bramando, una nube de tierra nos envolvió. Sin poderlo evitar, cerré los ojos: sentí un fuerte tirón en las manos y las riendas escaparon. Me pareció que el coche se deslizaba sobre las ruedas del costado izquierdo; crujió la destartada carrocería y, de pronto, me encontré tirado sobre uno de los montones de arena y greda, que regadores y camineros sacaban de la cuneta al desembancar.

En medio del limbo de tierra que nos envolvía, escuché a la Pancha que gritaba:

—¡San Antonio bendito nos asista!

Cuando el viento se llevó la nube de tierra y la dejó como suspendida sobre los alfalfares, vi a la Pancha que, agarrada a una de las manijas de su asiento, enarbolaba en la otra mano la jaula de la urraca, como si la tomara por testigo de sus juramentos:

—¡Ya te vi manejando! ¡Santo Dios! —cortó al verme sentado y cubierto de tierra—. ¿Ti'ha pasado algo?

—¡Nada! —grité furioso, escupiendo arena, mientras me ponía en pie y sacudía la ropa. ¿Quién es ese animal del auto?

Cirilo, que de un salto había abandonado el pescante y llevando de la brida al caballo sacaba de la cuneta el coche, bajó la cabeza y contestó asustado:

—Es el turco, ese que tiene la bodeguita al otro lao del río, joven,

—¡Bestia de porquería! Ya le voy a decir a la abuelita. —Yo le voy a decir, antes, lo que has hecho. ¿Por qué le quitaste las riendas al Cirilo?— exclamó la Pancha, mientras trataba de calmar a la urraca que chillaba despavorida.

—¡Callate! ¡Sos una cuentera, nada más que una vieja cuentera!

Con las asentaderas doloridas volví al coche, mientras las sirvientas cuchicheando, sin atreverse a levantar la voz, hacían coro a la Pancha.

—¡Ya va a ver ese gringo! —volviéndome hacia la Pancha agregué—: ¿Y vos te creés que no sé manejar? Todo porque nos agarró en este pedazo del carril que están arreglando... ¡y, después de todo, no tengo que darte explicaciones a vos!

La Pancha no pudo soportar más:

—¡Ya vas a ver, sotreta, le voy a decir a la Señora que me has faltao al respeto!

Con esto cesó la discusión, porque en verdad le había faltado. Aunque fuera la cocinera, y sin duda porque lo era desde tiempo inmemorial, exigía le fueran guardados ciertos miramientos de los que era puntillosa en extremo, miramientos que la misma abuela le acordaba.

Mientras Cirilo, intimidado, revisaba los arneses, yo, la cabeza alta, contemplaba las dos trincheras de álamos que casi se juntaban a lo lejos, dejando ver entre ellas la cresta de un cerro, enclavada como la mira de un fusil. A la izquierda y en el límite de la calle, un talud de champas contenía el canal para el regadío de la finca, donde viejos sauces mojaban las puntas de sus ramas. De trecho en trecho, a manera de enormes hongos, surgían al borde tinas de aclarar agua; al pie de cada una bajaba un senderito, se borraba al cruzar el *macadam* y, al reaparecer, llegaba hasta la puerta de

las casas de frente encalado.

—¡Gringo del diablo! —mascullé. Bajé la cabeza, rojo por lo que se me antojaba espantosa humillación. Le pediría a abuela que le echara del pueblo. ¿Acaso ella no lo podía? ¿Para qué, entonces, el largo carril que recorríamos, el pueblo todo, llevaban el nombre de abuelo? Calmado por esta solución, crucé las piernas tratando de disimular las rodilleras de mis pantalones y, recordando la mayestática solemnidad de aquel retrato de Luis XIV, que ilustra la Historia de Malet, traté de sobrepasarlo en altanería, mientras recorría con la vista cuanto lograba abarcar de las tierras de abuela.

Cirilo volvió a ocupar su lugar en el pescante y, cuando de nuevo emprendíamos la marcha, sentí la voz de la Chischica, entre quejosa y ladina:

—Y d'iaay, joven..., ¡se deja el canasto'el gato, pues!...

Distraído taloneé el caballo que encrespó sus orejas, semejantes a las de un inmenso gato amarillo, y comenzó ligero trote; sentí mis nalgas golpear contra el cuero reluciente de la montura inglesa. Entre las risas sofocadas de la familia, cuando la Pancha contaba llena de aspavientos la *catástrofe* del milord, tía Elvira había conseguido que me levantaran la prohibición de andar a caballo durante dos días.

En la curva de la Avenida Thevenet, frente a la casa de abuela, el sifón del canal rezongaba acompasadamente, como si calafateara un ventrudo barril descuadernado por el sol. Desde el cruce del canal, doble hilera de carolinos formaba sobre el camino una bóveda de impenetrable verdura, que alcanzaba el puente del río Diamante.

Sentí vivo escozor en la pantorrilla; con un movimiento de riendas detuve el caballo que volvió la cabeza como para averiguar la causa. Retiré el pie derecho del estribo, que al quedar libre golpeó con sonido metálico en la cincha y, afirmándome sobre el cabezal de la montura, crucé la pierna sobre el lomo del animal.

Entre la baraúnda de baúles aún no había encontrado mis pantalones de montar, y los correajes de la cincha me habían llagado el comienzo de la pantorrilla. Junto a esa curva de mi cuerpo que gustaba contemplar, corría un hilillo de sangre entremezclada con pelos bayos y sudor del animal.

Limpié la herida con el pañuelo, mientras me mordía el labio inferior. El caballo continuó su marcha a paso lento; me hamacaba como si llevara una «bolsa de papas».

Sonreí al recordar la frase de tía Elvira, que se burlaba de mis menguados intentos de jinete: «Te zamarreas como una bolsa de papas». «Te zamarreas...».

Hacía de esto ocho años.

Tía Elvira, con un temo azul cuya amplia falda caía como gualdrapa, montaba su hermosa yegua alazana, cuyas líneas, de sin par finura, me embelesaban. Creo que ese animal tenía conciencia de mi admiración; al verme solía caracolear sobre las patas traseras. Mi arrobo llegó al colmo cuando supe que era de pura raza anglonormanda.

Hojeando un número antiguo de la *Illustration Française*, había visto una estampa semejante: era el mismo caballo, la misma apostura de la jinete; ansioso leí la leyenda; fue una desilusión, ¡no era tía Elvira! Sólo Eugenia de Montijo, Emperatriz de los Franceses. Cuando la veía, así montada, me asentaba en la conclusión de que ella era más elegante, más fina que la Emperatriz. Tío Ignacio destruyó nuestro encanto diciendo: «Todas las mujeres que uno admira se parecen a una reina o a una actriz de su época».

Yo contemplaba la escena —recordaba los mínimos detalles— desde la galería. Aparecía, por el callejón de entrada, parte de la cabalgata a la cual debía

incorporarse; se saludaban alegremente; tía ensayaba un coqueto ademán con la fusta; la yegua marcaba los músculos bajo la pelambre reluciente y alzaba la cabeza tascando el freno, cuyas hebillas de plata brillaban al sol.

Partían. Quedaba lleno de esperanza; un día, «cuando tuviera pantalones largos», abandonaría mi montura chilena y sus pellones, para unirme a la cabalgata de tía Elvira y de esas señoritas tan rubias, que hablaban siempre en francés. La más alta llevaba pendiente por una cadena, y recogido sobre el costado izquierdo del pecho, un reloj de oro que en la tapita lucía una centelleante flor de *lys*.

La señorita de Courtenay se me antojaba uno de esos esmirriados escaparates de los joyeros elegantes que, sobre terciopelo, muestran una sola joya. Cuando hablaban castellano me hacían sonreír indiscretamente, hasta merecer una reprensión de mi madre que aducía: «Son unas señoritas muy distinguidas y, además, sus padres fueron amigos de tu abuelo».

La amistad del abuelo Thevenet me parecía de mucha importancia, casi tanto como la raza de la yegua alazana.

Regresaban al oscurecer, e invariablemente desmontaban para saludar a abuela, quien las recibía con toda su hidalga prosopopeya, como para demostrarles que los «criollos también saben hacer las cosas».

La corta visita me proporcionaba el esperado refresco de guindas, la mermelada de frambuesas y el bizcochuelo. Recibía caricias y besos musitantes; abundaban los *joli* y *charmant*, palabras cuyo exacto significado no conocía, pero que adivinaba elogios ante la cumplida sonrisa de mi madre. Acodado en la silla, quedaba a la expectativa contemplando la puerta del comedor. A cada instante creía ver la aparición de la sirvienta, trayendo, en la bandeja de plata martillada, las codiciadas copas. Por fin, la puerta se entreabría, escuchaba un instante las risas sofocadas de mis hermanos; mi madre ensayaba un mohín de disculpa que nadie parecía advertir, y las puertas se cerraban como por arte de magia.

Crujían las polainas de cuero, tintineaban las espuelas de mi padre, cuando los caballeros se ponían en pie para alcanzar una copa a la abuela o a las otras damas de la tertulia. Ruborizándome, por la peregrina importancia que otorgaba a mi papel, colocaba en las faldas de las señoras minúsculas servilletas de encaje, que, al comienzo de la temporada, aún olían a lavanda o espliego. La criada ubicaba la bandeja con las restantes copas sobre una mesa, que ostentaba un centro de porcelana de Sèvres repleto de magnolias. Titubeaba un momento, pero al fin, quedaba en mis manos la más colmada.

Bebía, mientras, en vano, mi madre trataba de llamar mi atención. Era inevitable, nunca como entonces encontraba más atrayentes las flores del ceibo que, visto desde la terraza, ocupaba el lugar más oblicuo del parque. No variaba la visual, hasta dar fin a la copa. Nuevamente se abrían las puertas del comedor y otra criada traía la

mermelada de frambuesas, preparada bajo el cuidado personal de abuela: muestra de hacendosa habilidad que guardaba en botijos lacrados y bajo llave en el esquinero de la dulcería.

La mermelada de frambuesa, «¡el dulce de las visitas y de los cumpleaños!».

Aún saboreaba su agrídulce sabor, su color de sangre coagulada. Allí zozobraba todo el ceremonial, con su prescripción de que debía ofrecer trozos de bizcochuelo, mientras la primera criada retiraba las copas yacías.

El sonido a hueco que producían los cascos del caballo sobre el largo puente de hierro del río Diamante, me arrancó de los recuerdos. Abajo, el agua se deslizaba a jirones entre las cortaderas, como una capa marrón flotando al viento. Las piedras entrechocaban, con ese sonido sordo de las bochas al tocar en las maderas laterales de la cancha, en la pulpería del «Pobre diablo». Instintivamente descrucé la pierna, temeroso de que alguien me hubiera visto en postura tan poco masculina; sin desearlo, me ruboricé al pensar en Osvaldo Sierra. ¡Lo sabía! Riéndose hubiera soltado uno de sus: «¡Mirá al marica!», y continuaría con una ristra de palabras y ademanes obscenos, porque para eso «era bien macho».

Estaba cansado, molido por aquel segundo día de San Rafael. El sol quemaba el costado derecho de mi cara; la tierra, que levantaban los coches al pasar, blanqueaba mis cabellos, reseca los labios, dejando en las muñecas transpiradas hilillos de barró, que marcaban también las líneas de las palmas, se metían entre los dedos y ganaban las coyunturas que la adolescencia daba formas acusadas.

Casi un año sin montar dolería mis muslos. Sentía deseos de arrojarme al agua, pero estaba solo. En seguida acudieron a mi memoria historias cien veces oídas del río y sus traidores remansos. Tuve miedo, pero me hubiera guardado bien de confesarlo. Eulogio, el cochero, decía que «los criollos jamás tienen miedo, ¡aunque se les aparezca el diablo!». ¡Y yo me sentía furiosamente criollo!

Llegué al extremo del puente, mecánicamente endilgué el caballo cuesta abajo por el terraplén; al llegar a la orilla se abalanzó sobre el agua y bebió resoplando. Desmonté para ajustarle la cincha a fin de que no bebiera demasiado y, desanudando el cabestro, lo até a un pie de gallo. Un poco más arriba, en contra de la corriente, me eché de bruces en la orilla y empapé la cabeza con el agua turbia.

La tarde era sofocante. Con la cabeza chorreando agua me despojé de la chaqueta; el sol dio de lleno sobre mi torso desnudo. Mientras con pueril vanidad forzaba los incipientes músculos, con brusco movimiento de pies arrojé los zapatos, dejando que la arena caliente cosquilleara mis plantas. De nuevo sentía esa desazón, que hormigueaba todo mi cuerpo cuando me encontraba solo; tenía deseos de algo que no podía precisar; fastidiado me arrojé nuevamente al suelo. Esta vez la arena me produjo sensación de cataplasma en la espalda; cerré los ojos y quedé escuchando un trueno cada vez que pasaba un vehículo sobre el puente.

De pronto, muy cerca de mí, oí chapotear. Molesto por el sol, vislumbré apenas a un muchacho que salía del agua. Me incorporé de un salto: dos grandes ojos negros me miraban entre sonrientes y sorprendidos.

—¿Viene a bañarse, joven Alberto? —preguntó Cirilo con timidez.

Hice un gesto de fastidio y contesté con desgano:

—No, hay muchos remansos —temeroso de que pudiera creerme «un gallina», agregué—: Además, no tengo traje de baño. —Sonrió asombrado; entonces me di cuenta de que estaba completamente desnudo. Me estremecí; ya no me cabía duda, según mi costumbre debía estar ruborizado.

Cirilo rio con todas sus ganas y, sentándose en cuclillas a mi lado, dijo con naturalidad:

—¡Y d'íay, se baña en cueros! Si quiere vamos donde es pandito...

—¿Te creés que tengo miedo? —respondí desafiante.

Sin saber lo que hacía, porque en realidad tenía miedo, me quité el pantalón y quedé tan desnudo como lo estaba él. Su cuerpo moreno brillaba al sol, como un pedazo del río. A pesar de que le llevaba algunos meses, él parecía mayor; era fuerte como esos álamos que chicotean al viento del amanecer. Debía sentirme seguro a su lado.

—Vamos —dijo, al tiempo que con movimiento decidido me tomaba de la mano.

Me pareció que su voz se había quebrado. Con desesperación, como si quisiera borrar algo de mi mente, miré el paisaje; en vano traté de interesarme en el ancho río con su cauce lleno de piedras multicolores; en el largo puente dividido en dos tramos por una isla casi cubierta de sauces; en vano las cortaderas agitaban sus engolados penachos y las largas, interminables, trincheras de álamos se abanicaban en la barranca de piedras y ripio de la orilla contraria.

El agua helada, al mojar el bajo vientre, me hizo recuperar. Cirilo me tenía de la mano con el cuidado con que se lleva a un niño; tuve ganas de gritarle: ¡Te creés que soy un chico!, pero no dije nada, le seguía dócilmente. El fondo de arena cedía bajo mis pies. Avanzamos así por el remanso que se formaba atrás de un pie de gallo, cuyos troncos habían brotado hasta convertirlo en un pequeño sauce. El agua nos llegaba a la altura del pecho; decidido largué la mano de Cirilo y, apoyándome en su hombro, me adelanté cautelosamente hacia donde la corriente del río, desviada por el pie de gallo, se deslizaba velozmente.

—¡No si'arrime, joven! ¡La correntada es muy traidora! —gritó Cirilo asustado; luego, casi cantando la frase, agregó socarrón—: ¡Se me pone que nu'ai ser muy baquiano pal'agua!

—¡Eso te creés vos! —exclamé jactancioso—. Ya sé, ¡estás pensando que tengo miedo!

—No, joven, es que conozco este brazo'el río mejor qui'al canal de la finca,



pues...

Molesto por el tono protector con que me hablaba, avancé resueltamente. El fondo de arena terminaba bruscamente; con dificultad logré acomodar un pie sobre las piedras que, al afirmarme para avanzar, cedieron. Intenté dar un brinco para comenzar a nadar, como lo hacía en la piscina del colegio, pero la correntada me tomó de lleno por el pecho, me trabó las piernas y, con desesperación, sentí que perdía el equilibrio, que el agua me arrastraba. Manoteé sin control, quise gritar; el agua turbia me llenó la boca y la nariz. Rodeándome, corría vertiginosamente hasta chocar contra las bolsas de alambre llenas de piedras, que defendían la toma de un canal. Ya no pude ver más. El agua me cubrió la cabeza, sentí arremolinarse mi pelo como en un día de viento. Mi cuerpo arrastrado flameaba como una bandera. Desesperado agité los brazos; el agua se deslizaba entre mis dedos como flexibles cuchillos helados. Me faltaba el aire; todo se volvía rojo con resplandor de horno o con ese rojo de las láminas del sistema circulatorio que, puntero en mano, señalaba el profesor de Anatomía. Me deslizaba sin remedio, con horror de pesadilla. Pensé que iba a morir en el agua turbia del río de abuela.

Quedaría abotagado, los ojos hinchados como habas partidas. ¡La cara de espanto que pondría mi madre! Igual a la que tuvo el día en que me creyó raptado por unos gitanos, mientras yo dormía en uno de los sillones del escritorio de mi padre, entre sus libros de tapas rojas y canto dorado, bajo la mirada de Schiller que, en su busto de bronce, tenía, con su cabello partido en dos jopos levantados, algo de anunciador de circo. Jugando un día en el jardín hice caer a María Mercedes y se hundió la tijera de cortar rosas en la mejilla, la sangre brotó muy roja. La yegua alazana, espantada, arrastró a tía Elvira pendiente del estribo, con el amplio temo azul revuelto en lluvia de puntillas sobre la tierra fofa. ¿Por qué ese maldito de Osvaldo Sierra me había preguntado esas cosas en el patio de recreo? ¿Cómo giraba de alegre aquel trencito a vapor que me regaló mi padre cuando tenía siete años; subían y bajaban las señales rojas, tan rojas como yemas de dedos ensangrentados! Eulogio hundió un día el cuchillo en el cogote de un lechón y la sangre borboteó roja. Mi madre había colocado un ramo de flores blancas, moradas y rojas, sobre la tumba de mi padre; luego, bajó su crespón para llorar, mientras yo apretaba los dientes. ¿Por qué el triste de Luis Olivera me había escrito aquella carta? Las garzas rosadas volaban en bandada sobre la laguna Picaza, cuando pasaba el tren resoplando sobre el terraplén de piedras amontonadas como azúcar en terrones. Yo había mirado, una vez, una boca muy roja, sentí deseos de entrar en esa gruta roja. ¡Cuántas grutas rojas que sólo podía imaginar! Las flores rojas del ceibo de abuela... rojas..., rojas...

Ya debía surgir en la pantalla, orlada de luces rojas de neón, el «Continuará en el próximo episodio». Veía las letras nítidamente; de pronto, comenzaron a esfumarse, se alargaban, bailoteaban, se entremezclaban como lombrices de una pesca.

Algo me tocaba el pecho prensado, se corría hasta encajarse como dos ganchos en las axilas. Me alzaban. ¡Pero con qué desesperante lentitud! El incienso subía así cuando colgaba el incensario en la sacristía del colegio; se retorció enhebrando las argollas de plata de sus tres cadenas y subía lentamente hasta desaparecer, alto, flácido, escurridizo, huidizo, lentamente...

Cuando abrí los ojos, el sol rodeaba con halo rojizo la Cabeza chorreante de Cirilo. Un acceso de tos me sacudió el cuerpo; dos hilillos de sangre surgieron de mi nariz y se mezclaron con greda, entre la pelusilla del labio superior. Respiraba con dificultad. Nunca me había sentido tan aplastado sobre la tierra, tan pegado a ella, con ese abandono de trapo mojado que ha caído de la batea y queda hecho montón, destilando agua. Una plasta inmóvil.

Cirilo friccionaba con fuerza mi pecho y estómago.

—Gracias, Cirilo, ya estoy bien —pude balbucir al fin. Había visto en el cine que, en parecidas circunstancias, era casi obligado decir: «Te debo la vida». Yo le debía la vida a Cirilo. Tuve vergüenza y callé la frase.

Con su mano áspera, apartó de mi frente los cabellos mojados. Tenía sus ojos de conejo agrandados por el miedo. Quiso sonreír para darme ánimos, pero no pudo; los labios amoratados se le entreabrieron y respiró profundamente, como si allí terminara su esfuerzo.

Miré de nuevo el cielo, con asombro, tal si nunca hubiera visto su purísimo añil. Lo repasaba con golosería, como si estudiara el mapa de un país lejano. Respiré casi con temor; escuchaba mi alentar, y el aire, suave vellón de guanaco, me llenaba el pecho de gozo.

Altos, con sus hojas agitadas como alas de pájaros, lenguas en candorosa burlería, los álamos me miraban desde la barranca. Lejos, la cordillera, gris y morada en los valles, alzaba sus cumbres nevadas trizando al sol poniente en orgía de colores. Lentamente, descendía sobre ella el vaho del crepúsculo; la encerraba en fantasmagórica hornacina de cristal.

Este oscurecer nuevo, que sentí perdido en rojez, se me adentraba en el cuerpo. Con lento crecer se anudaba a mi garganta.

Cirilo me había rescatado del agua. Y esto tenía, para mí, algo del mirar de los perros, del correr del agua mansa pero caudalosa; era sentir lúcidamente cómo, desde el muy adentro, se enturbian los ojos con calma de niebla que se alza del rastrojo.

—Gracias, Cirilo... —dije, otra vez, con mansedumbre.

—No... ¡Nadita me debés! —gritó y, estallando sus nervios en un sollozo, se dejó caer sobre mí. Me apretó con desesperación, como si de nuevo hubiera de escurrirse mi cuerpo en el agua turbia.

### 3

La casa de abuela Dolores era el lugar de veraneo de toda la familia. Estaba edificada en un ángulo de la finca, y su galería principal, especie de gran sala, miraba hacia la llanura del norte. La construcción, con sus quince piezas de gruesas paredes, trabadas con vigas de roble por temor a los temblores de tierra, afectaba la disposición de una espaciada letra H.

Escalinatas de mármol salvaban el desnivel entre los corredores de espigadas columnas y el jardín, amplio como un parque. Palmeras, pinos, magnolieros, siempre-verdes y pimientos, aparecían simétricamente dispuestos en camellones, que separaban platabandas de violetas y pensamientos. Hacía el Sur, luego de un gran patio abierto, se alineaban los hornos de adobes, la lavandería y su pozo de aclarar agua. Más lejos aun, gallineros y corrales, ubicados a la sombra de coposos sauces y eucaliptos. Allí, tras un alambre tejido, el parque se convertía en huerta y el terreno comenzaba a descender en muelle pendiente formando la barranca del río, cubierta de árboles frutales: durazneros, perales, guindos y ciruelos, cuyos prodigiosos frutos enviábamos a nuestros amigos de Buenos Aires para gozar con su asombro.

Hacia el naciente y a ras del suelo, la casa extendía un ala de edificación. En ella se acomodaban la despensa, las cocheras y un galpón abierto, que servía de pasillo para vehículos y animales. En el patio del apeadero, formado por esta saliente y el edificio principal, desembocaba el callejón de entrada que, con sus dos cuadras de largo, separaba el parque de los extensos potreros que lo circundaban.

A los cinco días de nuestra llegada, y cuando todavía el caserón era una baraúnda de trastos en movimiento, arribaron de Mendoza tía Nicolasa y su hijo Luis. Al fin estaba completa la familia. Se avisó al fotógrafo para que, en tres días más, viniera a tomarnos un grupo que, ampliado, iría a aumentar la colección, con marcos dorados, pendiente en todas las habitaciones; y que para tío Enrique era como una señal de iniciar sus interminables viajes.

Tía Nicolasa también era viuda, vivía preocupada por las enfermedades, y tenía un hijo que había nacido para que mi madre dijera: «¡Por qué no aprendes de él, tan estudioso!». Pensé que esta era la sola utilidad de los, primos hermanos.

Cuándo tía Nicolasa cerraba las puertas y persianas de su habitación, se convertía para mí en un ser extraño y no me hubiera asombrado si al salir, luego de generosa siesta, anunciara que había fabricado oro o conversado con el diablo. Esto, a pesar de que su cuarto olía a lavanda, y a todos esos olores que figuraban en las novelas piadosas que leía tía Joaquina. Las paredes se hallaban cubiertas de cuadros santeros, ornados con ramitas secas del olivo bendito que repartían en la iglesia el día de Ramos.

«¡Una tisana de cedrón, y santo remedio!», era su receta para toda clase de

dolores. Quien más, quien menos, todos pasábamos por su taza de cedrón.

Luis era, sin remedio, triste y serio. Discutíamos sobre si era taciturno porque llevaba anteojos, o sucedía que todos los muchachos taciturnos los usaban. Desde pequeño, su vocación era llevamos la contraria; pero en ese primer encuentro veraniego todos fueron almibarados cumplidos. La Pancha preparó para el almuerzo sus famosas empanadas; el «vino bautizado» —más agua que vino— nos fue servido con la relativa abundancia que las prescripciones médicas de tío Ignacio lo permitían. En consideración a mis años, abuela Dolores ordenó que se aumentara el porcentaje de vino. A mi madre no le causó mucha gracia la franquicia, pero ya estaba sobreentendido que, al pisar San Rafael, su autoridad cedía ante el fuero omnipotente; la orden fue cumplida.

De resultas que al llegar la fruta, luego del interminable desfile de viandas, me sentí completamente amodorrado. Por fin, la Chischica comenzó a pasar entre los comensales la palangana de plata que usábamos para enjuagar las manos. Ante uno y otro cumplió su cometido con seriedad de monaguillo. Tío Ignacio las mojó con pulcritud; luego, con ese ritual de los médicos, las secó pacientemente en la toalla que la criada llevaba pendiente en el antebrazo y, tras de una pausa, exclamó:

—¿Quién quiere ir a pescar?

Esta inesperada invitación dicha con el tono seguro del prestidigitador, que está convencido de admirar a su auditorio, causó el esperado efecto. Los varones aceptamos en medio de gran alboroto.

—Las mujeres no van, sólo sirven de molestia —agregó.

Mis hermanas quedaron apabulladas por la inapelable sentencia.

—Bueno, toda la gente menuda a dormir la siesta hasta las cuatro, y que Victo rio, luego de ir a la Estafeta, se encargue de buscar las lombrices.

Tío Ignacio no dijo más y, como lo hacía en los entreactos del teatro, ya que detestaba el cine, encendió un cigarrillo, luego de colocarlo en la boquilla que había retirado del estuche metálico forrado de terciopelo verde, que guardaba en un bolsillo del chaleco inmediatamente arriba del reloj. Obedientes a una indicación de abuela, nos encaminamos hacia los dormitorios, mientras las personas mayores quedaban de sobrecomida. Deprimido, al comprobar que mi situación a ese respecto no había cambiado, me tiré sobre la cama.

A la media hora, todos los ruidos de la casa se habían apagado; podía distinguir el tintinear que producía el agua al caer en el botijón de la destiladera. Mi primo Luis, compañero obligado de pieza, dormía profundamente.

Resultaba tan extraordinario estar levantado cuando debíamos dormir, que no podía resistir la tentación. Sigilosamente gané la ventana que daba al corredor del poniente; al abrirla, las moscas llenaron con su ruido el cuarto; me detuve un momento; luego, con decisión, la traspuse de un brinco. Me deslicé hasta el jardín y,

ocultándome entre las plantas, di la vuelta al edificio hasta llegar al patio del sur. Los sirvientes comían en silencio. A la carrera me planté con desenfado junto a la amplia mesa. Me miraron sorprendidos.

En ese momento apareció la Pancha en la puerta de la cocina.

—¡Ya'andás levantaos, como las lagartijas! ¡Váyase a dormir o li'avisos a su'abuelita!... Dende que llegó nu'anda haciendo más qu'estropicios... ¡Ve pues!...

—No seas así, Pancha... ¿Sabés cuántas empanadas comí hoy? ¡Seis! ¡No hay nadie que las haga como vos...! Si vieras las de Buenos Aires, ¡hasta pasas les ponen!

La Pancha sonrió halagada y, luego de comentar «¡Vaya si son arrevesados estos porteños!», volvió a la cocina, con su andar de pingüino, que me dejaba en la duda si sus zapatillas no estarían llenas de piedrecitas. La seguí. Sobre una mesa cortajeadada y llena de quemaduras de brasas, vi el objeto de mi búsqueda: las llaves de la despensa. Retrocedí hasta situarme de espaldas a la mesa, tanteé hasta que pude agarrar la tablilla de la cual pendía la vieja llave de hierro. Cautelosamente la escondí en la pretina del pantalón.

—Bueno, Pancha, si vos lo decís, me iré a dormir... —exclamé con acento compungido, mientras abandonaba la cocina, cuyo techo oscurecido por el hollín apenas lograba distinguirse entre la penumbra que producían los postigos, cerrados a causa de la resolana.

Salí; al pasar junto a Victorio, el mensual, le hice un guiño. Estaba en mi secreto.

La despensa era un amplio galpón, con techo de dos aguas sostenido con profusión de tirantes y soleras que se cruzaban a gran altura, como aparatos de trapezistas de circo; guardaba, desde cajones con libros, que habían pertenecido a mi padre y a mi abuelo, hasta barriles desarmados por la vejez, que parecían, en la semioscuridad, las cuadernas de un barco pirata hundido en el mar.

Colgaban, en clavijas de madera, los fusiles herrumbrados del antiguo Fortín, entremezclados con viejos arados, cuyas rejas carcomidas servían de espejo a las telarañas.

Cuando revolví los trastos apilados, aparecían las cosas más inverosímiles para avivar mi ansiedad de aventuras; porque hasta entonces no había tenido novela de Julio Verne, Daniel Defoe, Salgan, o Sexton Blake que sobrepasara en emoción a la que me producía esta despensa con su penumbra excitante.

El polvo cubría todos los objetos; al pegarse a mis manos y ropas resultaba un acicate: mientras más sucias quedaban, más había adelantado en la exploración que llevaba años de empezada.

Levanté unos pesados jergones de cuero que rodaron con estrépito. Un casal de palomas voló desde lo alto de la estantería hasta posarse en una solera; allí quedaron mirando, al tiempo que movían acompasadamente la cabeza, como si tío Ignacio les

hubiera recetado gargarismos contra una irritación.

Cuando se disipó el polvo, que al caer habían levantado los jergones, vi un arcón de madera blanca que mostraba en sus costados, quemada a fuego, la marca del ganado de la finca: un triángulo con una pequeña cruz apoyada en el cateto inferior, marca que pululaba en el galpón. No recordaba haberlo visto en otra oportunidad; intenté levantar la tapa, cedió unos centímetros y escuché el característico ruido de un candado. El cajón en su cara oculta tenía uno de letras, de esos que es necesario formar una palabra para abrirlos. ¿Cuál sería esa maldita palabra? Tuve intención de tomar un martillo y saltar el cerrojo. ¡Adivinar una palabra! Detestaba ese candado, tanto como los pasatiempos y «juegos de ingenio» de los diarios y revistas. Jamás había resuelto un comprimido, me crispan los nervios. A ellos y a ese candado les hubiera puesto una bomba. El día que tuve conciencia de mí inutilidad en aquellos juegos, me sentí profundamente deprimido. La historia, aquella adorable historia del colegio cuyas páginas devoraba identificándome con todos sus héroes, vino a salvarme. Fui para siempre Alejandro Magno, que de un tajo cortó el nudo legendario. ¡Dios mío, qué pueril satisfacción! ¡Alejandro, el semidiós, era tan inútil como yo para los acertijos! Desde entonces ya pude decir sin ruborizarme: «Y a mí qué me importan esas pamplinas».

Unos golpecitos meticulosos en la puerta maciza —que también había pertenecido al Fortín— me volvieron a la realidad. Temí ver de pronto la talluda figura de tío Ignacio. Siempre imaginaba el Ángel del Juicio Final, con una cara semejante a la del imperioso tío; un Ángel reloj en mano, esperando el minuto exacto.

—Soy yo, joven, ya traje la correspondencia. ¿Quiere que vamos a buscar las lombrices?

Respiré; era la voz de Victorio, esa melódica voz de tenorino que tienen los hijos de italianos.

Dudé un instante entre la maldita palabra del candado y las lombrices. Opté por las últimas, que me ofrecían una decorosa retirada, y hasta me aseguré que buscar lombrices resultaba más interesante que abrir el misterioso cajón.

Las lombrices tratando de escapar entre las champas, o partidas en dos por la pala de Victorio, no me interesaban. Cogí con la punta de los dedos una muy grande y viscosa. Nerón, el perrazo danés de abuela, surgió como por encanto, vino a olfatearla y, extrañado de verme perder el tiempo en semejantes cosas, fue a echarse bajo un duraznero.

Arrojé el gusano en el tarro de lata herrumbrada. Aquello no tenía importancia, el arcón de la despensa no estaba lleno de lombrices.

La Pancha debía conocer su contenido, pero ¿qué gracia tendría, entonces, el abrirlo?

Me senté junto a Nerón e instintivamente acaricié su cabeza; de pronto, y sin

darme cuenta muy clara de la causa, retiré la mano con brusco movimiento.

Cayó del árbol un durazno maduro, rodó un trecho; su piel llena de pelusilla se abrió en el lado más rojo y quedó en el fondo de un surco mostrando la carne blanca y jugosa. ¿A qué se parecía esa carne? No quise pensarlo, estiré el brazo y apreté el durazno entre mis dedos; la piel roja y amarilla se desprendió, mientras el jugo recorría mi antebrazo; se detenía un instante en el codo, como hacía el agua en la destiladera, y, por fin, caía sobre mi canilla desnuda.

Con rabia le hingué los dientes; su pulpa, tibia por el sol, me produjo sensación de carne suave y húmeda. Asqueado, lo arrojé cuan lejos me fue posible.

—Hizo bien, joven, los duraznos calientes dan cólicos...

Victorio me miraba sonriendo; luego vino a sentarse junto a mí. Se quitó el sombrero al tiempo que, con la manga de la camisa, enjugaba la frente. Con un gesto señaló el tarro lleno de lombrices. Quedamos en silencio, frunciendo los ojos a causa de la resolana.

—¡Vaya con el hombre, si tiene las piernas peladas... como una mujer! ¡Mire las mías! —uniendo la acción a la palabra levantó las bombachas, que llevaba abrochadas a la altura del tobillo.

—Sólo tengo quince años y medio —contesté amoscado—; ¡ya tendré pelos cuando tenga diecinueve, como vos!

—Tampoco tiene barba... ¡Bonito como una mujer!

—¡Qué mujer, ni qué diablos! Soy bien hombre, ya verás cuando me bañe en el río esta tarde. ¡Además métase en las cosas que a usted le incumben, gringo confianzudo! —exclamé con la voz más gruesa que pude sacar y recalcando con fuerza las palabras usted y gringo. Victorio dejó de reír, asustado.

—Yo soy bien sanrafaelino, joven. Mi padre es gringo, ¡yo no! —susurró; luego, pasándose la mano por la cara, agregó—: Yo me puse grasa e carro pa' que me saliera la barba, grasa que sacaba de los bujes...

—No me interesa —corté en seco.

Bajó la mirada y quedamos en silencio nuevamente. Un mechón ensortijado le dividía en dos la frente; una frente tan blanca que resultaba ajena en esa cara tostada por el sol.

—Y bueno, joven... mándeme, si le he faltao.

—Vamos, Victorio, no es para tanto, fue una broma —a fin de darle más confianza, agregué—: ¿Sabes cómo se abre un candado de letras? ¿Una palabra de cuatro letras?

Mi pregunta lo envaneció, brillaron sus ojos verdes y contestó apocado:

—A lo mejor es «amor»... Los candados que vende la casa Sueta, si'abren con esa palabra...

De un salto me puse en pie. ¿Cómo no se me había ocurrido? Victorio también se

levantó, sin duda por no permanecer sentado cuando yo no lo estaba; por ese respeto tan de la gente del campo, que, más que respeto, imaginaba donosa cortesía.

—Me voy al corral, a buscar las cerdas pa las pescas... Se las arrancaré al bayo —agregó socarronamente. Remotas escuché las palabras, mi cabeza bullía ante la idea de conocer el secreto del cajón.

—¡No! ¡Al bayo nunca! Te prohíbo que lo toques —grité y eché a correr en dirección de las casas. No había andado mucho cuando me volví:

—¿Conque «amor»? —sonreí con la mayor malicia de que era capaz, tal cual los «villanos» del cine—. ¿Amor, no? ¡Te creés que no sé que andás mirando a la Sabina! —Sin esperar sus fingidas protestas de inocencia, olvidando la hora sacrosanta de la siesta, corrí de nuevo hacia el estrecho corredor del poniente. De un salto traspuse la gradería; Nerón me seguía ladrando desafortadamente; riendo esquivé sus retozos y, sin percatarme, me encontré en la galería principal.

Me detuve en seco y palidecí: sentado en una hamaca tío Ignacio, con los anteojos de oro calados, leía *La Nación*. Abandonó el diario; como un relámpago que corre el cielo, me miró de arriba abajo.

—Bueno, veo que al menos en la siesta sos el primero en levantarte. Andá a ver si Victorio buscó las lombrices...

Respiré profundamente, los postigos de las puertas que daban a la galería estaban abiertos. ¡La siesta sacrosanta había terminado! En la puerta de su cuarto apareció abuela, con aquella compostura, que se me antojaba una santa litúrgicamente ataviada y a la espera de un altar. Somnolienta, le seguía la Chischica con el brasero y la pava de agua para el mate, y las crenchas desaliñadas que eran constante motivo de regaños.

La Chischica no tenía padres, al menos nosotros ignorábamos de dónde había salido. A nuestras preguntas contestaba mi madre, con ese tono tan suyo para indicarnos lo inconveniente:

—No sé. Se la dieron a Mamá cuando era chica.

Y pare de contar. Sabíamos que la Chischica iba a la escuela pero no pasaba del primero superior. Abuela decía que era muy ruda. Nosotros, simplemente, que era una burra en dos patas. Una burra de quince años y de yapa bastante «asoleada».

Abuela, luego de saludarnos, tomó asiento en su sillón y, volviéndose hacia la criada, comenzó a explicarle por milésima vez cómo debía cebar el mate. Una tras otras se abrieron las puertas, y vinieron a sentarse junto a abuela, mi madre y tías, a medias despabiladas. Joaquina tomó el diario, que acababa de abandonar su hermano, y buscó casi con ansiedad la página del folletín. Dio un golpecito en la montura de los lentes y, luego de mirar por encima de ellos para asegurar la atención de la audiencia, comenzó a leer en voz alta. De trecho en trecho, hacía una pausa para bisbisar, como si mordisqueara un orejón, íbamos en fila india; Victorio hacía de cabeza llevando en



un tarro con tierra húmeda las pescas, cuyas lombrices acabábamos de ensartar en las crines, en forma tal que semejaban un collar de viscosas cuentas que, al retorcerse, me producían repugnancia. Tras de Victorio marchaba tío con sus pantalones arremangados, un casco de corcho forrado de brin blanco y la inseparable boquilla con el cigarrillo encendido. Le seguían mi primo Luis, que nunca acertaba con el sendero, y mi hermano Eduardo, estirando sus piernas para esquivar los abrojos que se le prendían en el guardapolvo. Yo cerraba la marcha, tratando de pisar con la mayor fuerza posible sobre las chilquillas, ese maldito yuyo que era una plaga.

La senda que conducía al río atravesaba el «potrero de las lecheras», donde quedaban de noche las vacas necesarias para la casa, torcía a la derecha y, por un portillo, se internaba en la «posesión del bajo», un ranchito enjabelgado que, en, la barranca, parecía una piedra sujeta a la tierra por las cepas de los parrales.

La «posesión del bajo» tenía una hectárea de extensión, que abuela cedía gratuitamente. En ella vivían Cirilo, su padrino Eulogio —el cochero—, con Filomena, su mujer, y los hijos. En la finca había cinco o seis de estas «posesiones», que ocupaban los viejos servidores, algunos de los cuales, durante el verano, venían a completar el servicio de la casa. Doña Filomena, con un chico en brazos y dos más prendidos de la falda, nos recibió junto al portillo. Tío Ignacio, con mesura y delicadeza que nos dejó pasmados, pidió autorización para pasar.

Divisé a Cirilo carpiendo la huerta; abandonó la tarea y vino a saludarnos, mientras su tía nos rogaba aceptáramos «cualquier soncerita, un vasito'e vino».

Atravesamos la huerta muy cuidada y los parrales. Tío Ignacio conversaba con doña Filomena animadamente. Por fin, nunca me había parecido tan largo el camino, llegamos a la hijuela del canal, que limitaba, con su infaltable trinchera de álamos y sauces, la posesión. Nos detuvimos ante un puentecito de dos troncos de álamos cubiertos de champas. Tío hizo ademán de despedirse. Sin saber cómo, me acerqué a la mujer —cuyos cachetes, con dos manchas rojas, parecían los viejos sillones de jacarandá, que en la sala mostraban el fondo carmesí a través del aludido tapizado de raso color marfil—, dudé un instante y, sin mirar a tío, le supliqué:

—Filomena, ¿quiere dar permiso a Cirilo? —sentí la mirada de tío y, a modo de explicación, agregué—, conoce muy bien el río...

—Y bueno, joven, porque me lo pide usted... Este Cirilo se está volviendo muy regodón pal trabajo... ¡Amargo! Io no sé que li'anda pasando...

Hundí la pesca en el agua turbia. Cirilo, sentado a mi lado, miraba socarronamente mis esfuerzos para que, el girar del remanso, no me convirtiera en la Chischica revolviendo la paila de cobre donde daba punto al dulce de leche.

—Vaya, pues, con el joven, di'ai va a sacar puros cangrejos, que le van a estropiar la pesca... Présteme un ratito —sonrió, mostrando los dientes blanquísimos.

Sin decir palabra obedecí, puse en sus manos la varilla de guindo. Se levantó y

fue a hundirla en el lugar donde una cortadera formaba con sus raíces un manso rincón de agua. Transcurrió un instante en silencio.

—Decime, Cirilo, ¿cómo tenés los dientes tan blancos?

Por toda contestación me hizo señal de callar. La pesca comenzaba a tironear pausadamente. Con un movimiento suave al par que rápido, zarpazo de gato, la retiró y un bagre castaño comenzó a dar saltos en la arena de la orilla; como lo hacíamos nosotros, en un pie, al jugar a la rayuela. Me abalancé sobre el pescado. Sin darle importancia a lo que a mí se me antojaba un triunfo, dijo entre dientes y sonriendo con malicia:

—Los tengo así, de tanto tironear el churrasco... pues...

Entretenido en atrapar al pequeño bagre, la inesperada virtud del asado criollo perdió su importancia. Le miré con ansiedad, comprendió el mudo pedido y de nuevo sonrió condescendiente. Corrí río arriba, brincando sobre el pedregullo y entre las matas de chilca y cortaderas, hasta el lugar donde tío permanecía en devoto silencio. Con la mano derecha en alto agitaba el pescadito, que apenas sobresalía del puño.

—¡Miren! ¡Lo pesqué yo! —grité con desparpajo. Tío, quitándose la boquilla, comentó riendo:

—¡Suerte de novato!

Comenzó a buscar en sus bolsillos hasta que halló el cortaplumas y dividió el pescadito en tres porciones. Estuve a punto de protestar.

—Por lo menos servirá de camada, vamos a ver si pican las truchas... —y, sin importársele un ardite de mí, se puso a desenredar el piolín de los anzuelos.

Cariacontecido regresé a mi antiguo lugar. Cirilo, con movimiento de suficiencia, señaló dos bagres muy grandes, cuyas panzas jadeaban sobre el ripio. Luego me ofreció la varilla; acepté alborozado.

Mientras en una ramita de sauce ensartaba los pescados a través de las agallas y la boca, dijo: —Vamos agua abajo, ai pican más...

Le seguí con docilidad, sentía el placer de alejarme de tío, quien nos lo había prohibido expresamente.

Caminamos largo trecho; terminé por quitarme el calzado. Mis pies se hundían en la arena, ora resquebrajaban una suave capa de greda seca por el sol, ora los encogía al pisar el ripio. Cirilo contaba con modosa voz las innumerables veces que había pescado en el río; inverosímiles tamaños ocupaban sus manos en señalar dimensiones de pescados. Yo sonreía, sin creerle mucho ni poco, extasiado ante la quietud de la tarde. Por fin nos detuvimos. Me estremecí al ver el lugar donde había estado a punto de ahogarme. La toma del Canal Matriz, apoyada en un grupo de pie de gallos —truncos amarrados a manera de un pabellón de fusiles—, dividía en dos la correntada formando amplio remanso.

Sin atreverme a mirar a Cirilo, volvimos a la tarea en silencio. El río con su

monocorde cantinela, granizo sobre techo de zinc, me hacía enmudecer.

Uno tras otro, y ya sin la emoción del primero, los bagres quedaban ensartados sobre la orilla.

Interrumpió el silencio un coro de chaco tonas carcajadas: en la orilla opuesta, entre las cortaderas, surgió un grupo de muchachos. Retozaban alegremente, luchando se revolcaban en la arena que se pegaba a sus cuerpos mojados y les vestía con papel de lija. Cirilo musitó apenas:

—¿Quiere que nos bañemos?

—Sí —contesté con voz resuelta, aparentando que había olvidado el último baño en el río. Arrojé la pesca, casi deshecha, me quité la camisa de mangas cortas y el pantalón de brin que llevaba sobre las carnes y, sin esperarle, me interné en el agua hasta la cintura.

—Alberto, aguarde, ¡acuérdesse! —gritó, al tiempo que, a grandes saltos, vino a tomarme de un brazo. Otra vez, tenía los ojos de conejo asustado.

Agotados de nadar y chapotear, nos tendimos en la arena. El sol desaparecía tras la cordillera y un vientecillo fresco ponía carne de gallina en piernas y brazos. Cirilo, sin decir palabra, tomó un puñado de arena tibia y me refregó con fuerza.

—¡Basta, bárbaro! Me pican las quemaduras del sol...

De nuevo escuchamos la algarabía. El grupo de muchachos que habíamos visto pasó escapado. Tras de ellos y vociferando corría un hombre mal entrazado; la barba larga y revuelta se mezclaba con el pelo; dos ojillos rojos, de borracho, brillaban entre la pelambre. Cirilo, con movimiento involuntario, no supe si de asco o temor, balbuceó:

—Es Modón.

—¿Modón? ¿Y quién es? —pregunté, con algo de miedo ante la miserable aparición.

—Anda siempre curao, pues; corre a pedradas a los muchachos.

Me pareció notar que le molestaba hablar de eso y, picada mi curiosidad, insistí:

—¿Por qué anda siempre borracho?

Cirilo tomó un puñado de arena y lo dejó escapar entre los dedos y, como si no hubiera escuchado mi pregunta, continuó:

—A lo mejor llueve, el viento del sur trae las tormentas...

—Cirilo, te pregunté...

—¡Ah!... sí, pues —me interrumpió—, vive junto al río, más arriba...

—Pero ¿por qué diablos anda siempre borracho?

Al llegar frente a nosotros, el extraño hombre se detuvo; quedamos mirándonos separados por los ocho metros de agua. Tomó una piedra e hizo ademán de arrojarla. Cirilo, con agilidad de gato montés, me escudó con su cuerpo. El viejo detuvo la mano en el aire, quedó un momento en esa postura y dejó caer la piedra. Volviendo

las espaldas echó a caminar pesadamente y desapareció entre las cortaderas.

Asombrado por la inexplicable actitud de Modón y, más aún, emocionado por la de Cirilo, sólo atiné a darle un fuerte abrazo.

Nos vestimos en silencio; mi cabeza bullía, se me anudaba la garganta y no encontraba palabras para expresarme. Me sentía pequeño, despreciable, ante ese peoncito que vivía a mi lado como una cosa, como un álamo más, que también debía pertenecer a la abuela y a sus tierras.

Bajando la cabeza avergonzado, como para evitarme, contestó:

—Siempre anda curao... por cosas que le suceden a uno —sonaron apenas sus palabras.

—Pobre Modón... —logré decir.

Lejanos —¡cómo gustaba en el campo el sonido estirado, casi plañidero, de esas voces que llegan a medias!— escuchamos los gritos de Eduardo y Victorio:

—¡Albertoooo! ¡Ciriilo!

Emprendimos el regreso apareados; con el brazo derecho rodeaba su cuello. Mi amigo agachó la cabeza, como si buscara los arbustos que fustigaba nerviosamente con la varilla de la pesca.

Nunca había de imaginar el pago que daría a su mansa amistad.

Allí estaba la cara de Victorio, la boca abierta en un bostezo. Di un brinco que casi echa a rodar la bandeja que me tendía.

—¡Arriba, dormilón! Todos si'han levantado, ¡tome la leche!

Sus palabras mosconeaban en mis oídos.

—¿La leche?... —abrí los brazos desperezándome y, de nuevo, me hubiese tendido en la cama si Victorio no me hubiera zamarreado con la tosquedad que pudiera hacerlo Nerón.

—La leche cruda... ¡Ya'stán ordeñando!

Sentí en las manos el vaso tibio; con modales calmos de sonámbulo lo acerqué a la boca y bebí a grandes sorbos. Era como beber interminables mugidos de terneros de pelambre colorada y blanca. La espuma cosquilleaba la pelusilla de mi labio superior; debió dejar aquellos graciosos bigotes blancos, porque escuché muy remota la risa de Victorio. Debía zangolotearse como un pavo curado.

Sin duda quedó hablando, según su costumbre, mientras ya dormía abrazado a la almohada.

Un parloteo que llegaba desde la galería me despertó nuevamente. El sol se filtraba por el postigo de la ventana. Me puse los pantalones, eché agua en la palangana de loza y metí la cabeza conteniendo la respiración; abrí los ojos y, durante un momento, quedé mirando las florecillas azules pintadas en el fondo. Un museo oceanográfico con mi nariz por único pez. El peine tuvo poco trabajo con aquel corte veraniego que imponía tío Ignacio, para tener la cabeza despejada. De puntillas, me acerqué hasta la puerta que daba sobre la galería y, por una rendija, miré sigilosamente. Abuela Dolores conversaba con un numeroso grupo de criollos. Intrigado cerré rápidamente el postigo, gozoso de atrapar unas moscas que se paseaban por el visillo de tul. Luego de saltar por la ventana, hice mi campante aparición en la galería del sur. Estaba desierta. En el comedor, el reloj de la chimenea señalaba las nueve y veinte minutos. El mantel recogido en un extremo, destacaba en impresionante soledad una taza del desayuno. La puerta de comunicación chirrió al abrirse —no había forma de que la Chischica se acordara de ponerle aceite en los goznes—, y tía Elvira entró en el comedor. Ya no era necesario mentir. Contesté a su saludo con un suspiro de alivio y ocupé el asiento frente a la taza.

—Mercedes cree que has salido a caballo con Ignacio —dijo en tono de reproche.

Victorio, cómplice obligado de mis secretos, trajo el desayuno y desapareció.

Quedamos solos. No sabía qué contestarle; estaba arrepentido de mi flojera, que creí castigar bebiendo de un sorbo la taza de chocolate.

—¡Te vas a quemar!

Efectivamente, me había quemado. Hice lo posible por disimular, preguntando

con parsimonia:

—Tía, ¿quiénes están con la abuelita?

—Los arrendatarios, contratistas y puesteros. Vienen a saludarla, como todos los años.

Comprendí que interiormente se reía de mi bravata o, quizás... me admiraba; preferí creer esto último. Tuve deseos de correr hasta ella y besarla, pero me contuve. Desde chico, sin palabras y sólo con el ejemplo, me habían enseñado a esconder esas manifestaciones que se antojaban excesivas. Sólo besaba a mi madre en contadas oportunidades. Era un beso respetuoso, como si cada vez me preguntara a mí mismo si era digno de hacerlo. Tenía miedo de mi boca, tal si ella se hubiera hecho para un menester que sólo a medias había descubierto.

—¿Puedo ir a mirar a la gente? —dije, por hablar algo, casi con temor de que ella adivinara mis pensamientos.

—No sé... Siempre que no te vean Mercedes o mamá.

Dudé si ella era más bonita que mi madre. Tenía los mismos ojos negros, grandes y dulces, la boca de labios ajustados y en ellos ese gesto casi imperceptible de altanero cansancio que, con el secreto de llevar las cabezas erguidas, sin traslucir la menor afectación, habían heredado de abuela.

Sin agradecer aquel desayuno, que sin lugar a dudas ella había hecho preparar, salí a prisa del comedor.

El patio del apeadero estaba casi repleto de sulquis, carretelas y caballos que lucían los más variados aperos. Rodeándolos, me interné en el jardín y me fui acercando hasta quedar agazapado tras una mata de achiras. Desde allí podía ver cuanto ocurría en la galería principal.

Abuela ocupaba su sillón de alto respaldo, ubicado frente a la escalinata central. Tía Joaquina, sentada a su derecha, posaba las manos en ese libro grande de tapas negras donde llevaba las cuentas y que para nosotros había resultado durante mucho tiempo un enigma. A la izquierda la Pancha, en pie, rezongaba con la Chischica. Sentadas al fondo del corredor, mi madre y mis tías completaban en silencio la audiencia.

Por momentos, abuela arreglaba parsimoniosamente los pliegues de su vestido negro, que caían sobre el almohadón de raso granate en el cual, a manera de escabel, reposaban sus botinas de fieltro negro. Desde mi escondite, la escena resultaba solemne: la galería con sus esbeltos pilares, unida a la escalinata del estrado, le daba ambiente cortesano, que destruía el abigarrado montón de campesinos esperando turno para acercarse a la señora. Ella tendía su mano de venas azuladas con tan graciosa aquiescencia, que dejaba en quienes la recibían sentimiento de gratitud por el gesto benévolo.

Muchas veces había escuchado: «¡Tu abuelita es de esas señoras de antes que ya

no van quedando!»». La miraba tratando de fijar su imagen en la memoria, la contemplaba con admiración y me decía: «Mírala bien, es algo que cuando ella se vaya... ya no podrás ver jamás».

Al pie de la escalinata estaba don Zoilo, el tomero del canal del fundo, y autoridad en cuestiones de riego, pues a su cargo estaba el distribuir los turnos de agua. Criollo de pura cepa, talla más bien menguada pero fuerte y musculoso, como esos troncos de algarrobo que servían de cabezales en los alambrados de la viña. El facón, atravesado en el cinto enchapado con monedas de plata, mostraba el mango, también de plata repujada, en cuanto levantaba la trasera de su chaqueta.

A una indicación suya, el señalado se adelantaba y subía la escalinata seguido por su mujer, la cual invariablemente cargaba un pesado canasto.

—Señora, este es... —comenzaba don Zoilo Contreras. Abuela interrumpía; de sobra conocía ella «su gente» y, sin jamás equivocarse, les preguntaba por el hijo que estaba en la conscripción, por la hija que se había casado o por el que se había ido para las cosechas de Santa Fe o las cremerías del Sur.

La mujer depositaba sus presentes: los tempraneros duraznos americanos, los chatos cuyo perfume se mezclaba al de las magnolias del jardín, los zapallos de cáscara rugosa, aquellos melones amarillos de inigualado sabor. Otros dejaban una bolsa con un lechón, o unas gallinas con sus picos abiertos. A cada uno les agradecía el obsequio; y todos se obligaban en disculpas por lo mermado del presente. Ella, en cambio, aseguraba que no había visto cosas mejores.

Desfilaron todos los criollos, ahora les tocaba el turno a los extranjeros. Estaba seguro de que este orgulloso orden de prelación lo había establecido don Zoilo, con la anuencia de abuela.

Una mujer, baja y rozagante, llevando un canasto de duraznos y en el otro brazo a un chiquillo, trepó a saltos y se plantó frente a la abuela.

—¡Que Su Mercé tenga muchos años de salud y pesetas! —exclamó, mientras colocaba sobre el piso de grandes baldosas al chiquillo y el cesto. Don Zoilo le echó una mirada fulminante. El crío se puso a gatear en dirección a abuela, su camisita muy corta dejaba al aire las nalgas regordetas.

—Verá Su Mercé, este año ha sido bastante malico... —soslayando a don Zoilo, agregó—, no nos ha sobrado el agua, que digamos... Mi Jesús no puée venir, pues qui'anda por las cremerías del río Grande.

—¿El último? —preguntó abuela, alzando al pequeño.

—¡Pues, qué rediez!... De la última cosecha y para servir a usted... grandote y fuerte como un toro... ¡Son los aires de las Américas!

Luego, tomó al chico en brazos y, levantando la camisita, exclamó jactanciosa:

—¡Mi'usted qué potó!... Toque Su Mercé... ¡Toque! ¡Mi'usted qué potó!

Una carcajada general, sofocada respetuosamente, al pronto cubrió la mía.

Aprovechando la oportunidad me deslicé hasta el galpón y, apretada la cincha del caballo, monté de un salto. Victorio, que ajustaba el mango de un azadón, dejó escapar un «¡Bravo por el pueblerero!», que me llenó de satisfacción. Esperé hasta que saliera uno de los coches, a fin de pasar inadvertido con el ruido de los arneses.

Ya en la calle, endilgué hacia el puente del río. Tenía la intuición de que tío Ignacio, mi primo y mi hermano Eduardo habían salido en dirección opuesta. Apenas hice un movimiento con las riendas y el bayo, dando un salto hacia adelante, comenzó a galopar; sus herraduras repiqueteaban sobre el pavimento y el aire zumbaba en mis oídos.

Inclinado sobre el cuello del animal atravesé, como centella, los dos tramos del puente, largos de doscientos metros. Al final, el carril se bifurcaba: al Norte en dirección al Cuadro Blanco y al Sur hacia Cañada Seca.

Rayó con las cuatro patas y se detuvo; las herraduras debieron echar chispas. Dudé un momento; luego, con leve movimiento de riendas, le hice doblar hacia el Sur. Marchaba al paso, bandeándose en incontables cabriolas; mientras alzaba sus manos marcando el paso, recogía la cabeza de orejas tensas y enarcaba el cuello con gracia tan armoniosa que los criollos, brillantes de admiración los ojos, se volvían para contemplarlo. Orgulloso de mi cabalgadura, no me atrevía a mirarles; en cambio, con qué empaque me hubiera paseado ante mis compañeros de colegio. Me hubiese gustado ver la cara cetrina de Osvaldo Sierra, mordiéndose de rabia el labio inferior como cuando yo daba una lección excelente. Estuve a punto de rozar la rueda de un sulqui detenido a un costado de la calle. Con aquella cómica idea de mi importancia, levanté la vista para fulminar al descuidado cochero.

Sin poderlo remediar me ruboricé, como acostumbraba hacerlo cuando en una reunión me dirigían la palabra. Sentada en el único asiento del coche, estaba una mujer. ¿Pero qué tenía aquella mujer? ¿Era, acaso, la primera vez que miraba a una? Me parecía ridículo; conocía a las amigas de mi hermana mayor, a las de mi madre, a todas las mujeres que conmigo se cruzaban en las calles de Buenos Aires. A todas las había mirado, ¿pero qué extraña sensación despertaba, en esa mañana llena de sol, esta mujer que jamás había visto y, sin embargo, me sonreía desde el asiento de un sulqui? Era la primera vez, tenía la certeza, que las sentía de esa manera. Clavados los ojos, no lograba desviar mi mirada, que se había encajado en la suya como sable desnudo en su vaina oscura. No recordaba cómo ni cuándo detuve el caballo. No lograba comparar su cara con cualquier otra cara de mujer, ni siquiera con la de aquella artista francesa, Michèle Morgan, cuya mirada me había perturbado durante toda una cinta. Ahora nos mirábamos y no la veía. El pecho se me oprimía, dolor semejante al que me había producido una congestión pulmonar y, sin embargo, no era dolor. Me hubiera quedado allí, no sabía cuánto tiempo porque la noción de él se esfumaba, sin atreverme a desviar la mirada por temor de que algo tan impreciso y



dulce se rompiera. Instintivamente mis piernas se ajustaron a la montura; apreté con fuerza, y el roce suave del cuero, lustrado por los galopes, enervó mi piel y se me trepó, conejo del monte, por el vientre hasta el pecho.

¿Qué era yo montado en ese caballo? No lo sabía. Deslumbrado, como si ante mis ojos un rayo hubiera descuajado un álamo; luego necesitaría calma para rehacer su zigzagueante trayectoria. ¿Acaso mi máquina fotográfica no guardaba las imágenes en el negativo para luego entregarlas en la calma del cuarto oscuro? Nada sabía en ese instante y, sin embargo, los álamos miraban el mismo cielo azul y el río corría con la misma voz turbia entre las piedras grises, blancas y rojas. Hacia el poniente, la Cordillera miraba con la agobiadora pesadez de siempre. Tampoco supe en qué momento hice girar en redondo al caballo. El aire me faltaba; afirmándome en los estribos, eché a correr sin atreverme a volver la cabeza. Corría y el golpear de los cascos me retumbaba en el pecho.

Doña Pancha escuchaba mis argumentaciones sonriendo, con mueca justa para no dejar escape a la bombilla del mate; daba pequeños sorbos y quedábase mirando la bandada de gansos que rondaba cerca de los hornos de adobes.

—¡Yo qué sé!... Además, la señora nos tiene prohibió qui' hablemos d'eso...

Con parsimonia colocó un terrón de azúcar en la boca del cuenco y, con la punta de la cucharilla, espolvoreó un poco de yerba que, luego, flotó espumosa en el agua hirviendo.

—Y d'íay... ¿Querís uno?

Dudé un instante; no me gustaba ese diente sarroso que tenía la Pancha en medio de la boca. Sin decir palabra, interpretando mi cavilación, echó un chorrito de agua en el pico de la bombilla.

Respiré satisfecho, aunque en el fondo me sentía humillado ante su perspicacia. Para disculparme recordé los consejos de tío Ignacio: «¡No hay que tomar mate con la bombilla de las personas mayores!». Aquel chorrito de agua llenaba sus requisitos y requilorios antisépticos.

Distraídamente tendí la mano, apenas había tocado el mate, cuando la retiré haciendo castañetear los dedos. La Pancha rio ladina; sus labios, descoloridos como la pulpa de un descarozado, se unieron casi en una circunferencia con las cejas pobladas; recogieron las aletas de su nariz aguileña, tal como la falda de los vestidos de *broderie* de tía Elvira, al cruzar una acequia.

—¡Ve pues, chei... parece que estaba calentito!

De nuevo me ofreció el mate, pero envuelto en el paño de servir lleno de manchas verdosas.

Sorbí con fuerza, quería hacerle olvidar mi anterior vacilación, y «un río de fuego» —como ella decía— me quemó la boca y el pecho llenándome los ojos de lágrimas. Me guardé bien de gritar; entre nubes —¡cuadros vivos del colegio semivelados por un telón de tul!— columbré su risa silenciosa. Me rehíce sin demostrar enojo, seguro de que ella esperaba esta reacción para dar fin al diálogo; volví a la carga:

—Pancha, ¡no seas así! Contame lo de Modón.

—Tome el'mate di'una vez antes que se ponga llorón. ¡Vaya con los criollos estos!

Por aquel camino no conseguiría ni una palabra. Una idea vino en mi ayuda.

—Pancha, ¿a que no conocés el último milagro de San Antonio? Lo leí en la revista del colegio.

Había acertado. Su cara se iluminó de esa beatitud angélica con que atendía a todo lo que fuera religioso:

—No, chei... no lo sé, ¡a ver contámelo! —y, mientras alzaba los ojos cenicientos al cielo, terminó la frase con su habitual—: ¡Santo bendito!

Removió sus asentaderas —que se desparramaban como flan al salir del molde— en la crujiente silla de totora y se dispuso a escucharme. Recordando la táctica de tío Ignacio, permanecí en silencio un momento, di el último sorbo al mate, rezongó la bombilla, y la Pancha, cosa extraordinaria, ni siquiera protestó.

Temblando la mano, brillantes los ojos, tomó el mate que le tendía. Comprendí que había llegado el momento.

—Te lo diré, encantado, creeme Pancha, encantado... si me contás lo de Modón.

Se echó hacia atrás —como al destapar la puerta del homo caldeado— visiblemente decepcionada; en el ansioso silencio me pareció que se repetía la bíblica lucha del primer pecado. De sólo suponer que la imaginaba como Eva se hubiera ruborizado escandalizada. Tomando la bombilla con sus dedos deformados por los panadizos, revolvió nerviosamente el mate.

—Sólo sé di'oidas... —exclamó al fin, mientras miraba en derredor—. Dicen que antes jué domador... El mejor de todo San Rafail, y estos rafailinos son guapazos pal caballo... Después, le dio por curarse y no hacer cosa de provecho... si pues...

—Eso ya lo sé —interrumpí molesto—. ¿Pero por qué se emborracha?

La Pancha se contentaba con mover la cabeza de un lado a otro, luego, como si le costara «un ánima del purgatorio», agregó casi en un suspiro.

—La hija se le jué...

—¿Se le fue?... Bueno, pero esa no es una razón.

—Si pues, jué para el año en que la helada quemó la viña, a ver... uno antes que se casara la señorita Elvira... ¿Si'acuerda qué linda estaba la señorita Elvira?

—Pancha, me parece que ya estás escondiendo la leche, como la vaca rocilla, ¿no es así como vos decís?... ¿Por qué se fue la hija de Modón?

—Sí..., ya van para los cinco años... —luego, tomando una decisión heroica, cortó— y no sé más... ¡Vaya, pues, con el curioso!... —Tomó el mate y comenzó a cebarlo nuevamente.

Había perdido la partida. No entendía por qué me ocultaban infinidad de cosas, tal si me encerraran en una campana de cristal; furioso sentenció:

—¡Entonces, te quedás sin el milagro de tu San Antonio!

Volvió a menear la cabeza, esta vez con aire de resignación.

—Me lo contará la señora... Ya es l' hora del qui'hacer...

Me levanté y estuve a punto de llevar por delante a Victorio, que, con los brazos cruzados sobre el pecho, me contemplaba sonriendo con suficiencia. Estuve tentado de largarle cuatro frescas.

—¿Va a la Colonia? —preguntó con ese tono socarrón, que, sin duda, le había aprendido a la Pancha.

—No. No voy. El coche va lleno. Y a vos ¿qué te importa!

Traspuse de un salto el desnivel de la galería y eché a caminar en dirección de la huerta. Victorio me seguía con la constancia de una vieja pedigüña; poniéndose a la par, dijo insinuante:

—Decía... por si quiere ir al río... Tengo la tarde libre.

—¡Dejame de fastidiar con el río! ¡Ya estoy harto!

Victorio, sin inmutarse, prosiguió en voz baja:

—A lo mejor vemos el rancho de Modón...

—¿Me llevarás? —temblaba de emoción. Asintió—. Esperame en la puertita que da al carril, voy a arreglarlo todo. Vos me esperarás allá, ¡no te vayas a ir solo porque me las pagás caro! ¡Ya sabés como soy yo!

Sin aguardar respuesta, y dando un rodeo por el galpón, llegué al apeadero en el momento en que salía el break. En el pescante iba, como de costumbre, tío Ignacio y, en el interior, distinguí a abuela, a tía Joaquina y, junto a la portezuela, a mi madre, que entre el ruido de los; arneses levantaba la voz para recordarme:

—¡Portate bien! Tenés que dar el ejemplo... ¡Háganle caso a Nicolasa!

El coche desapareció en el recodo, entre las alegres despedidas de mis hermanos; la ocasión no podía ser más propicia y escapé por el dédalo de caminitos del jardín. Corriendo me interné en los camellones de los frutales, hasta llegar al portillo que se abría en el cerco, donde las rosas silvestres mezcladas con zarzamoras se enroscaban en los troncos de álamos y eucaliptos, cuyas copas se mecían, como dedos de gigantesca mano, a veinte metros de altura. Abrí la puertecita. Sentado en el borde de la acequia me esperaba Victorio.

—¡Ya está! Vamos... —me contuve indeciso; recordaba al amenazante hombre del río. Creo que a Victorio le sucedió otro tanto, pues, sin decir palabra, comenzó a caminar detrás de mí.

El ruido del río Diamante se me antojaba más fuerte que lo acostumbrado. No podía alejar la imagen desarrapada de Modón. Nos paramos delante de un alambrado. Victorio lo cruzó arrastrándose sobre la arena y la greda seca de una acequia. Ya del otro lado, mientras nos sacudíamos la ropa, pregunté como buscando una excusa para retroceder:

—¿No bajará una creciente?

Victorio me miró extrañado. Comprendí que mi pregunta era estúpida, pero tenía necesidad de escuchar mi voz y la suya.

—No, joven... —su tono vacilante aumentó la compartida intranquilidad.

Seguimos la marcha; se dejó alcanzar y caminamos apareados. La alfalfa del potrero comenzaba a ralearse entre el ripio. Volví la cabeza. A nuestras espaldas, sobre la barranca y perdido entre el bosque, se divisaba el techo, la chimenea de ladrillos y el tanque de agua para el baño. ¡Qué bien se estaba en casa de abuela!

Las hojas de una cortadera rayaron mi cuello. Nos encontrábamos en un bosquecillo de sauces brotado de las estacas y pie de gallos. De allí mismo arrancaba el talud formado por bolsas de alambre tejido llenas de piedras, que, al terminar, rodeaba el basamento del pilote inicial del puente.

Bordeando el agua castaña que, de trecho en trecho, formaba profundos remansos donde giraban las piedras pómez, seguimos río arriba; tras de un matorral de jarillas apareció una senda muy estrecha. Nos paramos en seco. Miré a Victorio; estaba pálido. El rancho no podía encontrarse lejos.

Un estampido de fusil; las barrancas del río repitieron el chasquido. Agarrados del brazo, nos tendimos en el suelo detrás de un alpataco y quedamos en acecho, temblando de miedo. ¿De dónde habría sacado esa escopeta Modón?

A unos cincuenta metros removíase el jarillal. Victorio se me arrimó cuanto pudo. Oculté la cabeza entre los brazos y, sin pensarlo, quedé mirando los pocitos que mi respiración ansiosa abría en la arena. Recordé la expresión de miedo que ponían los artistas en el cine. Asombrado, me di cuenta de que tenía ganas de reír; ganas locas, como sí hubiera olvidado todo.

Victorio me dio una palmada en la espalda, al tiempo que soltaba una carcajada. Resoplando, con la nariz llena de arena, levanté la cabeza y miré en la dirección que señalaba su dedo sucio. Di un respingo, vi un hombre alto, descarnado y con expresión de persona que dice: por aquí se quema algo. El doctor Thomas Holden, médico del Ferrocarril Trasandino y amigo de tío Ignacio, vestía el temo de montar más estrafalario que se pueda imaginar: pantalón y cazadora verdes, de un verde rabioso, chaleco amarillo, polainas grises y sombrero duro de paja. Desde lejos parecía un enorme mamboretá de patas entablilladas, que saltara entre los arbustos.

Voló una perdiz. Se repitió la descarga y el animalito cayó a tierra con el mismo sonido del bolso para los botones, que guardaba abuela en su costurero; unas cuantas plumas color ceniza descendieron hamacándose en el aire, con la donosura de aquel columpio del cuadro de Watteau, cuyo grabado adornaba la chimenea del comedor. Cogió la presa y la depositó en el morrión que pendía de su hombro izquierdo; todo con ceremoniosa solemnidad que debía de estar señalada en el catálogo del negocio donde compró sus artículos de caza; luego se alejó sin inmutarse por nuestras carcajadas, como si en realidad no hubiéramos existido.

Seguimos. Victorio reía y el mechón rubio se le balanceaba en la frente, con la precisión de un péndulo. De ese péndulo del reloj Segundo Imperio —bronce y mármol negro repartidos entre ángeles, pedestal y ánfora— que lucía en la misma chimenea del comedor desde que abuelo Ignacio lo trajera de Francia. Al reloj unía siempre la imagen difusa de aquel profesor de francés que, cuando yo tenía cinco o seis años, daba lecciones a tía Elvira. Monsieur Tripier, señalando el viejo reloj decía: *Ça c'est une pendule*. Y el movimiento oscilatorio de su brazo dejaba en el aire

perfume impreciso, mezcla de naftalina, almidón y rapé, que ya para siempre me pareció encontrar en todos los profesores de francés.

Victorio continuaba con su cháchara jocosa. Yo no le prestaba ninguna atención, ni él parecía solicitarla. Olvidé por completo la razón de nuestro paseo; de pronto, me extrañó su silencio, como hubiera extrañado que el río apagara su monótono resuello. Le vi detenerse tras de una chilca; avancé un trecho. A pocos pasos, en un descampado, había un rancho, más bien una tapera, en cuyo techo de barro lleno de huracos crecían los yuyos. Me estremecí.

—¡El rancho de Modón! —balbuceó el mensual con voz opaca de miedo.

Golpeaba mi corazón; la gruesa arteria que me recorría el cuello debía palpar alocadamente.

En el patio, cortado por tres cepas raquílicas, había una cama de hierro cuyo desvencijado colchón elástico rozaba el suelo. Un hombre, muerto o borracho, dejaba colgar una mano inmóvil; cerca de los dedos, como si hubiera arañado con ellos, aparecía un montoncito de tierra movida.

Victorio retrocedió; por temor a imitarle hice lo contrario y avancé mecánicamente; me encontré casi a los pies de la cama. Dos ojos pequeños me atraparon con ferocidad animal. Quedé allí fascinado, hasta que con lentitud, como si aquella cuja con su rotosa y revuelta frazada criolla fuera un porrón de miel que se pegará a su cuerpo, Modón se incorporó. Estaba descalzo, los pantalones sujetos por una faja de lana colorada y arremangados hasta la mitad de la canilla; la camisa sucia y deshilachada se perdía en la maraña de la barba grasienta, donde la tierra formaba una pasta oscura alrededor de los labios agrietados.

No sé cuánto tiempo estuvimos sin decir palabra; poco a poco me fue abandonando el miedo y el asco. La tierra se endurecía bajo mis pies después de haber sido fofa y gelatinosa. Aquella tierra de cuya posesión me jactaba tanto, tierra dura y áspera que mis abuelos habían conquistado al indio, y que sólo había tenido por señores a los de mi sangre, me emborrachaba con esa suerte de coraje del criollo, al afirmarse en los estribos, para aguantar el estirón del pial.

—Abuela Dolores me envía a visitarle —dije por fin con altanería.

Al escuchar el nombre de abuela, Modón se puso en pie y bajando la vista miró en derredor como si buscara algo; al fin se agachó y recogiendo el sombrero rotoso se puso a jugar con él entre las manos.

—Yo la voy pasando..., así es nomás. ¿Y la señora, cómo la trató el invierno?... Ha sido tan desparejo, pues...

Hablaba con tono tan comedido que me sorprendió. Avergonzado de mi arrogancia, contesté:

—Abuelita está muy bien, para sus años...

—¡Criolla'e pura cepa!... —exclamó acentuando las primeras sílabas de las

palabras—. Si Su Mercé mi'hace gracia...

Nuevamente miró como buscando algo. Comprendí que deseaba ofrecerme asiento.

—No se moleste; estoy bien, Modón. —Diciendo esto me ubiqué en una redonda piedra de afilar, que aparecía medio hundida en la tierra apisonada del patio. Como permanecía en pie, le hice ademán de sentarse; dio unos pasos indecisos y por fin ocupó la punta del catre.

—Me disculpará Su Mercé, si no puedo ofertarle nada...

El repetido tratamiento me hizo ruborizar. ¿De dónde sacaría Modón esas donosuras?

—Muchas gracias, acabo de tomar el té.

Sin poderlo evitar me sentía incómodo; no sabía qué decir; por momentos hubiera preferido que Modón se comportara en otra forma, hasta que me hubiera tirado piedras, como lo hacía con el resto de los muchachos. Todo, menos aquella cortesía inesperada.

Le sorprendí mirándome con desconfiada fijeza, como si tratara de descubrir hacia qué lado del potrero ha de escapar un potro arisco, o de aquerenciarlo por el pelaje.

—¿Hijo'e la niña Mercedes, pues?

—Sí, el mayor —contesté, mientras Victorio se allegaba temeroso a mis espaldas.

Entonces, ante mi asombro, Modón comenzó a hablar con soltura; las frases llenas de imágenes me deslumbraban. ¿Cuánto tiempo haría que no conversaba en esta forma? Le escuchábamos pendiente de su cara que, poco a poco, perdía la repulsión del primer instante.

Había llegado a esos pagos cuando los viñedos y alfalfares eran sólo campos de jarilla. Al encanto de su narración veía surgir, de entre las ruinas, el antiguo Fortín Thevenet, plantado en lo alto de la barranca, con su torre cuadrada y el foso profundo salvado por un puente que, al levantarse, cerraba el portalón de entrada.

—Sí, pues..., yo solito alzaba el puente... —recalcó, esperando un gesto de incredulidad— y tenía por aquel entonces ocho años... Sí, pues, su abuelo tenía mucha cabeza... Me bastaba una mano pa dar vuelta la rueda, mismita como la de un molejón del maiz, pa levantar el puente... —agregó con picardía.

Me aguijoneó la curiosidad; quedé en acecho esperando el momento propicio de una pausa. Esta llegó y no pude contenerme:

—¿Y usted no se casó nunca?

Frunciendo el entrecejo, su cara tomó el aspecto habitual.

—Sí —contestó con brusquedad; luego, serenándose, concluyó—: La señora jué la madrina...

Alzando la cabeza, permaneció un momento con la vista fija en la trinchera de

álamos que bordeaba la barranca.

—Me casé siete años antes que la niña Mercedes... Al poco tiempo, a mí pobre mujer se la llevó Dios...

—¿Tuvo hijos, verdad?

De nuevo, una chispa de rabia brilló en sus ojos. Volvió la cabeza hacia el río, cuyo rodar ponía monótono y ronroneante fondo a la conversación. Atardecía. Sin mirarme, prosiguió:

—Cinco, pa servirle; los dos primerizos se los llevó Dios... los otros dos, grandaron... y a la hembra... —su voz se quebró, le temblaron los labios y, como si maldijera, borboteó—: ¡La hembra jué mala! ¡Se la llevó el mandinga!

Poniéndose en pie, osciló como álamo que están hachando para el aserradero. ¿Estaba borracho? Con movimiento mecánico llevó la mano a la faja, tanteó algo en ella, luego, metiendo los pies en sus alpargatas ludidas, dijo, balbuceando:

—Me disculpará, joven, tengo... un negocito con el turco... el del boliche, pues...

No supe qué contestar; me sentía anonadado; tenía deseos de pedirle disculpas y, sin embargo, no atiné a nada.

Restallaron sus ojotas en el patio de tierra apisonada. Se volvió por última vez para decir, los ojos gachos:

—Tengo una majadita a medias con el turco... —levantó la cabeza, la cara mustia de yuyo marchito—. Saludos a mi señora Dolores..., que Dios le dé muchos años... ¡por buenaza y por criolla!

Tomó el sendero. El aire fresco del oscurecer tocaba mi cara con suavidad de vellón. En todo el Oeste, la Cordillera de los Andes acentuaba la negrura de los valles y quebradas. Victorio me siguió en silencio.

Las palabras de Modón daban vueltas en mi cabeza: «¡La hembra jué mala, se la llevó el mandinga!». ¿Podía ser mala la hija de Modón?

Retumbó una nueva descarga de la escopeta de *mister* Holden, las barrancas repitieron una vez más el estampido. Sólo a él se le ocurría andar cazando a esas horas.

Sin darme cuenta caminaba, al igual que Modón, arrastrando los pies. Con claridad vino a mi memoria un diálogo que había escuchado en el colegio:

—Te digo que esa es... ¡una mala mujer!

—¡Dejate de mariconadas!... Mala mujer, ¡una gran puta! ¡Eso es!

Dijo Osvaldo Sierra, llenándose la boca con aquella sucia palabra. La abyecta petulancia con que fue pronunciada golpeó mis oídos, como ahora el disparo de *mister* Holden. Durante aquel recreo, me pareció que en cada una de las baldosas rojas del patio estaba escrita, con tiza blanca, aquella palabra.

Pero, la hija de Modón, ¿podía ser una... «eso»? ¡No podía! En Buenos Aires



sí..., allá quizás...

En una ciudad, todo era posible; pero en la tierra de abuela... ¿Es que acaso podrían seguir tan altos y tan frescos los álamos?

La presencia de Victorio me fastidiaba. Quería estar solo. Pensar solo. Sin saber lo que hacía me puse a correr, a huir. Las palabras y las cosas me perseguían acosándome. Las jarillas y cortaderas me chicoteaban la cara, y las manos se me llenaban de rojos cintazos. Corría sin sentir ningún dolor hasta que tropecé en una piedra.

Caí de bruces sobre la arena húmeda; mi mano derecha se hundió en el río. Mi cuerpo era un pingajo. Arrastrándome un trecho sumergí con furia la cabeza en el agua... Allí me hubiera quedado una eternidad; esa eternidad del Catecismo, tiempo hecho nada.

Tomándome del cuello, me arrojaban de espaldas. Quedé tendido, apretando con fuerza dos puñados de arena húmeda. Entreabrí los párpados; la arena me los cosquilleaba. No atinaba a decir palabra; los ojos clavados en una estrella, inmovilizados como los de la Chischica durante sus ataques de epilepsia.

—¡Joven Alberto! ¿Qué le pasa? ¡Hable!

¿Acaso lo sabía yo? Me pareció que Victorio gritaba desde muy lejos. Quería llorar, llorar y decirlo a todo el mundo. ¿Pero junto a quién podía tan sin valedero motivo? Cirilo. A estas horas apartaba los terneros en el corral. Victorio miraba asustado; su rizo rubio se hamacaba en la frente, semejante al péndulo del reloj Segundo Imperio que lucía sobre la chimenea del comedor desde que «el Abuelo lo trajo de Francia». Todo era como antes. De pronto me incorporé y grité con furia incomprensible:

—¡Nada me pasa, nada! Tenía sed, ¡nada más! ¿No puedo tener sed?

## 6

Terminamos los quince días de vacaciones; tío Ignacio volvió a Mendoza, mientras yo me preguntaba si valía la pena trabajar tanto para descansar tan poco, pero respiré como si me quitara un chaleco demasiado estrecho.

Creo que toda la gente menuda experimentó igual sensación de alivio.

En el andén de la estación apenas lograba ocultar mi alegría, alegría artificial, pero que me había obligado a sentir. Cuando el tren se perdió tras los álamos y casas de una curva, me di cuenta de que algo faltaba; pensé que por el resto del verano mis escapadas a la hora de la siesta habían perdido la mitad de su encanto. Engañar a mi madre era demasiado simple; ir a pescar sin la ansiedad y los cuidadosos preparativos de tío Ignacio, no era ir de pesca.

Luego, él sabía tanto de caballos, de maneras de montar. Tío Ignacio sabía de todo. Era como perder un cómodo bastón en medio de los cerros.

El break regresaba al trote de sus caballos alazanes; me sentía horriblemente abatido. Arrellanado en el asiento del pescante, crucé las piernas y hubiera quedado contemplando incansable las trincheras de álamos si tía Joaquina, consultando un apunte, no me hubiese interrumpido:

—Alberto, ¿compramos el alcohol carburado para las lámparas?

—Sí, tía, aquí está —contesté, golpeando con el tacón de la bota el tambor de lata.

Eulogio azuzó los caballos con un chasquido del látigo. Eran las doce. El sol reverberaba sobre el carril recién regado; calor de manteca crepitando en la sartén chamuscaba las hojas de los álamos hasta convertirlas en cucuruchos blanquecinos. Distraídamente, me puse a jugar con las maneas, esas maneas que un día tío Ignacio me ordenó quitar a los caballos.

¿Acaso no era obligación del cochero? Él tenía lista su respuesta: «El patrón debe saber lo que manda a los peones».

¡Y esa mañana en que nos mandó seguirle hasta el potrero donde araban dos peones! Hizo detener el trabajo; nos miramos sorprendidos, sabíamos que algo tramaba.

—Quítense las camisetas —ordenó tajante—, el sol les hará bien a los pulmones. Obedecemos sin chistar.

—¿Son capaces de arar? —preguntó. La tarea me pareció tan desusada que, por un instante, creí que no se dirigía a nosotros; pero no cabía duda, debíamos arar. Pensé que era demasiado; si estuviera mi madre no; le permitiría, o ¡vaya a saber!

En silencio nos dirigimos hacia los arados, mientras los peones nos contemplaban con sonrisita burlona; con esa expresión sin igual con que la gente de campo mira a los de la ciudad. Luis y mi hermano Eduardo tomaron entre ambos uno de los arados.

Desafiante, hice lo propio con el otro. En aquel momento, apareció Cirilo con una damajuana de agua fresca para los peones. Al verle, tío ordenó:

—Ponte al lado de Alberto por si los bueyes se desvían —volviéndose hacia uno de los peones, agregó—: Vos, Narciso, acompañá a los más chicos.

Cirilo vino a colocarse junto a mí. Empuñando la mancera del arado, grité sin mirarle:

—¡Listo!

¡Ya vería tío Ignacio de lo que era capaz!

—¡Vamos Manchado! —gritó, a su vez, Cirilo.

Crujió el yugo, uncido a los animales con correas de cuero sobado; la cadena se puso tensa. Un fuerte sacudón estuvo a punto de voltearme. La reja del arado continuó destrozando la tierra; la seguía saltando entre los terrones del surco recién abierto; coleteaba como bagres del río; en vano me esforzaba por mantenerla en línea recta, mientras los bueyes impasibles avanzaban balanceando sus largas y relucientes lenguas cubiertas de baba, que introducían alternativamente en los huecos de sus narices.

—Fuerza, Alberto, ¡húndalo! —exclamó Cirilo, haciendo ademán de ilusoria ayuda. Fue inútil, el arado dio un brinco abandonando el surco; la reja de acero, pulida como espejo, quedó brillando al sol. La mancera escapó con violencia de mis manos y fue a golpear en la cadera de Cirilo. Los bueyes se detuvieron mansamente.

El peoncito, muy pálido, apretó los dientes y, sin dejar escapar un quejido, se inclinó para tomar el arado. Los bueyes se pusieron en marcha otra vez. Un recio surco se abría en la tierra; los yuyos se tambaleaban un instante; crujían las raíces para cortarse con seco chasquido. Gusanos y lombrices se escurrían entre la tierra húmeda que exhalaba un vaho penetrante, con sabor a mañana de corral. Puse la mano junto a la de él, sobre el mango que cimbraba como si a cada momento hubiera de rajarse. De nuevo, experimenté la extraña sensación que me producía Cirilo; tenía vergüenza de mí mismo, sentía que yo, con «las tierras de abuela», era menos que aquel muchacho capaz de ararlas. De adivinarlos, tío hubiera saboreado mis pensamientos.

—¿Te lastimé? —interrogué con el tono más humilde—. Perdoname, Cirilo... yo... no sirvo para nada.

—No, joven, no m'hizo nadita...

Deslicé mi mano hasta colocarla sobre la suya.

—Sos muy bueno, Cirilo, pero muy bueno...

Aramos toda la mañana; la transpiración me corría por el pecho desnudo, y ¡con qué orgullo la dejaba correr! Cuando pasábamos frente a tío, que ya había llamado al descanso a Luis y Eduardo, Cirilo se apartaba jubiloso para que todos me vieran.

A tío Ignacio —parado al rayo del sol, mientras los otros descansaban bajo un

sauce junto a la acequia—, se le henchía el pecho de satisfacción. Yo sabía que él era capaz de ararse todo el potrero; como lo sabía capaz de andar cincuenta leguas a caballo de una sentada.

Unos golpecitos en el hombro me sacaron del ensimismamiento.

—Dice tía Joaquina si te acordaste de las mechas para las lámparas —preguntó mi hermana Margarita. Asentí, golpeando el bolsillo izquierdo de mi chaqueta.

El coche disminuía la marcha para tomar, en amplia curva, el puente de entrada al callejón de las casas; puente que en opinión de mi madre y tías era muy estrecho, aunque a mí me parecía lo contrario. Cuando estábamos por cerrar la curva, un sulqui se atravesó en el camino.

Vi apenas el rápido movimiento de manos con que Eulogio recogió las riendas, desviando los caballos. Creí que todo desaparecía en mi derredor, porque en ese coche, sentada como entonces, ¡estaba aquella mujer! La mujer que había visto, más allá del puente del río, en el camino a Cañada Seca.

Giraron las cosas como en remanso que tuviera por centro la cara de aquella mujer. Sólo atiné a mirar sus ojos, unos grandes ojos negros, suaves y brillantes.

El break entró en el puente de la cuneta, luego en el del canal, cuyos troncos retumbaron como un trueno lejano cubriendo el ruido del sulqui que se alejaba.

Aquellos ojos giraban con alocado vértigo. De pronto me parecieron cosa propia, algo ya conocido. Tuve la certidumbre de que me eran familiares. Anhelante, traté de recordar. La misma sensación de ansiedad que me produjo una de esas preguntas que, a los postres, gustaba hacer tío Ignacio: «¿Cuál es la capital de Islandia?». Lo sabía perfectamente, veía con nitidez el mapa de la isla lejana; en uno de sus golfos meridionales giraba, sin poderlo atrapar, el nombre lleno de consonantes y, al girar, las letras comenzaban a tomar cuerpo. Igual giraban aquellos ojos sobre el mapa de otro cuerpo que conocía. Reykjavik, capital de Islandia, murmuré entre dientes. Repetía maquinalmente la endiablada palabra. De pronto, quedé alelado: ¡aquellos ojos eran iguales a los de Cirilo!

El coche se detuvo frente a la escalinata, en el patio del apeadero. Ante el asombro de todos, eché a correr hacia la huerta de los frutales, donde Cirilo debía estar limpiando los camellones.

Me planté ante él lleno de ansiedad. Los mismos ojos, iguales pestañas arqueadas —brillantes bigotes de mi gato—. Ojos suaves y negros. Tierra mojada al oscurecer. Cohibido bajó los párpados.

—Cirilo, ¡mirame! —ordené, tomándole con ambas manos de los hombros.

Obedeció asombrado, mientras yo farfullaba:

—¡Son los mismos..., los mismos!

—Ya me voy, joven... es l' hora di' almorzar.

Echó al hombro el azadón y, sin mirarme, se alejó rumbo al galpón. Estuve

tentado de correr tras de él, correr y pedirle me dejara mirar otra vez sus ojos. Sin darme cuenta repetía mecánicamente: —Reykjavik, capital de Islandia...

Remota, escuché la campana que anunciaba el almuerzo.

Al pasar junto a la represa, corté el cogollo muy verde de una rama de sauce y lo llevé a la boca.

Apenas terminamos de almorzar, dando las buenas tardes salí; deseaba estar solo. Mi actitud debió sorprender porque, a poco, mi madre y hermanos entraban en el dormitorio.

—¿Qué te pasa? —brillaba en su mano el estuche del termómetro—. ¿No tendrás fiebre?

—Pero mamita, si no tengo absolutamente nada —como la respuesta no pareció convencerla, agregué—. Estoy cansado... —y seguí acariciando el lomo del gato, echado a mí costado largo a largo, en un salto que abarcaba desde mis rodillas a las axilas.

Cuando mi madre parecía dispuesta a retirarse, María Inés preguntó:

¿Qué te sucedió en el coche? —y, dándose aires, concluyó—: ¡Me pareció que tenías fiebre!

—Nada, te digo que nada me pasó.

Sin atender a la explicación, mi madre se arrimó para palparme la frente. Todos guardaron silencio. No me atrevía a mirarla, por temor de encontrar sus ojos parecidos... a los de la mujer del sulqui. Con los míos semicerrados vislumbré los dos anillos de compromiso, el suyo y el de mi padre, que desde su viudez usaba juntos en el anular. Por fin, luego de cerrar el postigo de la ventana, se retiraron de puntillas. Estaba solo.

En la semipenumbra, me volví boca abajo; el gato, con ronroneo de protesta, saltó a la cama de Luis que estaba vacía, sin duda por precaución de tía Nicolasa, y allí se entretuvo en afilar las uñas, con movimiento semejante al de la Pancha cuando amasaba.

Restregué la cara contra la almohada que terminé abrazando. Las palabras de mi hermana se entrelazaban con el brillar de los ojos de aquella mujer. Mordí el género; me pareció que incontables álamos frotaban sus frescas hojas en el aire caldeado por la resolana.

Las piedras al sol debían quemar. De pronto recordé los ojos grandes y negros de María Mercedes..., ellos eran también semejantes a los de la mujer del sulqui. Casi con repulsión rechacé el pensamiento.

¡Siempre aquellos ojos! Mi madre debía de tener razón; era fiebre que temblando me recorría el cuerpo. Traté de tomar mis pulsaciones; en vano recorrí con la mano derecha mi muñeca, no lograba encontrar la arteria. Sin darme cuenta, terminé acariciando el brazo tostado por el sol; las callosidades que en la mano me habían

dejado el azadón, la sierra o el arado, me encrespaban la piel.

Esos ojos me obsesionaban. Por momentos hubiera deseado tenerlos allí —en ese lugar que ocupaba la reproducción de un cuadro de Millet, sobre la pared blanca con su guarda pintada en azul, con dibujos semejantes a los de las enaguas de la Pancha —, y que se acercaran con lentitud, con aquella parsimonia enervante del cine hasta alcanzar un primer plano. De nuevo aspiré el perfume íntimo, lozano, de la almohada; de un manotón desabroché la camisa.

Los párpados se me caían con lentitud. Los ojos negros se transformaban en dos cubetas rebasantes de petróleo donde cabriolaba el sol. Giraban. Giraban las piedras pómez en un remanso del río, con pausa de valeses. Las cortaderas agitaban al viento su airón de garzas blancas.

Nerón levantó su cabezota, me miró con la expresión bovina que tenía en aquel retrato de diez años atrás y en el cual yo aparecía montado en su lomo; bostezó, para luego dejarse caer desganadamente. El gato, echado en un almohadón, abrió un ojo y ronroneó.

Al día siguiente de la partida de tío Ignacio, cuando nadie me lo exigía, era el primero en levantarme. De puntillas abandoné el catre de hierro, que nos servía para dormir en la galería, y fui a sentarme en las gradas de la escalinata principal.

El cielo comenzaba a enrojecer hacia el naciente. Cuando comían demasiado maíz las gallinas, sus huevos, una vez fritos, daban el mismo color. Escurriéndome entre los árboles del jardín, los gorriones chiaban agitando con sus brincos las hojas del magnoliero, cuyas ramas altas rozaban el techo de la casa, llenándola con el perfume de sus flores blancas. El airecillo fresco abanicaba dos espigadas palmeras, que se alzaban frente a frente, separadas por el camino central, bordeado de lirios. Se abanicaban con la señorial compostura de aquellas dos hermanas, las Pereyra, amigas de abuela, y, como ellas, parecían decir: «¡Ah, en mis tiempos..., mucho después del terremoto del 61!».

Llegó el mugido de las vacas que arreaban al corral.

Victorio despertó sobresaltado, vistióse con rapidez y, cargando al hombro su colchón, desapareció caminando somnoliento por el pasillo que comunicaba con la galería del sur.

No me vio; era una lástima, perdía su expresión de asombro ilimitado. ¡Yo madrugando, cuando siempre esperaba que el sol me viniera a cosquillar los ojos, o la tierra que él levantaba al barrer me hiciera estornudar! Y es que era necesario «sacar el jugo» a ese permiso, tan laboriosamente obtenido, de dormir afuera, que concedía abuela, luego de consultar el cielo desde las galerías. Seguíamos en silencio sus pasos menudos. Por el norte todo iba bien, temblábamos al atravesar el comedor. El sur, con sus nubes parduscas, resultaba nuestra pesadilla; para colmo, allí se unía a la comitiva doña Pancha, con su bagaje de experiencias sobre color y tamaño de nubes.

Por más que la Cruz del Sur brillara con ese esplendor que sólo veía yo en San Rafael, ella encontraba un pero.

—Ves; me parece qui'está rejusilando por el Atuel... ¡esas nuberías no son buenas!

Fui el primero en tomar el desayuno. En el patio del sur, doña Pancha, la Chischica y otra sirvienta de facciones aindiadas mondaban duraznos para hacer dulce, mientras el almíbar bullía en pailas de cobre que se alineaban bajo el parral en otras tantas hornallas de adobes. Tomé un durazno al pasar; la Pancha se puso a

rezongar.

—¡Dej'eso...; le va'hacer daño sobr'el chocolate!... ¡Sabandija!

Chacoteando, le di un mordisco y lo arrojé con fuerza hacia la bandada de gansos que paseaban con parsimonia cerca de los hornos del pan y —entre el alboroto producido por estos predestinados a convertirse en el *paté de foie* especial de abuela — corrí hacia el galpón. Al doblar la saliente choqué con Cirilo; rodamos por el suelo. Sin dejar de reír me levanté y, ante su asombro, le solté:

—Esperame en el puente a las once. ¡Vamos a bañamos!

Sin atender respuesta, seguí hasta el palenque del apeadero donde estaban los caballos, ensillados por Victorio durante la ausencia de tío Ignacio.

Galopar solo. Sentir que el viento me alborotaba el pelo. Gustar el sabor picante del sol en los labios entreabiertos, y que el pecho se me llenara con el aire fresco de los alfalfares, de las alamedas, para que mi camisa se abullonara a las espaldas tironeando locamente.

Corrí largo rato. El bayo ametrallaba el carril con sus herraduras, los álamos se deslizaban recortando sus enhiestos penachos sobre el cielo azul; chicuelos morenos y rubios —en cuyas caras el jugo de los duraznos, mezclado al polvo de la tierra, formaba inverosímiles bigoterías— saludaban agitando los brazos, los ojos iluminados de gozo. Todos hubieran dado cualquier cosa para ocupar mi lugar sobre el caballo de finas patas castañas, y esto aumentaba mi placer de montarlo. Al enfrentar la tranquera de la viña, torció bruscamente. Sin darme cuenta, me encontré sobre el pescuezo del animal, que se detuvo piafando, los flancos brillantes de sudor.

Junto a la tranquera, un hombre arreglaba los bordos de la acequia regadora. Al verme en tan desairada situación, se acercó de prisa. La camisa arremangada mostraba sus brazos musculosos. Sus ojillos azules e inquietos me contemplaron un momento con aire interrogante, que cambió al notar mi cabalgadura. Quien montaba ese caballo, con silla inglesa y breeches, debía ser pariente de la señora.

—¡Don Batista! ¿No se acuerda de mí? —grité sonriente, mientras volvía a la montura.

El contratista de la viña, famoso por su flaca memoria, miraba lleno de obsequiosa desesperación, como si a través de mi cuerpo buscara a otra persona.

—¡Soy Alberto!

—¿El hijo de doña María Mercedes? ¡Como para conocerlo..., si está hecho un fortachone! —exclamó alzando los brazos. De un salto desmonté y me tomó la mano entre sus dos callosas (un estrecho cajón de madera sin cepillar), luego, dando rienda suelta a su entusiasmo de calabrés, me golpeó pecho y espaldas para cerciorarse de la calidad de mí desarrollo.

Batista —su apellido me resultaba cómico y no pude aprenderlo nunca— había llegado de Italia cuando era muchacho, treinta años atrás. Varios cuarteles de la viña



se habían plantado bajo su vigilancia y la dirección de un cura, el padre Camurri, que, amén de sus misas, calzaba botas y salía a dirigir el trazado de viñedos.

—Siento mucho que il dottore si fuera a Mendoza, sin verlo. Yo estaba en mi viñita del Atuel.

—¡Ya me han dicho que compró terreno! ¡Progresamos!

—¡Eh! Hay que hacer algo per los hicos... ¡Ya tenemos dieci! —sin disimular su orgullo recalca el número con ambas manos—. ¡Eh, la viña necesita gente pa trabacarla!

Lleno de cumplimientos, me invitó a pasar.

La casa, blanqueada a la cal, tenía un patio de tierra apisonada que alfombraba la sombra de un alto parral, donde los racimos de uva negra, ya pintones, colgaban a manera de dormidos murciélagos. Dos chiquillos rubios, trepados en una mesa de pinotea, hacían sopas de pan en una escudilla; el menor tendría poco más de dos años y una camisita le cubría apenas la espalda, dejando al aire fresco de la mañana el resto del cuerpo.

Me acerqué para acariciarlo, esas caricias de cumplido a las que me creía obligado delante de un niño, pero me contuvo el asombro: ¡ambos embebían el pan en vino!

Don Batista rio de buena gana y con presteza se dirigió al interior de la casa, para regresar trayendo una damajuana y dos vasos que me hicieron temblar por el tamaño.

—Vino con azúcar, es su desayuno —dijo, señalando a los hijos—. ¿Los ha visto más fortachones?

Hice un movimiento con la cabeza por todo comentario. Satisfecho, llenó los vasos y me ofreció uno.

—Clarete, de la viña de la Señora.

Estuve a punto de confesarle que sólo bebía, y mezclado con agua, durante las comidas; pero los chiquillos me contemplaban codiciosos. Tomé el vaso y, cerrando los ojos, bebí el contenido de un trago. Debí de hacer muecas estafalarias; los chicuelos ahora sonreían; me pareció que repetían mis muecas. Un calorcillo inquieto comenzó a recorrer mis brazos y piernas, por momentos se detenía en las rodillas.

El contratista, entre asombrado y temeroso, llenó nuevamente el vaso que le tendía con mano insegura. Bebí, ya con más calma. Tenía deseos de chapotear la lengua, hacerla cloquear en el vino.

Tan alegre, liviano y volandero como el lucerillo del cardo. Cerrar los ojos y dormirme sobre la tierra, que se empeñaba en girar variando de planos, como lo hacían las ruedas del milord.

Al pensar en la cara que pondría tío Ignacio, reí taimadamente. Muy lejana, escuchaba la voz del contratista, interminable cháchara: que su mujer y los demás hijos estaban en la viña...; que era época de «envolver» los pámpanos y atarlos a los

alambres...; que había tenido necesidad de tomar más gente..., mujeres casi todas, porque los criollos despreciaban esa tarea... Le dejaba hablar, conteniendo los deseos de prenderme a sus grandes bigotes y balancearme en ellos, como en el columpio que estaba junto a la represa del lavadero...

Caminábamos por los camellones cubiertos de alfalfa, que bordeaban la viña con sus florecillas moradas. Don Batista continuaba hablando; era como la Chischica que se dormía revolviendo la paila. Llevaba de la brida a mi caballo, mientras yo marchaba lo más repantigado posible, con ese, ahora explicable andar, que a menudo usaba *mister* Thomas Holden, al salir del Bar Americano, de San Rafael.

A medida que llegábamos hasta ellos, los hijos del italiano venían a saludarme y mi mano era estrujada con mayor o menor fuerza. ¿A cuántos había saludado? No tenía la menor idea: muchachas rubias o morenas; muchachos atezados, torunos, también de pelos rubios o negros.

Los álamos, alineados a la vera de la acequia, también se inclinaban ceremoniosamente, mientras la viña se transformaba en inacabables pentagramas llenos de notas musicales; como las de aquella «Suite» del *Cascanueces*, de Tchaikowsky, que tía Elvira gustaba tocar en aquel su piano con los candelabros de bronce y cuyas velas no se prendían por temor de que la estearina ensuciara el teclado.

Cubiertas de transpiración, las sienes me golpeteaban rítmicamente —¿cómo recordaba cosas tan sin atadero?— con la vibración del órgano de la capilla del Colegio, que estremecía, a la par de mis oídos, los vidrios de sus litografías, cuya fealdad sólo era perdonable porque representaban el Vía Crucis.

La ropa me ceñía el cuerpo con desacostumbrada molestia. Hubiera deseado quitármela y revolearme con frenesí en el pasto. Pero *mister* Holden jamás haría tal cosa. Riendo pensé que toda su dignidad parsimoniosa, alabada por tío Ignacio, le venía de ser un cumplido y encantador borracho... Tenía razón abuela: debía ser el «buey corneta» de la familia.

Sin saber cómo, me hallé montado; Batista se despedía con grandes ademanes. Sus brazos eran las aspas de aquel molino holandés, pintado en una postal, que me envió desde Europa Luis Olivera...

Prendido al cabezal de la montura, como un gallina, galopé largo rato, hasta que mi caballo se detuvo ante la trinchera de álamos, que marcaba el límite sur de la viña. Sin darme cuenta, había recorrido el largo de las sesenta hectáreas que ella cubría.

El aire me había despejado un poco; largué los estribos y, abrazándome al pescuezo del animal, rodé a tierra lentamente, con indecible placer.

Até el cabestro a un cabezal de la viña. Espesa modorra me fue dominando hasta tenderme de espaldas en un surco, a la sombra menguada de una cepa que cubría apenas mi cara librándola del sol reverberante. Con una mano agarré el grueso tronco,

que abría en abanico sus sarmientos amarrados con totoras a las tres hileras de alambres.

Me hallé más seguro. Cerré los ojos y de nuevo el suelo balanceábase quedamente. El olor indefinible de la tierra arada llenaba mi nariz. Aspiré con fuerza, como hacía el bayo al beber en un charco de agua turbia.

De súbito, en la hilera vecina, cuya separación no era mayor de metro y medio, escuché rumor de hojas removidas. Regodonamente, abrí los ojos. Alcancé a ver los brazos de una mujer, que envolvía los sarmientos... como si los abrazara sensualmente; distinguí, apenas, las estrechas caderas ceñidas por un vestido azul oscuro.

Me estremecí; angustiado me pareció ocupar el lugar de la planta y que sus brazos abarcaban mi cuerpo... Alcé la mirada. En un claro que dejaba el follaje, vi su cara arrebatada por el sol; el cabello negro retinto, peinado al medio, le ajustaba las sienes; el cutis moreno enrojecíase en la tensión de los pómulos, entre los cuales la nariz arremangada brincaba sobre la boca de labios carnosos, brillantes y húmedos como un trozo de jalea de frambuesa, que hubiera caído sobre la mesa de caoba del comedor de abuela.

Quedamos inmóviles. La miraba con asombro. Sus facciones parecían desdibujarse; su cara alargábase como el humo del cigarrillo que arrojaba tío Ignacio contra el vidrio de la ventana en los días de lluvia. Sin poderlo evitar caí en sus ojos. Yo había visto esos calderos rebosantes de alquitrán.

Afirmándome en los codos, con mecánico movimiento, me incorporé a medias. ¡No era posible! ¡Debía de estar borracho como Modón, porque allí, al alcance de mi mano, estaba la mujer del sulqui!

—¡Usted!... ¿Qué hace aquí? —balbucí.

Sin contestar una palabra se puso en pie. La hilera de parras cubríale ahora la mitad-inferior del cuerpo para destacar más aún la carnadura del pecho; incitante presencia que siempre me desazonaba.

—Buenos días, señor... —la voz suave, alargando con mimo las sílabas, se prendía a mis oídos. Me había llamado señor; era, quizás, la primera mujer que me daba tal tratamiento.

—Buenos días —contesté apocado, incorporándome.

Quedamos tan cerca que hubiera bastado adelantar los brazos para tocarla.

—El Batista me llamó pa envolver las viñas...

Las palabras, de nuevo, no podían salir de mi boca. Un temblor recorrió mi cuerpo. Pareció notar mi turbación y bajó la vista. Experimenté entonces ese alivio que produce una nube cuando oculta el sol de la siesta. Sensación que, poco a poco, fue trocándose en ansiedad, deseo de algo desconocido, cuando mi mirada rodó por su cuello. —¡Oh, ese infantil rodar por las barrancas de Belgrano!

El vino, debía de ser el vino, se agolpaba en mi cabeza, me ahogaba. Con esfuerzo doloroso logré articular:

—Yo la he visto... dos veces...

—Yo, también... —sonrió—. Tiene un caballo muy lindo...

—Es de tía Elvira —sin poderme contener, con voz apagada, proseguí—: Usted, también es muy linda.

Corté la frase y la miré aterrorizado. Seguía con la vista baja; sus manos, apoyadas sobre el alambre, temblaban.

Atraído por algo que no lograba comprender y menos dominar, avancé un paso; la tierra arada se hundió bajo mis pies; para no caer me apoyé sobre el mismo alambre. Nuestras manos quedaron casi juntas; sentía el calor de ellas. Alcé la cabeza y me encontré con su mirada. Quedamos así un momento interminable, durante el cual su aliento golpeó espaciadamente mi boca.

Sin darme cuenta, adelanté la cabeza con esa impresión de alivio que produce el ceder a un vértigo, dejarse caer. Unos labios secos y calientes se aplastaron contra mi boca cerrada. Mi cuerpo se agolpaba en los labios —noches de hundir la cabeza en la almohada tibia—, chocaba con fuerza de acequia contra la compuerta estremeciéndola. Era caer dando volteretas en el espacio. Caer... Inesperadamente, invencible sensación de vergüenza se apoderó de mí. Sin atreverme a mirarla, escapé trastabillando entre los cascotes removidos del surco, monté a caballo y huí.

Áspera voluptuosidad me recorría; el aire raspaba mi piel, la sentía como una llaga expuesta al sol. Los labios me temblaban y balbucían palabras y más palabras ignoradas. Corrí sin ver nada, el bayo parecía desbocado; por primera vez taconeaba sus ijares.

Ya en la calle, lo contuve. Crecía en mí la espantosa vergüenza: ¡había besado a una mujer!, ¡a una desconocida! Con repulsión refregué mis labios reseco con el dorso de la mano; en la furia desesperada mordí con fuerza y un hilillo de sangre fue a anudarse en la muñeca, en el mismo lugar donde escurría el jugo de los duraznos maduros.

Sin embargo, el recuerdo tibio se pegaba en mi boca como una babosa. Recordé los mansos ojos de mi madre, la imponente figura de tío Ignacio. Una tras otras venían a mi memoria las imágenes, se entremezclaban y esfumaban.

¡Había sido capaz de besar a una mujer y en la finca de la abuela! ¡Debía de estar borracho!

Azucé al bayo, que caracoleaba echando espuma por el hocico mientras tascaba el freno. De nuevo emprendimos la huida, que duró el largo de media legua, hasta el puente del río.

Sentado a la sombra, Cirilo mordisqueaba un cogoyo de sauce.

—Creí que no venía...

Comenzamos a desvestirnos; no me había atrevido a mirarle.

—Me demoré en la viña... Ya sabés como es Batista...

Sentí que me observaba.

—Alberto, está muy arrebatado por el sol, ¿no le hará daño bañarse?

—Ya estás con tus cosas. ¡No tengo nada! —contesté tajante.

En silencio se inclinó para ayudarme a quitar las botas; luego, reuniendo mis ropas y las suyas en un solo atado las escondió entre unas cortaderas. Le dejé hacer, sentía deseos incontenibles de contarle todo, pero, no me atreví.

—Perdoname, Cirilo... Batista me dio un montón de vino... —Estoy muy borracho... ¡mucho! ¡Casi tanto como Modón!

De nuevo sentí que me contemplaba indeciso; luego, tomándome de la mano como acostumbraba hacerlo, entramos en el río. Cuando el agua nos llegaba a la cintura, le toqué un hombro al tiempo que hundía la mano para arrojarle agua. Asombrado, me contuve. Cirilo exclamó con desesperación:

—No, joven, no chancee con eso... Usted no puede ser como el Modón... ¡Usted no puede ser así! No, pues, usted no sabe...

Con movimiento brusco volvió la cabeza y, largando mi mano que apretaba convulsivamente, se zambulló. Vi un instante sus piernas morenas, tensos los músculos de las pantorrillas.

Unas gotas de agua brillaron al sol del mediodía, como cuentas del rosario de cristal de abuela y cayeron en el agua turbia del río.

En las proximidades de Navidad ocurría la acostumbrada visita de don Ramón Osuna. Aparecía, infaltablemente, con las alforjas de su peón llenas de quirquinchos salados; bajaba desde su estancia «La Escondida», cuya extensión presumía desconocer. Allá en los valles de las Serranías de los Choiques, tenía esta «suerte de estancia», cuyo título, habido por merced real a sus tatarabuelos, rezaba: «Cuatro leguas a la redonda del cerro Palau-Mahuida, con haciendas e indios que en ellas hubiere».

No bien llegaba, la Chischica preparaba el brasero del mate y la pava de agua hervía ya hasta su partida.

Aquel verano seguí sus pasos con docilidad perruna. Escuchaba extasiado la modosa charla; le veía acariciar los tupidos bigotes muy blancos, salvo en un diluido círculo marrón que marcaba el habitual lugar del cigarrillo, que armaba él mismo. En la cara curtida por los vientos cordilleranos sus ojillos azules se abrían con desgano en una sola pinta, como flores de alfalfa. Las bombachas caían sobre las botas negras, a las que ajustaba un par de espuelas de oro. Al cruzar las piernas, sus destellos caracoleaban en la penumbra del cielo raso. Durante su corta estada mi vista saltaba de sus bigotes, que apenas dejaban ver el labio inferior seco y resquebrajado, a las espuelas que atraían mi asombro ilimitado, mientras en vano trataba de recordar alguna otra persona que poseyera tan suntuoso atavío.

En el grupo familiar que ocupaba los sillones de la galería principal sólo veía a abuela y a don Ramón que, como todo hombre atlético, siempre parecía mal sentado; los demás éramos comparsas de poco ensayo. Charlaba alzando ligeramente la cabeza; las manos, capaces de pialar como el mejor de sus peones, esbozaban ligeros ademanes. De súbito, los ojos le chispeaban irónicamente y estallaba en sonoras carcajadas, que luego contenía con mesurado movimiento de excusa, mientras abuela adoptaba postura de circunspección.

Doña Pancha murmuraba que estas visitas de cortesía tenían un romántico comienzo: «Allá por los años después del terremoto de Mendoza, don Ramón había pretendido a la señora pero el francés le ganó de mano». Nunca supe qué había de cierto, ni jamás logré sorprender el menor gesto capaz de traicionarle. Terminé; por creer que eran infundios de la Pancha.

Sin embargo, como si existiera un tácito convenio —uno de esos «se cuenta el milagro, pero no el santo»... de tía Joaquina—, pocas veces se lo nombraba y esas contadas, en ausencia de abuela, para mentar sus legendarias espuelas de oro o su desprecio soberano por los gringos, como él llamaba a cuantos no hablaran el castellano. Desprecio que alcanzaba a toda idea que de ellos proviniera. No quiso alambrar su estancia; sembrar era cosa de gringos y nunca el arado rompió sus tierras. Su caserón enjalbegado, de treinta cuartos y espaciosos patios y corredores, en los

cuales ofertaba señorial hospitalidad, estaba rodeado por cerco de pirca cuyas piedras apiladas llegaban a la altura de un hombre.

Pastaban sus ganados a la buena de Dios. En el otoño reunía dos mil vacunos y los enviaba a Chile por los pasos de la Cordillera; la ganadería era el único medio de vida compatible con la hidalguía de un señor criollo. A su pesar, los cerdos pululaban en el campo hasta convertirse en animales salvajes y, al caer la noche, de todos los matorrales y alpacos surgían pollos y gallinas; también ignoraba su número y ¡guay!, del peón que hubiera perdido el tiempo en calcularlo.

Si un criollo se acercaba a comprarle, exclamaba con gesto altanero que rubricaba el tintinear de las espuelas:

—¡Llévate las que quieras! ¡Yo no vendo gallinas!

Y volviendo las espaldas se adentraba en las sombreadas habitaciones de espesas paredes, pálido de rabia porque alguien le creyera capaz de vender gallinas.

Al caer el sol mandó ensillar. Partió enhiesto en su caballo zaino, cuyo apero criollo enchapado en plata rebrillaba.

Plantado en el puente del callejón, le vi alejarse. El pecho me temblaba de orgullo, de coraje, de fuerza contenida. Me decía quedamente: «Yo también soy criollo, como don Ramón Osuna».

Para Nochebuena todos contemplaron el Pesebre del Niño Dios, que habíamos armado en la sala. La Pancha encontraba tiempo para venir a rezar un Padre Nuestro y, en cada oportunidad, argüía que un camello, por más que fuera de juguete, no podía ser más chico que el Rey Melchor.

A la luz de los candelabros cantamos en desentonado coro un villancico de las provincias del Norte, que comenzaba así:

*Ya viene la vaca  
por el callejón,  
trayendo la leche  
para el Niño Dios...*

Al irnos a dormir, sentí que había desaparecido la vergüenza que experimentaba al recordar lo sucedido en la viña.

El Año Nuevo, con su algazara, el estampido de las botellas de champaña y la corta visita de tío Ignacio, que aprovechaba las fiestas, alejaron mis preocupaciones aun más, y cuando los nuevos almanaques que pululaban en todos los rincones de la galería del sur marcaron el 5 de enero, esa tan esperada Noche de Reyes, no tuve el menor empacho en agregar los míos a la impresionante hilera de zapatos; que, al fin y al cabo, ya no quedaba nadie en la casa sin saber qué y cuánto pondrían los Reyes en cada par de zapatos.

La noche fue destemplada. A la mañana siguiente, cuando nos preparábamos para la misa, mi madre y tía Elvira aparecieron resfriadas, y en la gruta del Nacimiento, muy orondamente echado, mí gato; cosa que confirmó a la Pancha en las suposiciones de que los gatos tienen algo que ver con el mandinga.

Al terminar la Avenida Mitre nos detuvimos ante la vieja capilla, que bien podía tomarse como un cuerpo de edificio de la vecina bodega, a no mediar la cruz de hierro y el pórtico humilde con dos pesadas columnas.

Tañeron las campanas con voz aguda; los hombres, que agrupados cuchicheaban en el atrio, entraron en el recinto; unos pocos, de aquellos que a boca llena decían «la Iglesia es cosa de mujeres», atravesaron la calle para tomar ubicación de ateos, en una modesta confitería de vidrieras adornadas con retorcidos papeles de colores y amarillas flores de polvo insecticida; otros quedaron a la sombra de los coposos carolinos.

Entramos por el centro de la única nave, donde se alineaban en dos hileras los crujientes bancos. Abuela nos precedía saludando comedidamente a diestro y siniestro, con ese saludo que parecía ir diciendo: «El respeto debido a la casa de Dios, no me permite ser más expansiva».

Las botas, que me complacía en calzar a toda hora, resonaban sobre las baldosas para desesperación de mi madre.

Llegamos así al primer banco de la hilera derecha, que en su reclinatorio lucía una placa de bronce, donde, en hermosa letra inglesa, se podía leer: Dolores Segura de Thevenet.

Escoltado por dos monaguillos de caras rubicundas, hizo su entrada el señor cura.

Fuera de sus menesteres, el Padre Romero tenía fama de alegre, dicharachero y retozón. Era bien capaz, y lo tenía probado, de arremangarse la sotana y encararse con los socialistas —esos «mala palabra» de abuela—, o plantarse delante de un bodeguero en defensa de sus peones criollos, y hasta fabricar versos para las vidalas de algún feligrés enamorado, que ocurría a sus conocimientos; y, si mucho le apuraban, en los bautizos de rancherío demostraba que el cantar misa no le impedía entonar con la guitarra. Bien plantado, tenía fama de no achicársele a ningún redomón, por más mula chúcaro y mañosa que fuera.

En las muy espaciadas visitas que hacía a la finca —abuela, en la sonriente opinión del Padre Romero, no era una beata santera—, era acogido con respetuosa solemnidad, respeto que en mí llegaba a la admiración debido a que, propalado por el mismo don Ramón Osuna, el padre Romero era uno de sus contados amigos. Una vez al año se hospedaba por varios días en «La Escondida», para tomar parte en las famosas cacerías de guanacos.

La concurrencia sé puso en pie. El armonio, cuyo sonido más audible era el crujir de sus pedales, dejó oír algo muy semejante a la marcha triunfal de *Aída*.



Quise reír, me contuvo la vista de aquellas flores de trapo o de papel, un candelabro derrengado, el pulcro mantel que aún mostraba los dobleces del planchado, el altar de madera de álamo pintada de blanco con guardas doradas, que trazaban las más caprichosas curvas: por fin, aquellas pueriles imágenes de yeso coloreado. Todo resultaba tan puro, tan humilde, visto a la luz de los altos tragaluces por donde el viento traía a veces ráfagas con olor a mosto, que el pecho se me apretó de ternura.

Al llegar el Evangelio, volvióse el Padre Romero, mientras los feligreses tomaban asiento para escuchar el sermón. Como para darles tiempo, sacó del bolsillo interior un immaculado pañuelo, sonó con fuerza y cesaron los murmullos, tal si fuera una señal convenida. Su tema favorito era la «Huida de la Sagrada Familia a Egipto», motivo bíblico del que extraía las más inesperadas moralejas, al tiempo que «repartía palos en todas direcciones», y en especial para los ricos que hacían oídos sordos a sus pedidos de limosna para construir la nueva iglesia.

Retumbaba imponente su vozarrón, cuando una pareja de gorriones entró por la primera banderola; revolotearon asustados y el señor cura perdió la atención del auditorio, cuyas cabezas seguían de un extremo a otro el vuelo de los pájaros.

De nuevo tuve ganas de reír, pero me encontré con la mirada imperiosa de abuela; para escaparla volví la cabeza. Me estremecí. Sentada tres bancos más atrás, estaba la mujer que había besado en la viña. No supe cuánto tiempo quedé mirándola, en el olvido más absoluto del lugar en que me hallaba, hasta que María Mercedes me dio un codazo. Mi madre tenía los ojos fijos en mí.

El sermón había terminado; los gorriones escaparon luego de golpear varias veces en el cielo raso de arpillera encalada. Creí que la misa duraba una eternidad; en su transcurso no tuve coraje para volver la cabeza, por más que sentía su mirada en la nuca. Terminada la ceremonia, abuela permaneció arrodillada unos minutos; luego, nos retiramos en el orden de entrada.

Miré de soslayo, al pasar junto al banco de la tercera fila. Estaba vacío.

En el atrio, un grupo de señoras y señores vino a saludarnos. Sin poderlo evitar, busqué con la vista. Ella no estaba. Desilusionado me dirigí hacia el coche, que Eulogio había guarecido a la sombra de un carolino. Salté la acequia y estuve a punto de llevarme por delante las ruedas de un sulqui. En el asiento, un chiquillo moreno sonreía graciosamente.

—Buenos días, joven...

Me volví con ligereza. En actitud de subir por el estribo posterior, estaba ella.

—Buenos días —balbucí, mientras la mujer trepaba con agilidad. Tomó, las riendas, e inclinándose para recoger el látigo del piso de tablas dijo en voz baja:

—A la siesta iré a las higueras del Fortín...

El chiquillo se abrazó a su cintura y el coche partió.

Caminé unos pasos como autómata. Sonó estridente una bocina. Di un brinco innecesario; el auto pasó a varios metros.

—¡Buen julepe le dio el turco! —exclamó Eulogio, riendo.

Le miré temeroso de que me hubiera visto conversar.

—¡Maldito turco, algún día le romperé la cabeza! —mascullé con fingido furor, mientras montaba en el pescante.

Bailaban en mi cabeza sus palabras: «A la siesta iré a las higueras del Fortín»... Esta vez, sus labios no estaban resecos, sino húmedos, y, al recordar esa humedad, una sensación de malestar me arañaba el cuerpo.

Crujió la puertecita del coche, que cabeceaba en los elásticos al peso de cada persona que subía.

—Te has portado muy mal en misa —fueron las primeras palabras de mi madre—. Además no estabas correcto con pantalones de montar.

Abuela, con un movimiento de cabeza, reforzó la queja.

—Henri de Courtenay también estaba de breeches —contesté malhumorado. El argumento me parecía decisivo.

—¡Henri es un hombre grande! —arguyó mi madre con fastidio.

—Yo soy tan alto como él. Además, don Ramón Osuna...

Abuela me interrumpió con tono imperioso:

—¡Alberto! ¡No sea impertinente! ¡No conteste a su madre!

Agaché la cabeza y ya no dije palabra en todo el viaje, que fue un obsesionado repetir, mentalmente, lo dicho por la mujer del sulqui.

Al llegar a la altura de la viña, divisé su cochecito. Me pareció que Eulogio también la había visto y azuzaba los caballos como si deseara adelantarse. Al pasar no me atreví a mirar. En ese momento y para mi estupor, Eulogio murmuró apretando los carrillos:

—En misa... ¡la muy zorra!

Bajé la cabeza como si la expresión me tocara de lleno.

Eulogio la conocía, ¡sabía quién era! Con desesperación, me volví hacia él para interrogarle; pero me contuve al recordar el tono despectivo de su exclamación.

Una vez más, el almuerzo me pareció interminable. Las empanadas de la Pancha, ¿eran, acaso, las mismas? Ni aun tía Elvira lograba cautivar mi atención; en cambio mi madre, que casó muy joven, «apenas salida de las monjas», escuchaba con delectación el relato de las fiestas del «otro tiempo» de tía Elvira, que por fuerza no podía ser lejano, pero que a mí se me antojaba legendario. Fiestas de rumboso señor criollo, que ofrecía un lejano pariente en su palacete rodeado de viñedos en el Cuadro Nacional, y cuyos invitados de Mendoza llegaban en tren expreso.

Aquellos relatos de tía solían llevarme hasta los salones donde, entre el romántico encanto de sus valeses, discurrían graciosas mujeres. Nunca con la incomparable

donosura de tía Elvira. La veía junto a una consola dorada, cuyo coronamiento se perdía en la penumbra del artesonado con el talle fino muy ceñido por el corselete de encaje, tal cual estaba en esa fotografía de Streich que guardábamos en nuestra casa de Buenos Aires.

—¡Y le llaman baile a ese zamarrear de ahora! —concluía tía Elvira, con su muletilla favorita.

Terminado el postre, abuela abandonó la cabecera de la mesa y, a poco, nos hallamos en nuestras habitaciones.

Simulé dormir, hasta que Luis respiró acompasadamente. Obligado por una fuerza que me enervaba hasta hacerme ajustar las mandíbulas, me levanté en puntillas. Al girar la falleba de la ventana, de nuevo la vergüenza se apoderó de mí. Corrí hasta la cama y me arrojé de bruces.

—¡No debo ir, no debo! —me repetí hasta el cansancio. Mis palabras y las suyas se entremezclaban. Luego las de Eulogio: «En misa... ¡la muy zorra!», llenaban con su hosquedad el silencio del cuarto. ¡Cuánto hubiera dado por que despertara mi primo y me obligara a quedar!

De pronto tomé una resolución: iría a contarle todo a Cirilo. Además, si Eulogio la conocía Cirilo también debía saber quién era.

El sol de la siesta me hizo restregar los ojos. Una lagartija verde —viviente cogollo de sauce— corrió hasta esconderse bajo una piedra. Di un largo rodeo por el monte de frutales, para evitar que Victorio me descubriera y se empeñara en hacerme compañía. Precaución innecesaria, pues apenas tuve tiempo de esconderme tras la empalizada del corral cuando le vi dirigirse hacia el maizal y perderse en él.

Su andar sigiloso me llamó la atención, estuve tentado de seguirle, pero de nuevo volví al escondite. Sabina la sirvienta, recorrió el camino hecho por el mensual y cautelosamente se internó a su vez en la plantación.

Las cañas se agitaron en dos lugares que denunciaban el andar de la pareja, luego en una sola y movable senda; por fin, cesó todo movimiento.

Dudé un instante; luego, levantándome, exclamé con rabia sofocada:

—¡Victorio, sos un puerco!

Sin importarme ya de que me notaran, como deseando olvidar lo que había visto y lo que imaginaba, eché a caminar resueltamente. No quería confesarlo, pero con insistencia volvía la cabeza hacia el maizal que rumoreaba a mis espaldas. Apreté el paso para vencer el ansia de retroceder.

Me detuve junto al alambrado divisorio de la «posesión» del bajo, la respiración entrecortada, la cara cubierta de transpiración.

Sólo se oía el monocorde chirriar de las chicharras. Las parras retorcían sus troncos pardos en lascivas posturas.

Busqué en vano, Cirilo no estaba acostado bajo el sauce donde solía dormir la

siesta. Cansado, me apoyé sobre el alambre que vibró centelleando al sol; alargué la mano y cogí del parral vecino, que se inclinaba desvencijado sobre el alambrado, un racimo de uvas. Su contacto me produjo voluptuosa sensación de tibieza. Lo acerqué a la mejilla, los granos rozaron mi cara calenturienta, y lo estrujé con fuerza. El mosto caliente, agrio aún, penetró en la comisura de mis labios, luego, como un hilillo de sangre, corrió por la barbilla, por el cuello, y fue a caer en el pecho, entre la camisa abierta.

Creí estar borracho, como en la mañana de la viña. Debía de ser el sol. La chorrera de jugo al secarse marcaba mi piel con repulsiva molestia de cicatriz. Arrojé el racimo y me acerqué a la orilla del canal. Echándome de bruces sobre el borde de champas, según esa costumbre que me llenaba de placer, hundí las manos y la cabeza; luego, incorporándome, limpié cachacientemente la greda y arena que me había quedado en la cara. Terminé por dejarme caer de espaldas, con fuerza distendí brazos y piernas; las coyunturas se me agarrotaban. Las matas de hinojo perfumaban el aire refrescado por la sombra de sauces y álamos.

A lo lejos, sobre la barranca, agitaba el maizal sus penachos con susurro de géneros, de sedas, de trapos de mujer... ¡Allí mismo, en aquel momento, estaban Victorio y Sabina! Sabina con ese delantal celeste que un día la lluvia, al empapararlo, le ciñó al cuerpo...

Crispé las manos sobre las champas. «A la siesta, iré a las higueras del Fortín».

Un sendero bordeaba el canal; sin saber cómo, me hallé caminando en él.

Anduve trastabillando para luego acelerar el paso. Crucé el canal por la compuerta del Fortín; el alfalfar ocultó mis botas hasta rozarme las caderas. Se apoderó de mí sensual deseo de revolearme entre el pasto fresco. Seguí, ya no podía detenerme.

Recortándose sobre el fondo de un bosque de higueras y en la cresta de la barranca, apareció la maciza construcción. Rodeé los tapias del corral hasta encontrarme frente a la única torre, en cuya base se abría la entrada principal; el puente levadizo, arrancado de su quicio, rasgaba sus gruesas tablas al sol, junto al foso casi lleno de escombros que circundaba el Fortín. Los muros, con adobones de un metro y medio de espesor derrumbados en parte, dejaban entrever una huertecita cercada de cañas, donde las amapolas estremecían el rojo sangre de sus flores. El sol envolvía todo en imponderable luminosidad.

La antigua casa-fuerte tenía la imponencia de un castillo y, como antaño sucedía a los indios, al acercarme experimenté raro temor. Algo me decía que aquella tarde era indigno de pisar su recinto.

Apresuré el paso hasta encontrarme en el higueral. Rondé entre los cenicientos troncos llenos de cifras, marcas y cicatrices; varios metros arriba pendían las últimas brevas rasgadas, dejando ver la carne roja que los gorriones picoteaban con avidez.

Avancé temeroso. Deseaba que la mujer del sulqui no hubiera existido o que, al menos, faltara a la cita. Quedé en silencio contemplando el Fortín de abuelo Thevenet, el higueral que él mismo había hecho plantar. En uno de los troncos habían grabado el contorno de mi pie cuando tenía un año. Desde que recordaba, venía todas las vacaciones para verlo crecer y deformarse al par de la corteza.

Busqué con ansiedad, como si ese fuese el motivo de mi presencia. Allí estaba la enorme higuera, la marca debía encontrarse en el lado opuesto. Al rodear el tronco me detuve en seco. Recostada entre las gruesas raíces que nervaban la tierra, estaba ella.

—Buenas tardes, joven —dijo con soltura—. ¡Bien haiga! Ya creí que no venía...

—Buenas tardes —balbucí—. No pude salir antes.

—¿Y no se sienta, pues...?

Señaló un lugar a su lado. Como atontado hice lo que me indicaba. Incorporándose algo, apoyó la mano muy cerca de la mía. Al notar su movimiento quedé sorprendido. Estaba pálida, los ojos le brillaban con molesta insistencia, pero accionaba con naturalidad. Pensé en lo que había dicho esa misma mañana Eulogio y exclamé bruscamente:

—¿Qué es lo que quiere de mí?

Después de un momento de silencio, sonrió apenas.

—Y... nada, pues... nada, joven Alberto.

—¿Cómo sabe mi nombre? —interrumpí extrañado.

Sonrió con picardía por única contestación.

—Y usted, ¿cómo se llama?

—Y d'íay, Dolores, como la señora su abuelita..., ella es mi madrina.

Sin explicarme aún la causa, la mención de abuela me disgustó; tuve ganas de abofetearla.

—Hablemos de otra cosa. Sí ella supiera...

—¿Si supiera qué?

No atiné qué decir, mientras para mis adentros pensaba que Eulogio tenía razón, era bastante zorra... Quise decirlo, pero me contuvieron sus ojos, se me antojaron en ese instante infinitamente tristes. No. No podía ser tan zorra; ya ni siquiera tenía esa pizca de picardía que me había chocado.

—¿Cuántos años tiene? —pregunté una vez más para disimular mi creciente turbación.

—Diecinueve, ¿parezco más?

—Sí.

De nuevo mi contestación fue cortante.

—Parece que no está a sus anchas... ¿Está enojado conmigo? Ya sé que no está bien el que li'haya hablao... pero como en la viña...

—No, no estoy enojado... estoy... —no supe cómo terminar la frase.

Nos miramos en silencio; se apoderaba de mí torpe desazón. Una ramita seca crujió al quebrarse; hice un movimiento involuntario y su mano quedó bajo la mía que temblaba.

Movido por esa fuerza que se había posesionado de mí en la viña, avancé el torso y tomándola entre mis brazos la estrujé, como lo hacía con la almohada. Apartó mi cabeza con sus manos; cerré los ojos para no ver brillar los suyos. Sentí su boca ardiente sobre mis labios apretados.

Permanecemos largo rato echados, muy juntos. No me cansaba de mirarla; a cada momento descubría en ella algo ignorado. Su mejilla estaba tan cerca de mi boca, que la respiración agitaba su pelusilla leve y morena.

Como eco lejano, las higueras movían sobre nuestros cuerpos sus hojas blancuzcas de polvo. De tiempo en tiempo, la besaba sin atreverme a decir palabra; tenía miedo de que escapara como liebre asustada. Su cuello era más moreno, como si el color de la carne naciera al terminar los cabellos y fuera desparramándose hasta atenuarse en la blancura sonrosada de los pómulos; esos pómulos que al tacto de mis labios tenían la consistencia de una taza de porcelana entibiada por la tisana de cedrón. ¡Hasta poseía el olor suave de esa planta de mi San Rafael!

No atinaba a juntar el nombre de las cosas que llegaban a mi imaginación. Apretando los labios recorría en silencio sus facciones, como si tuviera miedo de que las negras y arqueadas pestañas hubieran de escabullirse entre el cuchicheo de las hojas.

Tenía las manos listas, los músculos tensos. Actitud de otear perdices cuando salíamos a cazar con tío Ignacio y su escopeta de dos caños.

La miraba y remiraba con placer sólo comparable al que me produjo aquella primera locomotora eléctrica, redonda y reluciente, que años atrás me había regalado mi padre.

Aun sin rozarla, sentía el contacto físico de su presencia; penetraba en mí por el hecho de entrar yo en su órbita: dos santos, de estampa policromada, debían sentir igual al unirse sus radiantes aureolas.

Sentado en las gradas de la escalinata principal, miraba una magnolia, que parecía más blanca sobre el fondo de la noche. La veía balancearse con el ventecillo fresco; a veces, lo hacía con la gracia turbadora de Dolores. Dos siestas se habían escurrido a la sombra de las higueras entre sus brazos morenos. Tenía de su boca la añoranza del sabor lechoso, de su cabello el olor de campo; luego, poca cosa más. Ignoraba toda su vida, porque ignoraba que una cepa pudiera ocultar algo más que racimos de uvas.

Si un día hubiera faltado a nuestra cita, podría desaparecer para siempre y yo no me atrevería a preguntar. Había visto el agua desaparecer así entre los pastos.

—¿Vendrás pasado mañana? —le preguntaba a cada instante.

Sonriendo acercaba su cara. Siempre, al besarnos, chocaban su nariz y la mía.

—¿Sabes, Dolores?: ¡parecemos dos lombrices ensartadas en una pesca!

Reía de nuevo, mientras yo acuciaba mi cerebro para decirle simples naderías. A lo lejos, de cuando en cuando, tintineaban los cascabeles de las carretelas de los carniceros que iban al Matadero. El viento traía el polvo suelto de la calle que se quietaba sobre las hojas de las higueras.

Dolores tenía entonces más húmedos los labios.

—Mercedes, me parece que Alberto debe de estar enfermo de los riñones, tiene muchas ojeras.

Me estremecí al escuchar, a mis espaldas, la voz carraspianta de Isabel Pereyra; voz de esas que, instintivamente, hacen componer el pecho a quienes la escuchan.

—Pero Isabel, ¡vaya con las ocurrencias! Sucede que tiene ojos soñadores... — interrumpió su hermana Tiburcia.

Mi madre sonrió agradecida.

Isabel Pereyra de Varela era viuda, como mi madre, como tía Nicolasa, como abuela; pero con la diferencia que, al decir de todos, «había matado a disgustos al pobre Serafín Varela». Estaba dispuesto a creerlo, a pesar de la miniatura del «finado» que siempre usaba sobre la gargantilla de encaje negro.

En cambio, Tiburcia Pereyra era gorda, buena, y quizá por llevarle la contraria sólo descubría el lado amable de las cosas.

Cuando Isabel hablaba, nunca estábamos seguros de poder quedarnos en rueda; de pronto, mi madre hacía una señal y nos veíamos obligados a retirarnos.

Un día le alcancé a oír que había sido necesario casar a una de las «chinitas» de su finca,

—¡Son unas perdidas! —vociferó, y se contuvo ante la mirada de abuela.

Tiburcia, con su cara redonda de pan casero, comentó con timidez:

—Créanme, lo hacen sin malicia... Son inocentes como los gorriones.

—¡Gorriones! ¡Los gorriones también se comen las uvas! —apuntó Isabel,

molesta por lo que llamaba la tilinguería de su hermana—. Además, vos no entiendes de esto, ¡al fin no te has podido casar!

Este era el invariable latiguillo con qué la apullaba, ante el desconcierto de la audiencia, que no sabía cómo salir del paso.

¿Cómo permanecía Isabel entre las amistades de abuela? Creo que la Pancha había encontrado la explicación: ¡Se prende al pescuezo como una garrapata! ¡Es mejor tenerla di'a buenas!

Al morir su marido decidió llevar consigo a Tiburcia, que hasta entonces vivía en un pensionado de Hermanas. Ella resistió cuanto pudo.

—Pero Tiburcia, ¡qué va a decir la gente! ¡Yo sola en el mundo! Está bien que yo no sea una ricacha, pero tengo mi pasar. No, Tiburcia. ¡No lo puedo permitir!

La hermana gorda cedió. Al día siguiente, Isabel salió a contar entre aspavientos:

—He tenido que recogerla... ¡La pobre no tenía qué llevarse a la boca! No soy rica, pero, aunque me prive de algo, es mi desventurada hermana. ¡Qué otra cosa podía hacer ante sus ruegos! Ya saben, ¡es tan pobre!

Desde entonces, Tiburcia fue su víctima preferida.

Refiriéndose a mi madre solía decir:

—¡Ah, la pobre María Mercedes! Tan buena; porque si de alguien no se puede decir nada, es de ella. ¡Ah! ¡Sí! ¡Pero los hijos que tiene! ¡Válgame Dios!

—¡Son los riñones! Vos no entiendes, Tiburcia —insistió aquella noche.

Al darme vuelta, vi que los ojos de Tiburcia se humedecían, mientras nerviosamente movía sus manecitas rollizas. Sentí deseos de lanzarme sobre Isabel y torcerle el cogote, como hacía la Pancha con las gallinas.

Como un farol de romería, y entre dos álamos, subía muy roja la luna llena.

—Lo llevaré al médico —terció mi madre; sabía que era peligroso para una mujer joven no tomar en serio una sugestión de Isabel.

—Por supuesto que al doctor Shestacow..., más cuando no está Ignacio...

—Descontado —contestó mi madre.

Me asombraba su admiración y respeto por el doctor Teodoro Shestacow; no la creía capaz de admirar o reconocer nada. Era que, en cien leguas a la redonda, este médico contaba con la unánime devoción de las gentes.

Don Ramón Osuna relataba que, allá por los años en que el río Diamante no tenía puente, lo cruzó a nado una noche de creciente, prendido de la cola del caballo, para atender a la hija de un enemigo suyo. Don Ramón le endilgaba al mencionarlo lo que, a su entender y el mío, era el mejor elogio: «Este gringo, merecería ser criollo».

Por el lado del apeadero, vi llegar a Cirilo.

—¿Vos aquí? —le dije, saliendo a su encuentro.

—Esta noche empieza la novena, pues. Dormiré aquí también. Mañana, a primera hora, tengo de llevar el carro'e bueyes a la viña p'acarriar sarmientos.



—¡Me alegro! ¿Sabés? Esta noche dormimos afuera.

En la puerta del pasillo apareció doña Pancha, con un candelabro de bronce en la mano y, esquivando el humillo que desprendía la vela, anunció:

—Ya estamos, señora.

Hubo un movimiento general de sillas. Tía Joaquina sé dirigió hacia el dormitorio y regresó trayendo un devocionario, mientras la Pancha, con parsimonia de sacristán, fue a colocar el candelabro sobre una pequeña repisa en la que descansaba un cuadro de la Virgen. La bujía iluminó el bordado en hilo de oro y plata, prolija labor de la tatarabuela en su época de las Monjas de María.

Mientras llegaba el resto de la servidumbre, la Chischica, ayudada por la Pancha, distribuía las sillas y los almohadones para hincarse. Cada cual tomó su ubicación, mientras en la parte baja adoptaban piadosa compostura Victorio, Eulogio y los dos peones de la casa.

—¿Comenzamos, Dolores? —preguntó Isabel, arrogándose privilegios de los que carecía, fiel a su afán perruno de ubicarse en el centro de todos los grupos.

Abuela, sin contestarle, se persignó y todos la imitaron.

Mi madre hacía cabeza del rosario. Su voz sonaba distintamente en la espaciosa galería; el coro respondía con solemnidad, en tono bajo, que semejaba un trueno escuchado a la distancia; en contraste, brincaban las voces claras de mis hermanas.

Revoloteaban golpeteando, ora en el tubo de la lámpara ora en el cielo raso, cucarachos y mariposas nocturnas de los más variados tamaños; mientras los sapos, cerca de las escalinatas, acechaban a los que caían atontados por la fuerza del impacto.

Al llegar las letanías, zozobraba invariablemente la solemnidad del acto; no faltaba quien contestara un *ora pro nobis* cuando correspondía un *miserere nobis*. Una vez más, lo esperado ocurrió. No pude contener la risa, por más que Cirilo me miraba asustado.

—¡Alberto! Vaya a sentarse en un banco del jardín —ordenó abuela con tono imperioso.

Obedecí; sin embargo, me pareció que mi madre y tía Elvira hacían esfuerzos desesperados para no reír. A poco vinieron a hacerme compañía, y por semejantes razones, María Inés y Eduardo.

Cesó el coro; las letanías habían terminado. Desde nuestro banco, donde mi hermana permanecía acurrucada por temor a los sapos, vimos cómo tía Joaquina tomaba de su estuche de níquel los lentes de leer.

Tía Elvira se acercó a abuela.

La Chischica, balanceando al caminar sus trenzas, como el espantamoscas de un arnés, vino a comunicarnos el perdón.

Compungidos regresamos a nuestros puestos, mientras comenzaba la lectura de la

Novena. Terminada, los nietos fuimos a hincamos uno tras otro en el almohadón de abuela para solicitar su bendición.

María Mercedes fue la primera en hacerlo; abuela imponiendo la mano le dijo: «Dios te haga una santa, m'hijita». Al llegar mi turno escuché nervioso: «Que Dios te haga bueno para que ayudes a tu madre y hermanas».

—¡Me parece que buena tarea va a tener Dios! —exclamé en tono hiriente Isabel Pereyra.

Esforzándome para no contestarle, me aparté del grupo.

Cuando llegó el turno a la Chischica, abuela respondió:

—Que Dios te haga menos remolona... ¡para servir el mate!

Todos rieron, coyuntura que aproveché:

—Abuelita, ¿sacamos los catres? Cirilo puede acompañarnos...

Nos miró con seriedad; pensé que mi conducta durante las letanías había estropeado la autorización anterior.

—Bueno, ¡a sacarlos antes de que vengan más cucarachos!

Las luces se fueron apagando lentamente; el caserón guardaba el silencio de los días fatigosos. Mi hermano y mi primo dormían ya con las frazadas criollas de lana, tejida, que al amanecer resultaban necesarias, enrolladas a los pies de la cama.

Sentados en la escalinata, Cirilo y yo contemplábamos la sombra de los árboles recortada por la luna.

—Vamos hasta el carolino —dije, levantándome.

Cirilo me siguió.

La copa del árbol, cuyo tronco apenas podíamos abarcar entrambos, proyectaba un vasto círculo de sombra en el recodo del callejón. La brisa muy suave agitaba sólo las hojas, que indistintamente ofrecían a la luna su cara brillante o la opaca y blanquecina.

Nos tumbamos al pie del carolino, a poca distancia el uno del otro. Mi cara rozó la arena aún tibia. La piel de Dolores. Sin pensarlo, estiré la mano, fue a caer sobre la cabeza de Cirilo; inconscientemente, me puse a enmarañarle el pelo, como si jugara con la cabeza de Nerón.

—M'está enllenando di'arena el pelo... ¡Bienhaiga con l'ocurrencia, pues! —refunfuñó con gracia.

A veces, se me antojaba que era un niño y hasta me extrañaba no oírle pedir una estrella, como hacía mi hermano. Él, no la pediría, estaba seguro; son cosas que sólo se les ocurre a los niños de la ciudad.

—¿Es triste todo esto en invierno?

—Y d'ia, pues... ¡Hace muy mucho frío!

—¡Por supuesto, pedazo de tonto! —exclamé, riendo ante la simpleza de su respuesta. Se estremeció, al tiempo que retiraba la cabeza sin decir palabra.

—¿Qué te sucede?

—Nada..., el padrino Eulogio, dice, también, que soy medio caído di'arriba'el horno...

—¡Pero si te lo dije en broma!

—Es que me dolió que lo dijera usted, joven Alberto. Es como el granizo: a según di'ande venga daña más.

—¡Hombre! ¿Acaso te importo tanto? —pregunté.

—¡Más que naides! —fue su instantánea respuesta; luego, como avergonzado agregó—: ¡a sabe que no tengo mamá —se detuvo un momento—, ni tata, ni perro que me ladre... Soy un guacho, nomás. Un guacho...

Recalcó dolorosamente la palabra; me pareció que ella corría, alargándose como un lastimero aullido, por los alambres que brillaban bajo la luna. Las hojas del carolino la repetían en mis oídos. Imaginé que su áspera mano apretaba mi garganta. Lo abracé con fuerza, como gustaba apretar contra mi pecho, mientras le palmeaba, el pescuezo reluciente de mi caballo. Sentir que toda su fuerza y brío estaban en mis manos.

—¡Cirilo! —grité dolorido—. No seas así... ¡No digas esas cosas! Yo... yo también te quiero. ¡Más que a ningún amigo! Creelo...

Los ojos me cosquillaron de ternura. Apoyándome contra el tronco del árbol, me incorporé hasta quedar sentado. Hundí las manos en la arena tibia.

No sé cómo vino a mi memoria una canción que mi madre solía cantar, cuando Eduardo era pequeño. Hacía tiempo que no la escuchaba; no sé si la tarareé, pero la sentí en los labios:

*Señora Santa Ana  
¿por qué llora el niño?  
Por una manzana  
que se le ha perdido.*

*Yo le daré una,  
yo le daré dos,  
una para el Niño  
y otra para vos.*

Quise reír, un poco turbado, pero me contuvo la voz de Cirilo:

—Alberto, usted es muy bueno conmigo. Naide ha sido tan bueno, naide es como usted...

—Es que, en serio, te quiero mucho... ¡Cirilo!, para que veas, te voy a contar algo que nadie sabe. Ya ves si tengo confianza en vos, pero ¿me prometés no decirlo a

nadie? —concluí, casi arrepentido del primer impulso.

—¡Te lo prometo!

—Cirilo..., sabés, conozco a una muchacha... No te rías... Nos hemos besado... y ¡muchas veces! Una muchacha que tiene los ojos negros. Es gracioso, pero tiene los ojos negros como los tuyos... Sólo sé que se llama Dolores...

A duras penas lograba escoger las palabras que nunca había pronunciado; palabras de mi terrible secreto que, al fin, podía confiar a otra persona.

Por un momento, permanecemos callados. De pronto, con tono de voz medido, humilde, con ese tono que hacía mucho no empleaba al dirigirse a mí, preguntó:

—¿Tiene los ojos y el pelo negro?

—¿La conoces? Decime, Cirilo —interrumpí con ansiedad.

Permaneció de nuevo en silencio. Luego, como si apretara los dientes, entrecortando las palabras, contestó:

—Sí, la conozco, ¡pero muy poco!

Entonces, sin poderme contener, con la fuerza del agua embalsada a la que abren una compuerta, hablé atropelladamente, sin preocuparme de si era escuchado o no. Al recordar las palabras de Eulogio, cuando regresábamos de la Iglesia, exclamé:

—¿De dónde la conoces?

Ante mi asombro, Cirilo se puso en pie.

—¿Qué te pasa?

—¡Nada! No tengo nada. Discúlpeme, joven, mañana tengo que madrugar —soltó con tono seco.

—¡Cirilo!, ¿estás chiflado?, de pronto me tuteas, luego, me tratas de usted... Ahora te vas, sin decir nada. ¿Eso es lo que te importo?

—Así nomás hai'ser... —replicó con voz descompuesta, mientras echaba a caminar en dirección de la casa.

Esperé junto al canal; Cirilo no llegaba. No podía comprender su conducta en el callejón. Aquella noche, hacía tres, se empeñó en no mirarme y menos en conversar. Por fin, cuando le hablé, ya sin poder soportar su obstinación, fingió dormir. Estaba seguro, pues le escuché sollozar quedamente durante largo rato. Me revolví en la cama para hacerle saber que estaba despierto. Fue inútil.

Entonces, los perros ladraron furiosamente; Nerón corrió hasta la puerta del jardín, para luego regresar gruñendo.

Contuve la respiración; Isabel, que ocupaba junto con su hermana la habitación de tío Ignacio, encendió la vela. Al momento, se oyó la voz asustada de Tiburcia:

—¡Por Dios! ¿Te sucede algo?

—¡Nada, mujer! ¡Nada! Ya estás con tus tilingadas... Creí que había entrado un murciélago. ¿O es que no puedo prender la luz, si se me antoja? —la voz ronca y carraspianta le temblaba de furor.

—¡Vieja víbora! —grité, sin poderme contener.

—¡Ave María Purísima! ¿Quién anda? —gritó ella.

Un gruñido de Nerón fue cuanto obtuvo por respuesta. Sentándose en la Cama levantó el candelero de bronce, moviéndolo de izquierda a derecha y girando la cabeza en sentido contrario, con balanceo de lechuzón de bodega; luego, apagó la luz.

Los grillos continuaron su chirriar, entrecortado por el croar de ranas y sapos. Vibró en la quietud de la noche el mugido de una vaca; otras la imitaron y, desde el corral, llegaron los agudos balidos de los temeros apartados.

Debió de transcurrir media hora. Cirilo se había dormido.

El armazón de madera, que en invierno sostenía la carpa destinada a proteger al enteco ceibo, en la soledad de la vigilia, me pareció una figura espantable, surgida de los cuentos de brujas y aparecidos que narraba la Pancha.

El perro gruñó nuevamente, dio sus acostumbradas vueltas y se echó, largo a largo, en la alfombra. El cristalino tintinear del agua en el tinajón de la destiladera llenaba, con gracia de pájaro que volara a la altura de nuestras bocas, los ámbitos del caserón dormido. De tiempo en tiempo se escuchaba el sordo golpe de un durazno maduro que, al desprenderse del árbol, caía sobre la tierra arada del camellón.

Cirilo suspiró profundamente. Su espalda, recia y morena, tenía la tersura de un bronce patinado. Permanecí largo rato mirándole. Su respiración se hizo más acompasada. Dormía.

Con ser más fuerte que yo, lo sentía pequeño. «¡Soy un guacho! Un guacho, nomás...».

¿Qué mal podía haberle causado esa noche? ¿Yo, que le debía el haberme salvado en el río? ¿Yo, que a veces, deseaba estar en pie, junto a su cabecera, como esos

ángeles de la guarda, de centelleantes alas, que ornaban mi estampa de primera comunión?

De nuevo, me pareció escuchar la risa torpe de Osvaldo Sierra. Sin embargo, apretando los puños musité: Perdoname Cirilo, yo no sé, perdoname...

Hoy, no vendría. Estaba seguro. El resplandor de la resolana me crispaba. La leve trama de brin de mis pantalones se pegaba a los muslos. Sobre una mata de chilca se balanceaba mi chaqueta. Empujado por el viento, muy suave, se apantallaba el maizal sobre la barranca. ¿Estarían allí Victorio y Sabina?

Mojé con la lengua mis labios secos.

Ya no pude recordar a Cirilo; desapareció en ese instante como si se esfumara. Ya no existía. El sendero del Fortín se abría entre los abrojos. Caminé abotagado por el sol. Traspuse la compuerta por el tronco, que le daba apoyo; ya, en el borde del potrero, di un brinco como si los músculos agarrotados se me distendieran. Caí sobre el pasto que se abrió. Quedé tendido, sin el menor deseo de levantarme. El olor de la alfalfa me penetraba con fuerza y palpitaba en las aletas. Terminé por revolearme como lo hacía Nerón. El pasto, húmeda cortina verde que se alzaba hacia el cielo, me rodeaba. Se deslizó por un tallo una catanga, con sus patitas negras bajo el caparazón de brillantes colores; su tamaño no era mayor que el de una uña... de una uña pintada... Dolores, me debía esperar ya. Al intentar incorporarme, el pasto se movió cerca de mis piernas.

Estalló una sonora y aguda carcajada. Dolores apareció gateando, reía sin ninguna coquetería, la cara congestionada por el sol.

—¿Te asusté? ¡Bien haiga, con el hombre que m'echado!...

Miré fascinado los pliegues húmedos y rojos de la boca. Avancé en silencio y besé los labios tensos por la risa. Mi cuerpo cayó sobre el suyo. El pasto agitaba sus florcitas contra el azul del cielo. Las hojas maceradas transpiraban olor de tierra regada.

Se escurrió con brusco movimiento, y rodé de espaldas. En pie, respiraba ansiosamente, el pecho le borboteaba bajo la tela ligera, como una cortadera en cuya raíz chocara la correntada del río.

—¡Alberto!, estás tarumba... —dijo con voz sofocada.

Tenía las pupilas estriadas de rojo; ojos de borracho que yo había visto. ¡Mi obsesión de los ojos parecidos!

—Perdoname... No sé lo que tengo, debe ser el sol... Vos sabés...

Desarrugó el vestido en las caderas, con movimiento de enfundar una almohada, y alisó los cabellos.

—Me cansé d'esperarte en el higueral...

—No pude escaparme antes —mentí, desviando la mirada.

¿Por qué no quería hablar de Cirilo con ella? La sola idea me molestaba.

Nos sentamos bajo un corpulento sauce, una de cuyas ramas, desgajada por el viento, dejaba al sol astillas muy blancas.

—¿Estás enojado porque no quise besarte?

—No veo por qué, sos muy dueña de besar cuando se te antoje... Yo haré lo mismo.

—Como había mucho sol, pues —dijo, inclinando a un lado y a otro la cabeza, llena de embelequería.

Sin esperar respuesta, me besó. Permanecimos largo rato tendidos, como si su boca encerrara todo el aire; creía haber descubierto ¡al fin!, el oficio de la mía.

Borboteaba el canal al deslizarse bajo la compuerta de madera.

Abandonando mis labios se arrojó de espaldas con fuerza de cosa inerte, como si quisiera hacerme sentir su postura; la trenza desanudada rodó por el suelo y, bajo la tela, se balancearon sus pechos.

Respiré con dificultad, me pareció que las siluetas de sauces y álamos se orlaban de rojo, como el día en que estuve a punto de ahogarme en el río.

—¿Nos bañamos? ¿Quieres?...

Miró sorprendida; temeroso de que rechazara mi deseo, insistí:

—¡Hace un calor terrible! ¿Qué tiene de malo? —al verla dudar, agregué con ansiedad—: Te bañas con camisa y asunto concluido.

—Y... ¿usted?

—¡Yo me arreglo!

—¿Me promete no aguaitar?

—Te lo prometo, vos te metés primero —contesté, ocultándome tras el sauce. Me pareció que transcurría un siglo, la ropa se me pegaba al cuerpo, las manos húmedas me temblaban. La saliva, al resecarse en los labios, me los irritaba, obligándome a humedecerlos continuamente.

Por fin, sentí el ruido de su cuerpo en el agua: ruido de tela mojada. Un escalofrío me hizo temblar, como temblaba la pirca del corral cuando los caballos giraban a la carrera, para escapar al lazo que zumbaba sobre sus cabezas de crines tensas. Crecía el tropel alocado, las pezuñas herradas golpeaban, reproduciéndose en mil ecos; cúpula de iglesia donde el órgano retumbara fragorosamente, sus altos caños de plata al rojo fuego. Un mugido de bestia arrojada al agua me atravesó el pecho.

Me hundí hasta tocar con los pies el fondo, champas y arena, del pozo que, tras la compuerta, formaba la corriente del canal. Avancé instintivamente las manos, que resbalaron sobre los pechos desnudos de Dolores; con desesperación, adelanté mi cuerpo hasta chocar con el suyo.

Abrazándola, encajado en ella, nos arrastramos hasta la arena tibia de la orilla.

Bajaba con lentitud el sol sobre la Cordillera. Una lechuza me contempló con sus ojillos de aceituna. Por temor de encontrarme con Cirilo, que a esas horas volvería a

su rancho, atravesé el maizal. Las plantas crujían a mi paso. Casi en el centro, encontré un espacio vacío; las cañas y hojas secas y resquebrajadas aparecían tiradas en colchón. Apresuré la marcha sin atreverme a levantar la vista del sendero; aguijoneado por la vergüenza, casi trotaba. Piernas, manos y boca, no tenían la frescura que siempre me dejaba el agua del canal. Aquella noche, del 17 de febrero, no me atreví a pedir su bendición a abuela, menos a mi madre.

Había estado, por primera vez, en el cuerpo de una mujer.



Tía Joaquina no quiso casarse. Prefirió un par de lentes para ver de lejos y otro para leer los contratos de arrendamiento y el libro grande, de tapas negras, donde anotaba las cuentas en páginas llenas de esmero. Entre la última y la contratapa, guardaba un secante festoneado con cinta de seda roja. Siempre se me antojó que, como don Ramón Osuna, era dueña de un romántico secreto. Algunas veces oía mencionar a uno de los Courtenay, dos veces, primo de las amigas de tía Elvira, que había sido su invariable compañero de tenis. Murió en la guerra de 1914, en esa guerra a la que fue, quizás, para completar mi romántica imagen.

Tía Joaquina mojó con pulcritud la punta de los dedos en la palangana que le presentaba la Chischica; luego, con parsimonia, usó un extremo de la immaculada toalla.

—Parece que la viña ha cargado mucho este año —dijo, volviendo el lienzo al brazo de la criada.

—Si Dios quiere, tendremos buena cosecha; don Benito cree que serán alrededor de diez mil quintales —agregó abuela.

Isabel estuvo a punto de hacer rodar la palangana que, a su turno, le era ofrecida:

—¡Diez mil quintales! ¡Quién lo diría! —exclamó, como si esperara que alguien pusiera en duda la cifra, Al ver que su exclamación no surtía efecto, agregó melindrosa—: ¡Siempre que no caiga una manga de piedra! ¡Sí, pues, cuesta tanto mantener una viña! Todo se va en contratistas y cosechadores, sulfatos y la mar en coche... ¡Créanme, a las mujeres nos comen vivas! ¡Estos gobiernos siempre viven de las pobres viudas!

Los ojos negros de abuela brillaron de disgusto en la cuenca de las ojeras, que le daban aire de cansancio beatífico, bajo la frente amplia y alabeada que terminaba en los cabellos peinados en dos bandas abullonadas.

—¡Dios da para todos! —sentenció Tiburcia; luego, miró a abuela y al resto de los comensales, con sonrisa que imploraba aprobación.

—¡Como vos no tienes ni una vara de tierra, puedes andarte con esos dengues y perendengues! —apuntó Isabel, recalando las palabras.

Se produjo silencio embarazoso. Tiburcia agachó la cabeza, mientras colocaba la servilleta en el aro.

—Los chicos pueden retirarse —dijo mi madre, para evitarnos la escena.

Ya en el corredor, respiré con tranquilidad. Mis hermanas se empeñaron en que jugáramos una partida de damas. Excusándome como pude, fui a encerrarme en el dormitorio.

Intenté dormir, como lo había hecho durante tres siestas. Trataba en vaho de apartar las imágenes de aquella tarde en el canal. Dolores con la camisa ajustada por

el agua; sentía el contacto de su cuerpo húmedo. Sin darme cuenta, ahuecaba las manos para llenarlas con el recuerdo de sus pechos.

Cuando Luis entró en la habitación, simulé dormir. No quería hablar con él; éramos dos extraños bajo el techo de una casa cualquiera, tenía la conciencia de ser el peor.

Tres días de rondar por los senderos apartados del jardín, tres días escurriéndome a la hora de la bendición.

Mi madre, como era de esperar, lo había notado y me preguntaba en cada ocasión y con insistencia que me irritaba:

—Alberto, ¿qué te pasa?

—Nada mamita, nada... —bajando la vista, me alejaba de su lado. Por momentos deseaba contarle todo; luego, la sola idea de hacerlo me parecía infame. Permanecía callado largo tiempo, mirando mis manos, como si hubiera de encontrar en ellas rastros del cuerpo que habían tocado; cuando creía sentir su aliento junto a mi oreja, un estremecimiento, que ya no sabía si era de placer o de asco, me torcía en una mueca. Fuego de sarmientos secos, crepitantes, enardecía mis entrañas. Había visto bramar así el homo del pan al ser caldeado por la Pancha.

Luis no tardó en dormir profundamente. Escapé por la ventana, una vez más; ya en el jardín, permanecí largo rato echado de espaldas, a la sombra de las enredaderas del cerco de la huertecita, en un tiempo cancha de tenis. El sol apachurraba las plantas. Me parecía ser una persona diferente de la que había llegado a comienzos del verano, una especie de animalito urgido, únicamente, por los deseos... Miraba de nuevo, pero ahora con repulsión y desprecio, mis manos, mis brazos y mi cuerpo; hasta los álamos que brillaban en sus hojas de abalorios, se me antojaban distintos. Quietud pegajosa envolvía la tarde. Dolores —¿por qué aquella mujer había de ser ahijada de abuela y llevar su nombre?— me esperaba en el higueral del Fortín; pero no iría, era necesario que no fuese.

Recordé el arcón de la despensa cuyo contenido me había intrigado. Apretando las mandíbulas, como si entre ellas llevara la decisión de no ir al Fortín, me allegué a la cocina. La Pancha tomaba mate sentada en un rincón; sin mirarla, como si me importara muy poco lo que pudiera decir, tomé las llaves y salí dando un portazo. Escuché el ruido de un cacharro que rodaba por el suelo. La Pancha se habría dormido con el mate en la mano.

El aire fresco de la despensa, con su añejo perfume a vino, aquietó mis nervios. La Pancha la había ordenado nuevamente. Sobre el cajón estaba una de las petacas de cuero, baúl que antaño transportaban las muías a través de las setenta leguas que separaban el Fortín de la ciudad de Mendoza. A duras penas logré retirarla y, al caer, hizo rodar en sus carriles de madera un viejo barril, que, al chocar contra la reja de un arado, llenó la despensa con sonido a hueco.

Traté de levantar la tapa, de nuevo se interpuso el candado. Nerviosamente formé la palabra «amor», di un tirón y la oreja del candado cedió.

Lentamente, como los héroes de Julio Verne, levanté la tapa. Debajo del paño de hule, cubierta de polvo, apareció una caja grande de madera lustrada; en una de sus caras tenía empotrado un grueso tubo de bronce que sostenía un lente. En un costado del cajón se apilaban estuches de cuero; abrí uno de ellos: sobre el fondo de terciopelo verde desvaído vi unas lucientes placas de proyección. El simple hallazgo me decepcionó.

Alguien removía la gruesa puerta de la despensa, rápidamente guardé el estuche. Crujió nuevamente la puerta, estremeciéndose como si pasara un carro cargado de bordelesas. La tierra comenzaba a balancearse bajo mis pies, al tiempo que del techo de jarilla y barro se desprendían pequeños cascotes.

Eché a correr en dirección a la salida, mientras escuchaba los gritos de la Pancha: —¡Tiembra! ¡Tiembra! ¡San Antonio bendito!

Al correr, las rodillas me flaqueaban. Con fuerte empujón abrí una hoja de la puerta —creí empujar un carro de bueyes— y traspuse el umbral de un salto. La tierra parecía escabullirse, se agitaba como un cernidor. Puertas y ventanas entrechocaban en sus marcos. Traté de alejarme en lo posible de los edificios, como nos recomendaba abuela. Recordé, entonces, con desesperación, a mi madre y hermanos; quise correr hacia la escalinata pero me fue imposible dar un paso; casi arrojado, me apoyé en el estribo del apeadero para no caer. El viejo pimiento se sacudía, como un duraznero al que remeciéramos para bajar los frutos maduros.

Brotó de la tierra algo semejante al estallido de un trueno lejano, y Nerón escapó aullando desafortadamente. Por fin, cesó el movimiento. Había durado unos segundos que se me antojaron horas.

Entre la algarabía, escuché la voz de mi madre que me llamaba a gritos. Temblándome las piernas, corrí hacia el grupo que se había guarecido en el jardín, junto a las altas palmeras que aún balanceaban sus hojas.

—Estaba en la despensa —balbucí.

—Me asustaste... ¡Creí que estabas dormido!

Mi madre iba a continuar en son de reproche, cuando, sin poderlo evitar, solté una carcajada.

Todos estaban en ropas de cama; tía Elvira, en el apresuramiento, había sacado a su hijito junto con el colchón de la cuna; pero la risa incontenible me vino de ver a Isabel luciendo unos escuálidos cabellos canos, en lugar de la abundosa cabellera negra con rodete.

—¡Isabel tiene peluca! —exclamé, ahogando la risa.

Convergiéron sobre ella las miradas; roja de indignación, afectando un señorío que colmaba lo grotesco de la escena, ascendió las graderías de la terraza, que nadie

recordaba haber bajado, y entró en su cuarto.

Conteniendo a duras penas las risotadas, regresamos a los dormitorios. A poco, todos reaparecieron correctamente vestidos. Doña Pancha, con gestos excesivos, narraba el acontecimiento como si hubiera sido la única en presenciarlo.

—Verdad Pancha, ¿este fue un terremoto? —pregunté, encantado de asistir, por fin, a uno.

—¡Sus con el desajerado! Llamarle terremoto a este temblorcito... —contestó, elevando sus brazos—. ¡Si parecís porteño!

Abuela sonrió buenamente.

—El del 61, en Mendoza, sí que fue terremoto... El Señor no permita que tengamos otro parecido.

Grandes y chicos nos acercamos con la intuición de que escucharíamos el famoso relato, que, por cierto, abuela no prodigaba. Permaneció callada un momento. Temí que alguien pudiera interrumpir, apartándola del tema. Nadie chistó.

—¡Ese fue un terremoto! —continuó, repantigándose en el sillón, mientras acariciaba la cadena de oro del relojito, que pendía de su cuello sobre el costado izquierdo del pecho.

—Era la noche del Jueves Santo..., entonces tenía tu edad, más bien menos que más —prosiguió, indicándome con leve ademán—. Tatita Nicasio y mamita Dolores se habían ido a la Iglesia, yo quedé cuidando a mi hermano Nicasio, que estaba con calenturas. Me acuerdo que aquella noche no corría ni pizca de viento y la luna llena tenía una aureola como la de los santos —hizo una pausa como si ordenara los pensamientos—. Desde la oración, los perros andaban molestos y sin razón aullaban dando lástima, las gallinas cacareaban a deshora... Francisca, la cocinera, que como ya saben era la madre de la Pancha, tenía atado en uno de los pilares del último patio, donde comenzaban los parrales y la huerta de frutales, a un guanaco que también lo notábamos inquieto.

—Entonces, ¿los animales adivinan cuando va a temblar? —interrumpió María Inés, mientras todos nos volvíamos para sisearla.

—Así parece —cerró los ojos un momento y continuó—. Nuestra casa daba frente a la Plaza Mayor, era de las contadas que tenía piso alto, ya verán por qué les digo esto. Mi hermano dormía en su cuna en el corredor de la planta baja y yo le cantaba. De repente, oí fragor semejante al de una centella que hubiera caído en el tercer patio. La casa se estremeció, tal si cedieran los cimientos, y la tierra se puso a brincar como si tuviera baile de San Vito. Cuando me agaché para tomar a Nicasio, los pilares de la galería se derrumbaron, igual que si fueran de alfeñique; el ala de la galería, que era muy capaz, se desplomó, pero, gracias a Dios, el lienzo de pared que la sostenía por el otro costado resistió el sacudón. Caí, envuelta en una nube de tierra que apenas me dejaba respirar, junto a la cuna que se tumbó. Y, entonces, sobre el

techo del corredor que nos guarecía, cayó todo el primer piso, causando un ruido de cien demonios. Sin saber cómo, atiné a recoger a Nicasio que lloraba y, encomendándome a Nuestra Señora del Carmen, me arrastré con el chico en brazos (aún no sé de dónde saqué fuerzas) hacia una claridad que se colaba por un boquete abierto entre dos tirantes del techo; salimos al patio que se había llenado de escombros, pero, como era tan grande, en el centro había quedado una suerte de callejón. En menos del tiempo para contarlo, respirando apenas entre la polvareda, recorrí los otros patios que también estaban cubiertos de ruinas. Al llegar a la huerta, salió a recogerme Francisca, rodeada por las otras criadas. El polvo levantado por las casas al derrumbarse ocultaba casi por completo a la luna. Las gentes y las cosas parecían fantasmas. Francisca corría de un lado para otro...

—Era mi mamá, ¡que Dios la tenga en la gloria! —musitó la Pancha, entre asustada y orgullosa.

—Sí —dijo abuela—, lo bueno fue que, luego de pasado el primer susto, se puso a llorar como una Magdalena, mientras gritaba: «¡Mi'han matado el guanaquito!...» —sonreía con dulzura al remedar la voz y los gestos exagerados.

—¿Y no murió nadie de los de la casa? —pregunté con ansiedad.

—De casa nadie; pero en la ciudad murieron ocho mil personas...

—¡Ocho mil! —exclamamos a coro.

—Así fue..., muchos estaban rezando en las iglesias. Mamita y tatita estaban en la calle, camino de casa, y por eso se salvaron.

Nos miramos; luego miré a abuela tratando de imaginar cómo sería a mis años. Era imposible; me parecía que ella había tenido siempre el pelo blanco y que siempre había sido «la abuelita».

—¿Y usted no tuvo miedo, abuelita? —exclamó Eduardo, con sus grandes ojos verdes muy abiertos.

—Mucho, m'hijito —contestó atrayéndolo con ternura; luego prosiguió—: Mis padres llegaron desesperados y difícil les resultó dar con la casa a pesar de hallarse bien cerca de la Iglesia. Pasamos toda la noche en la huerta y a cada momento se repetían los sacudones. De todas partes llegaban lamentaciones terribles y, a poco más, se prendieron fuego las casas. Unas fogatas que iluminaban cosas espantosas; y las gentes corrían entre las ruinas, gritando, llorando y llamando a sus parientes... Fue muy triste, no lo puedo olvidar..., si cierro los ojos me parece que estoy viendo todo —terminó emocionada.

—Dios salvó a tu abuelita porque era obediente y cariñosa con sus padres —sentenció tía Nicolasa, aprovechando la coyuntura. ¿Acaso el terremoto no era excelente motivo para una moraleja?

Impensadamente, miré los fuertes pilares de la galería.

—Pero abuelita —insistió mi hermano—, y usted ¿no tiene miedo de seguir

viviendo en Mendoza?

—Con las casas de ahora, que parecen jaulas de fierro, ya no hay peligro que se vengán abajo —luego, sonriendo con orgullosa dulzura, agregó—: El domador prefiere el caballo que como potro le costó más para domarlo. Así pasa con todas las cosas de la vida.

Isabel, que hasta ese momento había permanecido encerrada en el dormitorio, abrió pomposamente ambas hojas de la puerta. De nuevo, lucía su cabellera negra. Hice un esfuerzo sobrehumano para conservar la seriedad; a todos les sucedió cosa parecida. Avanzó, asentando con fuerza los tacones hasta plantarse frente a abuela; luego de fulminarme con una mirada, exclamó:

—¡Dolores! Hemos decidido irnos mañana.

—¿Mañana? —comenzó a decir Tiburcia; luego, arrepentida de su atrevimiento, guardó silencio.

—¿Mañana? —repitió abuela, sorprendida.

—¡Mañana mismo! Ya sabes Dolores que no queremos cargosear a nadie... Además, es necesario prepararse para la cosecha, y como todo debo hacerlo yo —concluyó, mirando en son de reproche a su hermana, quien no pudo, sin embargo, contener un:

—¿La cosecha? ¡Si todavía falta más de un mes!

No supe ocultar la alegría que me causaba la noticia, porque, de nuevo, Isabel me dirigió una mirada rencorosa.

Mi madre, que hasta entonces había permanecido en silencio, dijo en tono de voz tan afectuoso que resultaba fingido:

—¡Pero Isabel! No puedes molestar nunca, ya sabes que te consideramos como de la familia...

Tuve la certeza de que su cumplido campeaba en defensa de mi actitud.

—Gracias María Mercedes, tú sabes que igual las consideramos nosotras —y, dirigiéndose a abuela, continuó—: Si te fuera cómodo, mañana, después de misa, ¿podrías prestarme el coche?

—Será mejor a la tarde, luego de la siesta; los caballos estarán más descansados. Hasta la finca de ustedes hay un buen tirón.

—Como tú lo resuelvas, no quiero incomodar... Ya hemos mortificado bastante.

Estaba *fula* y trataba de mostrarlo, haciendo caer sobre mí sus miradas, a las cuales la inminencia de la partida les quitaba importancia. El león que va a morir deja de ser león, y yo la veía como viejo león de circo que tuviera melena postiza. Tuve ganas de reír haciendo pantomimas.

—¿Verdad abuelita que muchas personas se enloquecen con los temblores —hice una pausa de comedia y agregué con tono mordaz—, y que otras, del susto, se ponen blancas de canas?

Tomada por sorpresa abuela no supo qué contestar. El resultado fue inmediato. Isabel dejó escapar un mugido semejante al de un toro que enreda sus astas en el alambrado y, girando sobre los tacones, fue a encerrarse en su habitación, entre un coro de risas mal disimuladas. Tiburcia la siguió con docilidad.

Cuando llegó la noche, el mismo día del temblor, la linterna traída de Francia por el abuelo en uno de sus viajes, en los que abuela quedaba cuidando a los hijos, la vieja linterna, guardada tantos años en su arcón, de nuevo habría de ser mágica para mí.

Después de la comida, rezamos con prisa; como si mi madre estuviera contagiada por el entusiasmo. Cubriendo el vano de la puerta de mi dormitorio, habíamos colocado una sábana que serviría de pantalla a la proyección. Sillas y sillones, dispuestos como en patio de plateas, ocupaban gran parte de la galería. Colgaba de la pared principal un mapa al revés; sobre la tela blanca, en temblona letra de imprenta, podía leerse el pomposo anuncio de la función «cinematográfica», cuyo programa rezaba así:

«Primera Parte: Himno Nacional, al piano por la señora Elvira Thevenet de Aguirre.

Segunda Parte: Proyección.

1. *Fábulas de Lafontaine*.
2. *La tragedia de Romeo y Julieta*, por W. Shakespeare».

Con letras bien visibles se establecía que «para solventar los gastos de la Empresa, se cobraría el módico precio de: \$ 0,10».

Descansaba la máquina, con su gran proyector de bronce y cristal, sobre la mesa de la galería en la cual comíamos las noches calurosas. A los costados, apiladas en orden, estaban las placas que había escogido asesorado por tía Elvira. Circundaba las plateas, para asegurar el control de las entradas, un grueso cordel.

Terminado el rezo, María Inés se colocó tras de una mesita que hacía las veces de taquilla. Ante la expectativa general, abuela fue la primera en acercarse poniendo sobre el tarjetero un billete nuevo, «recién salido del banco», como decía mi hermano lleno de admiración. Tomó la entrada correspondiente y fue a ubicarse en su sillón, que ocupaba expectante lugar de «palco *avant-scène*»; aún no habíamos salido del asombro cuando mi madre, a quien habíamos prometido una «entrada de periodista», hizo lo propio; imitándoles, las tías colocaron también su billete. Tiburcia dejó caer una moneda cuyo tintinear la avergonzó; al caminar hasta su asiento nos miraba como pidiendo disculpas. Atropelladamente, irrumpieron Luis y mis hermanos, alegando que también formaban parte de la «Empresa».

María Inés comenzaba a protestar, cuando Isabel, colocando despectivamente su moneda, la interrumpió:

—¡Hay personas que se creen gente y desde chicos ya muestran la hilacha de bolicheros!

Apreté los dientes con rabia. El insulto estaba calculado para herirme en lo más



vulnerable de mí orgullo. Tuve deseos de propinarle una feroz patada en las sentaderas grasosas, que se alejaban balanceándose como pato en busca del charco. Me encontré, sin darme cuenta, con la mirada de abuela, quien moviendo apenas la cabeza sonreía quitándole importancia a las palabras que todos habían escuchado. Mi madre, desde su asiento, imploraba con los ojos mi silencio. Desde su lugar de preeminencia entre la servidumbre, la Pancha mascullaba palabras ininteligibles. No dudaba que fueran en mi defensa, pronto se le oyó nítidamente:

—¡Llamarle bolichero a un nieto de la señora!... ¡Véanla si será garifa!

Doña Pancha aún no podía comprender cómo abuela había recibido, «con aire de visita», a uno de esos gringos bodegueros, decía ella recalcando la palabra con retintín. Ella no podía entenderlo y menos disculparlo. Entre tener una viña y tener bodega para hacer vino había un abismo infranqueable. Eran dos castas distintas, y la Pancha se había instituido guardián insobornable de esa separación. Metódicamente recorría la crónica social de los diarios y, en cuanto pescaba un apellido de bodeguero, exclamaba alzando los brazos horrorizada:

—¡Date cuenta vos, los bolicheros!

Mordiéndome los labios, me dirigí hacia la mesa donde estaba la linterna, en el preciso momento en que tía Elvira, desde la sala, hacía oír los primeros acordes del Himno Nacional. Todos se pusieron en pie.

Canté con tal brío que mi voz se destacaba en el coro. Sin explicarme la razón, mientras duró el canto, miré a abuela como si ella encarnara la realidad de esas estrofas: veíala erguir la cabeza a medida que el canto al crecer resonaba; tal cual debió tenerse aquella, su abuela, que donó esclavos, joyas, dinero y animales, para el Ejército Libertador.

«La Patria no podrá pagar jamás lo que hicieron por ella...» rezaba el título de estas tierras que escuchaban su canto. Título ilusorio, entonces, de leguas en manos del indio y que aceptó «sólo ante las repetidas instancias del Gobernador Intendente de Cuyo», pues que así también decían aquellas páginas amarillentas, que había visto una sola vez en casa del escribano Marcó, y que había tocado con respeto, casi con veneración.

Acallé mi voz, creí distinguir la suya. La canción escuchada tantas veces cobraba nueva vida. Comprendí, entonces, que la palabra dicha por Isabel había herido en mí algo ajeno, algo que venía a través de la sangre de abuela, de esa hidalguía hispánica que le hacía sentir como desdorado el ejercicio del comercio.

Largos aplausos llenaron la galería. Mecánicamente encendí la lámpara de la linterna mágica, mientras la Chischica, trepándose en una escalera de tijera, apagaba la luz principal. Un círculo luminoso brilló sobre la sábana; la cháchara terminó como por encanto.

Tía Elvira vino a sentarse junto a la máquina, de acuerdo con su misión de

traducir del francés las leyendas de las placas. Desfilaron en coloridos dibujos tres fábulas de La Fontaine. A cada moraleja, tía Nicolasa agregaba un: «Me parece muy bien».

Durante el intervalo, la Pancha aprovechó para rezongar en medio de un inacabable bostezo:

—Esto va resultando más largo que esperanza'e pobre...

Isabel, a su vez, dio escape al resentimiento:

—¡Buena colecta!...

Abuela la interrumpió, con fastidio:

—Es cierto... Una ganga para los niños pobres de la Parroquia. ¿Sabrás que el dinero es para ellos?...

Sí, pues..., ya me lo imaginaba —contestó, sin lograr disimular su mortificación.

Comenzó *La tragedia de Romeo y Julieta*. Las leyendas, de floreadas letras, se espaciaban con las escenas de arcaico sabor. Al traducir, tía daba una versión «para niños» de las frases un «poco fuertes» que aparecían en la pantalla.

Abuela prestaba atención y esto satisfacía mis ambiciones de organizador. Ignoraba el francés; si algo quiso aprender del idioma de su marido, no me cabía la menor duda de que había hecho lo posible por olvidarlo.

El abuelo Ignacio Thevenet, geógrafo y astrónomo, murió cuando mi madre era niña. En el testero principal de la sala colgaba un gran retrato suyo: un señor de barba a lo Napoleón III, de ajustada levita con solapas de seda en cuyo ojal lucía, desde luego, el botón de la Legión de Honor. En un cajón de papeles viejos había encontrado una carta en la cual sus padres le escribían: «... ya que has decidido tomar estado en América, Dios bendiga tu casamiento. Creemos que, por lo menos, tu mujer será católica y andará vestida». Abuela les contestó enviándoles un daguerrotipo despampanante, al decir de tía Elvira.

Absorto en mis pensamientos, maniobrando cuando tía me indicaba con un golpecito en el hombro, habían desfilado por la ranura del proyector casi la mitad de las placas de Romeo y Julieta. Del espectáculo sólo tenía una noción muy confusa, estuve por creer que la emoción de aquel aparato se había agotado en el hallazgo. Las figuras estáticas, sorprendidas como a propósito en actitudes casi ridículas, desfilaban lentamente. ¡Si en lugar de una linterna mágica hubiera sido un proyector cinematográfico!

—«Acto segundo; Escena segunda: El jardín de Capuleto» —tradujo tía con voz que me pareció monótona, Empujé la placa; un joven paje, debía de serlo pues que usaba jubón abollonado, extendía con languidez sus manos hacia un balcón de iglesia, en cuya balaustrada reposaba acodada una mujer muy flaca, con largas trenzas rubias sobre el vestido color rosa pálido. La escena se me antojó el colmo del ridículo: Cosas de gringos, me dije, y estuve a punto de largar la carcajada.

—*Se ríe de las llagas quien nunca recibió una herida.* Al punto creí que tía Elvira hubiera adivinado mis pensamientos; me volví hacia ella, su vista estaba fija en el telón. Nuevamente traduje aquellas mismas palabras en la leyenda que ocupaba la parte inferior del cuadro.

De golpe y no sé por cuál razón, apareció en mi memoria, la vi delinear netamente, con mayor vida, la risa jactanciosa de Osvaldo Sierra, de aquel muchacho pelinegro lustroso, de mirar taimado y provocativo. Escuché una vez más sus palabras: «¡Dejate de mariconadas! ¡Mala mujer!». Esa odiosa risa era ya una llaga.

Sentí como si mí alma fuera un arado cuya reja volcada jugueteara entre los pastos, hasta que, de pronto, se apodera de él una mano fuerte, la hunde en la tierra y nace un surco. Y ese surco era llaga en la mejilla de la tierra. A mis álamos de San Rafael también les llegará el tiempo de convertirse en llagas, trozados por la sierra circular. Ahora comprendía, de golpe, como si se hubiera alzado un telón oscuro, que para mí era llaga cualquier noche demasiado quieta; que yo, íntegro, era llaga que rozaba sangrando en las palabras y los gestos ajenos.

—¡Alberto! —exclamó tía Elvira—. ¡La placa!

Extenso diálogo apareció en el círculo iluminado. Me apresuraba a traducir mentalmente y ya no escuchaba la voz adormilada:

*¡Oh, es mi amor!... ¡Dos de las estrellas más resplandecientes del cielo, teniendo alguna cosa que hacer, ruegan a sus ojos que brillen hasta su retorno... Sus ojos irradiarían una luz tan clara a través de la región etérea, que cantarían las aves creyendo llegada la aurora!*

Con lentitud, ahora buscada, fueron desfilando las placas. Mi alma se abría con ruido de pergamino ajado, como lo hacían las flores del magnoliero; en ese instante, inesperado como cohete que estallara en medio de la noche, se llenaba de vida borboteante, el molde de una palabra, hasta entonces sólo palabra de letras iguales a las otras; palabra que sonaba casta en la galería del casón de abuela; palabra de la cual ya no habría de avergonzarme, pero que aún no me atrevía a pronunciar como cosa mía, profunda y dulcemente mía. Voz que habría de sonar cándida y pura bajo las higueras del Fortín, rebrillar al sol siestero y aplacarse sobre la tierra ardiente por la resolana.

—*¿Y así me dejas, mi dueño, mi amor, mi amigo? ¡Necesito saber de ti cada día de cada hora! ¡Porque en un minuto hay muchos días!*

*Amor, amor...* repetía quedamente, como sí mi boca, y mi alma a cuestras de ella, recorriera en la palabra montes y collados; como si cada letra de ella guardara en las

curvas de su grafía la roja de un labio, un ademán hecho mimo ingenuo, robusta pirueta, turbadora turgencia, arco tendido en ofrecimiento.

¿Era acaso esta nueva palabra semejante a la que se formaba en el candado del arcón? ¿Era acaso la misma palabra con que me atropellaba, hasta el fastidio, en lectura o en las cintas cinematográficas?

Comprendí, entonces, que había vivido entre palabras sin dar vida a la mía.

*El sol no mostrará la cara, a causa de su duelo.* Rodeada de pulcras viñetas apareció en el centro del telón la palabra: *Finis*. La luz de la lámpara de alcohol carburado, que pendía de su arco niquelado, iluminó de nuevo el corredor de la casa de abuela y reflejose en las hojas de la palmera. Con elástico brinco, un sapo atrapó a un cucaracho cuando desplegaba su caparazón para volar.

La Pancha, que dormía boqueando, dio un respingo y se levantó restregando los ojos.

Abuela tocó el hombro de Tiburcia, quien se puso en pie instantáneamente, preguntando:

—¡Qué pasa!... ¿Tiembla? —luego, con su invariable tono de disculpa, agregó—: Con tantas paparruchas me venció el sueño..., pero estuvo muy linda, lindísima la velada de los niñitos... Ha sido muy lindo todo... —terminó, tratando de ocultar un bostezo.

Cesaron los ruidos lentamente, como se diluían los acordes finales en el piano de tía Elvira, y, una a una, fueron apagándose las luces de los dormitorios. El cielo raso de la galería me aplastaba, como si apoyara todo su peso en las paredes de mi pecho.

Bajé la escalinata que miraba hacia el Oeste. Algo mío, que brotaba como el sudor de mi cuerpo, llenaba los rincones de la casa silenciosa y rebotaba ahogándome.

El grito de una lechuza, en medio de la noche, no fue agorero. Era bello, como romper una tinaja sombría.

Anduve bajo los árboles; la tierra recién arada se hundía bajo el peso de mi cuerpo. Bajo las estrellas enormes y brillantes, las magnolias alzaban sus pétalos, como si en cada uno de ellos hubieran de repetir mis ojos *La tragedia de Romeo y Julieta*.

Caminaba con miedo de pisar alguna rama seca, cuyo crujido habría de romper mi silencio de San Rafael, hecho del canto de los grillos —trizar de nueces de cristal—, del croar de sapos y ranas y del mugido lejano de los vacunos.

Silencio que se respira, llena el pecho y vuelve al silencio.

Me dejé caer sobre la arena tibia, bajo el carolino del callejón. Tirado de espaldas, algo inexpresable pugnaba por escapar de mí. Escapar para luego envolverme. Quería correr a campo traviesa, sin escuchar las voces que habrían de gritar: ¡Cuidado, que rompes los bordos del riego! Correr y estar inmóvil, mirándome en ti.

Arrojarme por una ladera de la montaña, para que peñas y algarrobos, chañares y piquillines, cardos y tunas destrozaran mi ropa. Al rodar, tomaría una estrella, hecha por la mano estática de Dios, y desnudo vendría a tu encuentro. Los álamos aquietarían sus hojas para que pudieras escuchar mi voz: ¡Mira, mi bien, lo que has hecho de mí!

¿Qué deseaba de ti? ¿Y de mí? Llagar mis manos y hundirlas en la arena; porque tú eras arena tibia que se pega a la piel humedecida por la sangre; agua, que la tierra sofocada sorbe en silente sumisión.

Tendido bajo el árbol, estaba ebrio de las quince gotas de agua de mis años recogidas en unas manos toscas. Cuando llueve en la montaña, algunas piedras grises y rojas guardan, así, un poco de agua.

De pronto, como tiembla la tierra, como germina la semilla, bronco alarido acongojado abrió mí pecho, me proyectó hacia arriba:

—¡Dolores! ¡Te amo!

Al salir de misa, había visto a Dolores sólo el tiempo necesario para, al pasar cerca de su coche, suplicarle. Necesito verte esta tarde. Ya sabes, en el Fortín. Ella no había contestado. El chiquillo que la acompañaba me saludó con la mano. Eso fue todo.

Durante el almuerzo, Isabel Pereyra hizo gala de locuacidad; charló hasta por los codos, según afirmaba la Pancha. Quería dejarnos una impresión amable, o agradecer por anticipado el préstamo del break. Tiburcia parecía contagiada y aprovechaba los descansos de su hermana.

Les escuchaba sin prestar mayor atención a lo que decían; de vez en cuando, ensayaba una artificial sonrisa. Aquel día, hasta Isabel me parecía simpática; el vino tenía nuevo sabor; todas las personas se me antojaban amables y encantadoras y, como siempre, las empanadas de la Pancha me resultaron sabrosísimas.

Fue muy corta la sobrecomida; las viajeras debían preparar sus bártulos antes de la siesta y estar listas para las cinco.

Ya en el dormitorio, la impaciencia me ahuyentó el sueño, a pesar de que había regresado del carolino cuando comenzaba a clarear. El cansancio de la velada anterior y el acostumbrado madrugón para la misa de los domingos, pronto sumió a la casa en silencio. Esperé unos momentos antes de salir.

Traspuse dos alambrados y me hallé en el potrero de las lecheras. El sol me quemaba la cara; me quité el sombrero de corcho de tío Ignacio, que gustaba ponerme durante sus ausencias, y revolví el pelo para refrescarme con el aire que llegaba desde los sauces del canal. Frente al rancho, encontré a Cirilo dormido: la chaqueta doblada servía de apoyo a la cabeza; muy cerca suyo había un azadón con el mango lustrado por el uso. Desde el alambrado que nos separaba, le miré dormir plácidamente, luego recogí algunas piedritas y comencé a tirárselas; una de ellas golpeó en la hoja de acero del azadón. Cirilo dio un salto y, restregándose los ojos, se puso en pie:

—¡Ah!..., era usted...

—¿Quién había de ser? —contesté riendo.

Cachacientemente sentóse en el mango del azadón y, como si de antemano conociera mi respuesta, interrogó con tono agrio:

—¿Qui'hace levantao a estas horas? Siempre anda andando como las lagartijas...

—¡Ya estoy harto de oír la misma cosa! ¡Salgo porque se me da la real gana!

Dobló el saco y lo colocó sobre el hombro izquierdo; luego, sin mirarme, murmuró:

—Ya todos sabemos adonde va...

—¡Cirilo! —grité fuera de mí.

Se detuvo sin chistar y ni siquiera volvió la cabeza.

—¡Cirilo! —volví a gritar hasta que me miró—. ¿Qué te importa a vos y a

cualquiera, donde vaya yo? Chismoso como una vieja. ¡Vos, tan luego vos! ¿Te olvidás lo que sos?...

Le vi empuñar con fiereza el mango del azadón; una gruesa arteria le golpeteaba en el cuello. Fue como una centella que cortara en dos el cielo. Luego, sus músculos se distendieron y, de nuevo, me miró con la acostumbrada mansedumbre. Inclinando la cabeza, dijo, por fin, con voz apagada y amarga:

—Nada, nada debe importarme, joven Alberto, pero no necesita recordarme que soy un guacho... y nada más qu'eso... —y, volviéndose, echó a caminar hacia el rancho.

—¡Cirilo, Cirilo!..., ¡por favor, escuchame! —supliqué avergonzado.

Sin detenerse, le oí decir:

—No puedo, joven Alberto, tengo que desembancar l'acequia del camellón'e los guindos —la voz se le estranguló y entonces echó a correr.

Tuve intención de seguirle, pero no pude. Debía tener mi cara semejante a la de Osvaldo Sierra.

Quedé colgado por las axilas en el alambrado, como ropa extendida al sol. Me odié. Sentía asco de mí. Era un bruto perverso, inflado de orgullo.

Abatido y jurando pedirle perdón, de rodillas si fuera necesario, tomé el caminito del Fortín.

La idea de humillarme ante Cirilo me fue devolviendo la calma. Mientras caminaba imaginé la escena de la expiación en el marco solemne del patio del Fortín; al fondo, arrendatarios y peones alineados respetuosamente, me verían bajar del caballo, al que antes habría hecho caracolear sobre las patas traseras. Humilde, hincaría rodilla en tierra, como Cristóbal Colón, como aquel emperador de florida barba que vistió ropas de penitente y fue a postrarse ante el Papa. Ya no me creí tan perverso, sonreí apenas, engallé el pecho y me estuve remirando, montando en el «brioso corcel de fulgurantes gualdrapas», como decía, a troche y moche, una novela de caballería que leía tía Joaquina.

Caminaba ahora con agilidad; con alegría de cabritillo que brincara en el aire, las cuatro patas recogidas graciosamente, la cabeza pegada al pescuezo, comeando con su blanco y rizado vellón a una mariposa imaginaria. Tomé una varilla y me entretuve en fustigar las matas de hinojo que bordeaban el canal; aspiraba el perfume que me disgustaba en la medida necesaria para, sin embargo, tener deseos de sentirlo.

Llegué así hasta la compuerta; con ligero estremecimiento recordé la escena de días atrás; traspuse el tronco del árbol exagerando los ademanes de un equilibrista de circo.

Me detuve sorprendido.

Bajo un sauce, echada de espaldas, la cabeza vuelta hacia la izquierda, los brazos recogidos a la altura de la cabeza, con la gracia de esos gatos que juegan con ovillos

de lana en las instantáneas que adornan las vidrieras de las casas de fotografía, dormía Dolores.

Llevaba la pollera azul de todos los días, que se le ajustaba en el pecho.

No quise ver sus piernas entreabiertas como las de un borracho caído.

Sentado en el marco de la compuerta, estuve contemplándola en silencio. Igual miraba aquellas porcelanas de Saxe ubicadas sobre la chimenea del comedor: no me atrevía a tocarlas por temor a la torpeza de mis manos.

Las pestañas, negras y sedosas, daban sombra desazonante a la tersura de las mejillas. Había visto surcos volcados por el arado que, al día siguiente, la escarcha ennegrecía.

Lentamente, andando sobre pies y manos, me acerqué. Hubiera bastado bajar la cabeza para besar las trenzas recogidas en la nuca, pero tuve miedo de despertarla; hasta hubiera querido espantar los gorriones que, en interminable greguería, jugueteaban ensuciando sus alas en el polvo suelto de las champas.

Es igual a Julieta —me dije, quedamente—. *Dos de las más resplandecientes estrellas, teniendo...*

Dolores abrió los ojos, apenas tuvo un ligero sobresalto. De pronto, incorporándose sobre los codos, me preguntó con tono seco:

—¿Qui'haces aquí?

Sentí deseos de besarla, pero me contuve. Durante un momento no supe articular palabra. La contemplaba como deseando envolverla con mi ternura.

—Te miraba dormir, es la primera vez que... te miro, amor mío...

La palabra que fluyó armoniosa, con facilidad que me asombró, le pareció a ella extraña; creí notar un movimiento de defensa, quizás de repulsa.

—Te miraba, Dolores... Nada más que mirarte... Te parecerá tonto, pero era así. Tenía miedo de tocarte, como si hubiera de hacerte daño en cada caricia. Cuando atas la viña para que el sol caiga sobre los racimos, ¿nunca has tenido miedo de tocar un brote chiquito, tan chiquito que apenas es verde a la luz del sol?

Dolores me contemplaba asombrada. Con mi alma deseaba transmitirle la respuesta que borboteaba en mí. La veía acorralada, como animal chúcaro que busca el momento de escapar. De pronto, dijo sueltamente:

—¿Los brotos? ¿Los brotos, decís?... ¡Bien haiga con la ocurrencia! Si'esos hay que arrancarlos..., nunca han de ser sarmientos cargadores y sólo li'hacen daño a las cepas... ¡Pucha qui'habías sido pueblero! —y echó a reír locamente...

Tuve ganas de taponarle la boca. Desesperado exclamé:

—Es que no me comprendes, Dolores, yo no quise decir eso...

Me contuvo su mirada pensativa y asustada. La tomé por los hombros, estábamos tan cerca que de nuevo su aliento golpeaba mi boca.

—No me comprendes, Dolores... yo, yo... ¡te amo, te amo, te quiero!



Gritaba, casi, como en la noche anterior bajo el carolino. Con desesperación la vi, más aún, la sentí, replegarse sobre sí con el terror de los quirquinchos que ocultan su cogote bajo el caparazón, ante el cuchillo que va a degollarlos; luego, miró en todas direcciones.

—Alberto, ¡por Dios!, no se ponga a gritar, nos pueden oír... Acuérdense qui' hoy es domingo y la señora da permiso para qui'hagan *pinis* en el Fortín...

—¡Que nos oigan, que escuche quien quiera! ¡Al primero que aparezca le hago echar los perros! —grité fuera de mí; luego, bajando el tono agregué—: No me importa, Dolores... quisiera que todos lo supieran... aun en casa de la...

La palabra se negó a salir de mis labios. Dolores, tomando mi cabeza entre sus manos, comenzó a besarme con prisa, como si fuera un niño al que es necesario acallar.

Sólo se escuchaba el ruido del agua al caer tras la compuerta. Sus labios apretaron mí boca entreabierta, me apoderé de ellos como sí hubiera de arrancarlos.

Lentamente olvidé mis palabras; se ocultaron tras nubes de fuego que se agolpaban en mi garganta, luego de apretarme el pecho como ráfagas de viento zonda... De nuevo, se entremezclaron nuestros cuerpos.

Dolores se levantó componiendo el vestido.

—Ya es muy tarde, tengo qu'irme...

—No te vayas, Dolores, quedate un rato más..., quiero que hablemos.

—¡No puedo, pues! —contestó cortante, mientras sacudía su ropa.

—Jamás puedes hablar conmigo... ¡Siempre sales disparando, como si tuvieras miedo, como si tuvieras vergüenza de estar conmigo! Dolores, nunca sé nada tuyo, ni siquiera dónde vives. ¿Es lejos?

—Al otro lau del puente.

Su respuesta fue breve, como si le fastidiara mi insistencia. Desvió su vista y, sin esperar más, comenzó a caminar a través del potrero; cuando estaba a unos pasos y ante mí asombro, se dio vuelta para decirme con sonrisa forzada:

—Adiós, Alberto...

Anonadado corrí tras de ella y la detuve tomándola por los hombros. Se desasió con brusco movimiento.

—Déjeme, nos pueden ver... Ya le'i dicho, es tarde y me esperan. Déjeme por favor... ¡no sea tan cargoso, pues!

Me resistía a creer lo que escuchaba.

—Dolores, ¿qué te he hecho yo?, ¿no sabes que te quiero? ¿Por qué sos así? —exclamé lleno de angustia, atropellando las palabras y sin comprender nada.

Me miró con frialdad, casi con repulsión, y echó a correr entre la alfalfa, que se abría a la altura de sus caderas para darle paso.

La seguía trastabillando, las piernas apenas me obedecían. Corrí como si me

acosara ese miedo a los lugares solitarios que aterraba el largo de mi infancia. El sol, ya inclinándose sobre la Cordillera, nublabá mis ojos. Corrí desatinadamente. Dolores me precedía siempre. Llegamos así hasta la puerta del callejón del Fortín; se detuvo un instante para abrirla; en un esfuerzo, que me pareció sobrehumano, logró alcanzarla. La abracé con fuerza, la respiración entrecortada me impedía hablar, a duras penas farfullé:

—¡Dolores! ¡Dolores! ¿Qué te pasa? ¡Decímelo, por favor!... Ahora, ya no puedes irte así...

Su cara transpirada brillaba a la luz del sol. Sin poderme contener, la besé en los ojos, las mejillas y la boca. Quedó en mis labios el sabor salobre de la transpiración.

Me abrazaba a ella como si quisiera injertarme en su pecho.

Llegado desde un mundo remoto, escuché ruido de arneses y el golpear apagado de cascos de caballos sobre la tierra fofa de la calle de los Sauces.

Un estremecimiento recorrió mi cuerpo.

Aquel ruido me era harto conocido. Levanté la vista y quedé alelado. A diez pasos, en la huella polvorienta, pasaba el coche de abuela.

Con movimiento mecánico y sin poder alejar la vista del carruaje, aparté a Dolores. Era tarde: el coche ya había disminuido su marcha para cruzar el talud cubierto de ripio, que salvaba el desnivel entre la calle y la entrada del Fortín. Clavados por el asombro, mis ojos no pudieron apartarse de los de Isabel Pereyra. ¡Había visto, sin la menor duda!

El coche siguió la marcha y una nube de polvo me hizo cerrar los ojos un instante.

—¡Ves lo qui'has sacao! ¡Todo por meterme con guaguas! —exclamó Dolores con ferocidad que ya no se molestaba en ocultar.

Nuevamente echó a correr por la calle de los Sauces, en dirección del río.

Ya no intenté seguirla. Me dejé caer sobre una gran piedra castaña vetada de gris, que protegía el quicio de la puerta desvencijada. Sentado, los brazos colgantes, quedé con la vista fija en las alpargatas que Dolores agitaba al correr. Una pequeña nube de tierra, como la que levanta el trote de los perros, quedó balanceando en el aire cuando ella desapareció entre los chilcales.

Me pareció que tía Elvira habría de tocarme el hombro diciendo: «¡Alberto, cambia la placa!». Estuve allí, encogido, esperando en vano.

De pronto, un mugido ahogado salió desde el corral e hizo eco en las paredes derruidas del Fortín. Por sobre el tapial alcancé a divisar el testuz, lleno de motas rojas y blancas, de un toro; las patas delanteras en alto, apoyados los cuadriles bamboleantes sobre otro lomo... Di vuelta la cabeza. Solamente Cirilo sabía decir, con su cara mansa: «¡Ojalá salga rocillo el ternero!».

Todo había pasado en una noche y en un pedazo grande del día.

La Pancha nos había contado que, en las noches de luna llena, aparecía en la

cresta del Pum-Mahuida un guanaco dorado, «¡Si vieses cómo relumbra!, parece toditito de oro...». Se detiene un momento en la cumbre, con el suave vellón al viento, y se esfuma en cuanto ve a un cristiano malo; por eso muy pocos lo han visto... ¡Yo había soñado muchos veranos con ver, algún día, el guanaco encantado!

Cansado, las pantorrillas flojas, como si hubiera galopado leguas de leguas, la cabeza colgante sobre el pecho con pesadez de aldabón, emprendí el camino de las casas. Instintivamente seguí las huellas de Dolores, hasta que desaparecieron mezcladas con otras del sendero.

Un hombre joven surgió tras de unas chilcas; hubiera jurado que estaba en acecho. Se apartó para dejarme paso, al tiempo que saludaba con turbación:

—Buenas tardes, joven...

Contesté el saludo maquinalmente. Sin explicarme el motivo, deseé seguir tras el desconocido, con esa inconsciencia de los perros que han perdido a su amo y corren atarantados husmeando a uno y otro viandante.

Pasó a mi lado, y en dirección a San Rafael, un camión que acababa de salir de los higuerales del Fortín. Hombres, mujeres y niños, cantaban alegremente. De haberles pedido, me hubieran hecho lugar entre ellos: «Donde hay muchos, siempre caben unos más», responderían. Hubiera sido lindo cantar cualquier cosa, sentir cerca el calor de otros cuerpos, abrazarme a otras gentes, oír sus voces alegres cuando se dirigieran a mí. Cualquier cosa, pero no estar solo, de golpe, sin que nadie me hubiera dicho: «Esta tarde has de quedarte solo».

El aire —¿de dónde salía ese aire tan fresco?— me rodeaba y ponía carne de gallina en las espaldas, en los muslos bajo los pantalones de hilo. Apretaba los carrillos sin saber por qué.

De nuevo, me pareció escuchar la marcha del break de abuela.

Sin embargo, no era posible. La finca de las Pereyra quedaba a dos leguas.

Una idea terrible sacudió mi cabeza. Apenas tuve tiempo de esconderme tras de unas chilcas y jarillas. Desde mi escondrijo vi pasar, al trote largo de los caballos alazanes, el coche. Isabel vociferaba con ademanes de empanadera.

Reinicié la marcha. Los sauces columpiaban modosamente las ramas, apantallando las aguas turbias del canal. El sol, tocando apenas las cumbres nevadas de la Cordillera, parecía una fantástica custodia de oro y plata... ¡Cómo se hubiera reído Osvaldo Sierra de mi cinta de la Congregación! Él se reía siempre de todo en forma tan repugnante que me helaba. Cuando estábamos en cuarto grado, me dio una trompada en el pecho y se puso a reír; recordaba perfectamente sus labios delgados muy tensos. No supe qué hacer, quedé allí, apretado en el rincón del patio de recreo, los puños crispados, mirando su cara taimada. Sentí retumbar mi pecho, no tosí —tenía razón tío Ignacio al hacernos tomar sol—, tampoco dije palabra; por fin, él bajó la vista y se fue en silencio. Entonces, desde mi rincón, vi pasar en el cielo una nube

enrojecida por el sol.

Serían las seis. Isabel ya habría contado a abuela y a mi madre cuanto había visto e imaginado en la tranquera del Fortín.

Estaba seguro, ya no vería más a Dolores. No quiero verla más, dije con asombrosa serenidad. No me importaba nada de nada, sólo deseaba que todo terminara pronto. Otra vez me había sentido igual, cuando una rueda de gandules del patio de los mayores me pescó en él, y estuvieron dándome empujones. Botaba como un muñeco en medio del círculo de muchachones, y ellos reían jactanciosamente, hasta que vino a sacarme de allí el Prefecto. Esa tarde ya no vendría el Prefecto, tampoco deseaba verlo con su cara abotagada y sus cejas canosas muy espesas.

El Fortín había desaparecido tras la doble hilera de sauces y álamos. No sé cuanto tiempo tardé en recorrer las pocas cuadras. De vez en cuando había mirado mis zapatos, ludidos y cortajeados por las piedras, hundirse en el polvo de la calle terregosa. Me encontraba ahora frente a la huerta de Cirilo.

El sol poniente iluminaba el ranchito. Bajo el corredor, Filomena, con su falda azul de los domingos, regaba, balde en mano, las macetas de geranios amontonadas sin concierto al pie de los pilares de adobles. El sol amarillento —con luz de reflector para «cuadros vivos»— rebrillaba en colores netos y me envolvía en atmósfera de paz, de abandono, que acentuaba el murmullo monocorde, interminable de las aguas del río.

Aquella litografía en colores de la «Oración», de Millet, que adornaba una pared de mi dormitorio, se me ocurrió inútil, descolorida; ¿es que, acaso, habría tanto sol en Francia como junto al río Diamante? Me prometí alojar el cuadro, con su marco dorado a fuego, en un rincón de la despensa. Si es que volvía a pisarla, porque algún terrible castigo caería sobre mí... Quizá llamaran a tío Ignacio... Era muy probable. Vendría él con su porte inmutable; pensaba, a veces, si tío habría llorado en su vida. No. No debía haber llorado nunca. Tío era como esos quebrachos centenarios cuyas ramas pueden resquebrajarse y caer, pero el tronco queda enhiesto en medio del campo reseco.

Estaba seguro de que —sin elevar en lo más mínimo el tono de su voz grave y clavándome esos ojos pardos de párpados abolsados, que, tras los anteojos con su medialuna para leer, descompaginaban por anticipado todas mis excusas— hubiera dicho pocas y terribles palabras, nada más que palabras justas y cabales, que yo escuchaba encontrándoles sabor de Biblia, de catecismo. Tío Ignacio tendría razón en lo que dijera y su castigo sería justo. Siempre tenía razón y llegué a creer que jamás pudiera equivocarse; por esto lo sentía como mi mordaza, y su presencia me acosquillaba como la montura a un potro.

Sumido en estos pensamientos me senté a la orilla del canal. Brotaba de él un frescor que calmaba mis nervios.

Largo rato contemplé el juego de una ramita de chilca que el agua arrastraba un palmo y, luego, irguiéndose rescatada por el tallo de la planta, daba un salto y volvía a sumergirse en el sitio de partida. El agua no podía arrancarla de las champas; debía de ser muy feliz. Así hacía yo todos los veranos. Me dejaba arrastrar olvidando estudios, obligaciones, mandamientos y me hundía en el agua turbia; saltaba, luego, hacia arriba durante todo el año y, quizás, me alzaba un poco más como lo haría la ramita al crecer.

Desde el carril del puente, donde a una cuadra de distancia desembocaba la calle de los Sauces, escuché una vez más el ruido del coche de abuela. Rápidamente traspuse el canal por la compuerta junto al poste que, entremezclado con las trincheras de álamos y sauces, sostenía el alambrado de separación entre la huerta de Cirilo y el potrero de las lecheras.

Isabel había ganado. ¡Pobre Tiburcia, la cara dolorida que debía llevar en aquel regreso!

Caminé pegado al cerco.

Desesperanza sorda, mezcla de vergüenza, se iba apoderando de mí. Estaba solo. Mis ojos no encontraban asidero en las rectas hileras de álamos, que se alejaban como trenes de alzada humareda verde.

Llegué al sitio donde había discutido con Cirilo. Sobre la tierra arada se notaban, aún, las formas del cuerpo de mi amigo —¿acaso lo era el pobre Cirilo?— mientras la sombra del árbol se había alargado oblicuamente, hasta alcanzar el alambrado. De nuevo me apoyé sobre él, cimbraron los brillantes hilos con igual sonido.

Sentí escozor en la garganta. Estaba solo. Yo tampoco tenía a nadie. La palabra guardó la misma vibración dolorosa con que la había pronunciado Cirilo bajo el carolino.

«Nadie... ¡Soy un guacho!... un guacho, nomás...».

Se aflojaron mis piernas, uno a uno pasaron ante mis ojos los cinco alambres; el tercero, de púas, arañó mi muñeca derecha. Un rasguño rojo y blanco levantó mi piel, como hacían las madres del agua, aquellos extraños bichos semejantes a los escarabajos, con la arena húmeda de las acequias.

Nadie. La tarde se iba.

Dolores. Cirilo. Madre. Abuela, Río turbio. Cielo opaco. Tío Ignacio.

Quedé, allí, como una traba que se hubiera desprendido del alambrado; lloré amargamente con la cara pegada a la tierra.

No se cuánto tiempo estuve tirado, boca abajo, sobre la tierra, sintiendo su olor mezclado al de la roseta, alfalfa y chilquilla. Aquel día no lograba medir el tiempo de las cosas, ni de los hechos, ese tiempo que en el colegio se jalonaba lúcidamente por el campaneó del horario.

El sol había desaparecido tras la Cordillera, que recortaba sus crestas como si fueran de cartón rojo. Lejos escuché a Victorio gritando espaciadamente mientras apartaba los terneros. Caminé tropezando en los bordos.

En el silencio del oscurecer, el casón de abuela se agrandaba al confundirse con las sombras de la arboleda.

Divisé al mensual que aseguraba la puertecita del corral de los terneros; simuló no verme y continuó en su tarea que bien poco tiempo demandaba. Su actitud fue suficiente para comprender.

Con la cabeza entre los brazos y apoyada en los adobes del estribo de montar, María Inés contaba con inusitada prisa. Jugaban a las escondidas; de pronto, gritó:

—¡Ya está! —al darse vuelta y encontrarme quedó cohibida; acercándose, me dijo en voz muy baja:

—Alberto, ¿por qué sos tan malo? Has hecho llorar a la mamita...

Sin atinar a contestarle, me dirigí hacia la pieza de mi madre. Me detuve ante la puerta entornada; no había luz. Escuché su respiración ahogada, como si sollozara. Entré en el cuarto y en la penumbra divisé el bulto de su cuerpo, tendido sobre la cama de bronce con alto dosel de tul y encajes.

De nuevo, me fue imposible articular palabra. Permanecí en pie esperando y temiendo que ella notara mi presencia.

—¿Cómo has podido hacer eso, Alberto?

Me acerqué a su cama, hubiera deseado abrazarla, quedarme entre sus brazos como cuando era chico y las langostas voladoras me aterrorizaban. Adelanté las manos, rocé apenas sus hombros. Un estremecimiento me hizo retirarlas. Cerré con fuerza los puños y los escondí a mis espaldas. Mis manos habían tocado, por entero, el cuerpo de Dolores.

—Alberto, contéstame... —agregó con voz entrecortada—. Mamá está muy disgustada... ¡tan luego en su casa!

—Mamita, yo no hice nada malo..., no creía hacer nada malo... —balbucí apenas, al tiempo que escapaba avergonzado de la habitación. Crucé el largo de la galería; me pareció descubrir en la oscuridad la hierática figura de abuela. ¿Por qué no habían encendido aún las luces de la galería?

Tía Nicolasa gritó en ese momento y en dirección del parque:

—¡Chicos..., vuelvan a las casas, ya es muy tarde para jugar a las escondidas! ¡A

esta hora salen las arañas!

Pero ellos ya no jugaban. Sentados en un escaño del parque se miraban en silencio. Entré en el dormitorio, busqué a tientas la cama y me arrojé en ella.

Permanecí largo rato sin moverme, mi cabeza bullía en los proyectos más descabellados. Tenía deseos de escapar muy lejos, internarme entre las serranías donde nadie pudiera saber de mí, huir hasta esas quebradas remotas, que se abrían a pique entre dos cerros, más allá del Cerro Bola, del Agua de los Terneros, del Sosneado; escapar hasta el Pum-Mahuida de la leyenda de la Pancha, o endilgar mi caballo hacia el sur, perderme en aquellos médanos amarillentos, cuya arena se partía en dos por la cuenca de rocas, que formaba, con su desnivel, las cataratas del Nihuil. Las había visto en un día de paseo; el polvillo del agua, semejante a la garúa, surgía desde el abismo de las aguas revueltas para refrescar mi cara quemada por el sol, mientras la tierra trepidaba sordamente; había sentido, entonces, loco deseo de mezclarme con sus aguas y caer dócilmente, guardando en mis oídos su imponente bramar; recibir, luego, allá abajo, como las piedras pulidas, el torrente sobre mi pecho.

Bien lo sabía, sólo era capaz de imaginar bellas muertes. Estuve a punto de gritar cuando la puerta se abrió y la lámpara de la galería iluminó un gran rectángulo en el piso de pinotea.

Entraron Victorio y la Chischica. Sin decir palabra, se dirigieron hacia la cama de mi primo. La criada enrolló el colchón y, con ágil movimiento, lo colocó sobre el hombro izquierdo, mientras con la mano derecha lo sujetaba por sobre la cabeza de trenzas desaliñadas. Luego de arrojarlo con fuerza en un sofá del corredor, regresó para ayudar a Victorio a retirar el armazón metálico de la cama.

Tía Joaquina hizo de muda sombra chinesca en el marco iluminado de la puerta que cerró, luego, sin el menor ruido.

Experimenté alivio, la compañía de alguien me hubiera resultado insoportable.

Deseaba estar solo; una mirada hubiera bastado para producirme escozor, semejante al que me daban los trajes de alpaca cuando tenía cinco años.

Paulatinamente fui ubicando los muebles de la habitación; una rendija de luz se colaba por el postigo cuyo pestillo estaba falseado. Sin desearlo, me puse a repasar los acontecimientos, tratando de ordenarlos, de verlos, porque hasta ese momento sólo los había sentido, uno tras otro, atropellándose como una manada de potros despavoridos.

Aún me resistía a creer en lo visto con mis propios ojos. Dolores no podía ser mala, como lo había sido la hija de Modón; no podía ser como la *vitrolera* de que hablaba Osvaldo Sierra. Era distinta: no tenía la cara pintada, ni sabía mirar como esas mujeres de la calle Corrientes.

Esta idea estuvo largo rato dando vueltas en mi cabeza; luego, vencido, caí en

profundo sopor. Me pareció escuchar entre la bruma las campanadas del reloj del comedor. El ruido de los cubiertos me despabiló. Debían de ser las diez de la noche; servían la comida. Tenía hambre; recordé que desde el almuerzo no había probado ni una miaja.

Unos golpecitos en el vidrio de la ventana me sacaron de cavilaciones.

—Alberto, abrí, soy yo...

Reconocí la voz de María Inés.

Con precaución abrí una hoja de la ventana y por el hueco apareció una bandeja con sándwiches de pavo y lechón, acompañados por uno de esos grandes vasos de leche en los cuales nos traían el «apoyo» por las mañanas, y que nosotros llamábamos «potrillos».

Con entonación de espía cinematográfico agregó:

—No hagas ruido. La mamita no quiere que sepas que es ella la que te lo manda... Cuando terminés, dejá la bandeja afuera. La Pancha vendrá a buscarla.

—¿Cómo está la mamita?

—Bien, pero no ha querido ir al comedor...

La escuché marcharse de puntillas en las sandalias de cuero. Después de comer esperé en vano la reunión de todas las noches, pero nadie apareció o, al menos, no se hizo oír en la galería del norte; hasta la luz fue apagada antes de lo acostumbrado.

Isabel Pereyra tenía la culpa de todo. ¡Era tan repugnante como Osvaldo Sierra! La odiaba ferozmente; sin embargo, me quedaba observando en la memoria su figura de caderas grasosas que temblaban como un flan al andar. Tenía la nariz aguileña y todas las narices aguileñas me producían inexplicable desazón, instintiva repulsa y, sin embargo, me atraían hasta impedirme quitar la vista de ellas. Un cuchillo de aguzada punta me producía sensación semejante: quería esconderlo de mi vista pero no atinaba a tomarlo, aquella punta brillante me parecía hecha para hundirse en una carne muy suave y tersa. Quedaba contemplando el cuchillo desnudo, en lucha contra algo interior que me ordenaba insinuante: «¡Toma ese cuchillo y húndelo!». Hundirlo despaciosamente, como si atravesara un pan de manteca; hundirlo en ese hueco natural que forma el cuello al unirse a la clavícula y parece ubicado para tal objeto.

Al principio, el castigo, que en parte había elegido yo, me pareció leve para tamaña falta y me causaba placer aumentarlo apartándome de mis hermanos, quienes me contemplaban a prudente distancia, como a la espera de un solo gesto.

Una mañana, pasados tres días, apareció el bayo ensillado en el palenque. Vi montar a mis hermanos. María Mercedes me hizo un guiño y, luego de un instante de indecisión, arrancaron.

Abuela, mi madre y las tías conversaban sentadas en un grupo de sillas, desde el cual se divisaba el patio del apeadero. ¿Era aquello tentación o simplemente una de las maneras diplomáticas con que mi madre gustaba dar por terminado un castigo?



Ella tejía un pulóver azul que, por el tamaño, sólo podía ser para mí, y la nerviosidad hacía escapar, a cada momento, un punto.

Apenas, como bisbiseo, escuché a tía Elvira que, dirigiéndose a abuela, decía:

—Ya les digo, yo creo que el pobre chico no tiene la culpa... Es esa... Acordate mamá de que Ignacio también... —luego no pude escuchar más; pero mi madre miraba ansiosamente a abuela.

Estuve tentado de correr hacia el grupo y pedir perdón. Desde aquella noche no había cambiado palabra con abuela; nos mirábamos de lejos, como si estuviéramos en la Iglesia, salvo que ella afectaba no verme.

Dudé un instante; luego, con decisión, me dirigí hacia el apeadero; adiviné un movimiento de expectativa en el grupo; adrede pisaba con fuerza para atraer las miradas. Llegué hasta el caballo, hice teatral ademán de montar, y luego, sin cambiar de expresión, desanudé los tientos de la cincha que cayó balanceándose bajo la panza del animal; crucé los estribos sobre el asiento de la montura y, con ágil movimiento, la quité del lomo junto con mandiles y peleros, y subiendo los escalones fui a colocarla en el caballete.

Esa tarde, el calor crispaba mis nervios impidiéndome permanecer tranquilo. A zancadas recorrí la galería del sur. Doña Pancha tomaba su mate sentada, como de costumbre, a la puerta de la cocina. Al pasar junto a ella, le oí murmurar:

—¡Hay mujeres que se llaman Isabeles y que el mandinga debía meterlas al rescoldo hasta que se les chamuscara la lengua!

Sonreí apenas y seguí, pensando que la Pancha tenía razón. Ya comenzaba a creermé mártir de la maledicencia. Después de todo ¿qué mal había hecho? Volvieron a mi cabeza los pensamientos que había rumiado en aquellos días de encierro, sin encontrar solución y ni siquiera estar seguro de que planteaba bien el problema. Tenía razón mi profesor de matemáticas: no sabía plantear hipótesis ni pensar con calma, ordenadamente; acorralado, atropellaba ciegamente.

¿Qué haría abuela con Dolores? Pero ¿por qué habría de preocuparme por ella?

Se estaría riendo de mí, de mis palabras junto a la compuerta del canal, de esas palabras que yo le había dicho con un temblor en la voz que sólo recordaba haber experimentado el día de mi primera confesión. A veces sentía que un rencor sordo se iba formando en mí; había hecho llorar en vano a mi madre; había desafiado a abuela, sin pensarlo, y mancillado el campo de su Fortín —debía ser esto lo que ella no podía perdonar—, ¡todo por nada! Dolores se había ido con esa sensación de alivio que yo experimentaba al tirar mi libro de matemáticas una vez aprobado el curso.

Bajé al patio de tierra que rodeaba el estrado de la casa y fui a sentarme sobre los troncos de leña, apilados bajo un sauce.

¡Nada le debía! De pronto recordé su cara morena, su cuerpo húmedo tendido sobre la alfalfa y temblando bajo mi mano, que lo recorría con ese goloso afán que

ponía al seguir los ríos, ciudades y montañas en un mapa de alguna región lejana, de algún país remoto que ansiaba conocer, que ansiaba poseer con mis ojos, con mis manos, con mi cuerpo entero... ¡Ah, las montañas de su cuerpo moreno y viviente!

—Dolores, ¡te debo mucho! —murmuré con la garganta seca, la voz ahogada.

Mis manos se crisparon en movimientos convulsivos. Estaba tirada a mis pies el hacha, brillaba su mango sobado por el uso. Con brusquedad me quité el saco.

Haché con furia; las astillas saltaban y la casa hacía eco de cada hachazo. El sudor mojó por completo mi frente, las mejillas, y se escurrió por el cuello viboreándome el pecho. Una y otra vez alzaba el hacha para dejarla caer con renovado brío; poco a poco, sensación de calma, de laxitud, fue invadiendo mi cuerpo; sentía el gozoso golpear de venas y arterias, volvía a ser ese motor silencioso y siempre alerta del cual me enorgullecía.

El sol desapareció bruscamente; nubes oscuras, plumizas, lo ocultaban avanzando con rapidez de ovejas asustadas. Los árboles comenzaron a mover sus hojas, luego sus ramas, hasta que, de improvisto, una tolvanera arremolinó, en el patio los papeles viejos y aventó la ceniza de hornos y hornallas. Oí el entrechocar de puertas y ventanas, mientras la tierra me hacía cerrar los ojos irritados. La casa se animó; de un lado a otro corría la servidumbre ajustando puertas y ventanas. Llegaba olor de jarilla mojada, y de pájaro bobo, desde las ciénagas del Atuel. Respiré gozosamente. El cielo desaparecía por completo tras las nubes, que convertían la plena tarde en el anochecer. Los gansos, graznando, corrieron a guarecerse en la ramada del lavadero, mientras los patos agitaban sus alas sucias, como si aplaudieran.

La tierra sorbía con avidez los goterones de lluvia que comenzaban a caer. Cerrando los ojos levanté la cara hacia el cielo. La lluvia, mezclándose al sudor, picoteó con fuerza mi cara: águila fantástica de helado pico.

Un relámpago vivísimo iluminó hasta el interior de los hornos ubicados bis a bis, como esas viejas sillas de conversación que aparecían arrumbadas en un rincón de la sala. Retumbó, estremeciéndose con el estruendo de un trueno, toda la casa; fue como el rodar de cientos de toneles vacíos. Por un segundo, la lluvia pareció detenerse para tomar aliento. Gesticulando, corrió la Pancha y, arrebatándome el hacha de las manos, clamó en ese tono ritual que ella reservaba para los grandes, acontecimientos: tormentas, muertes y temblores: —¡Animas benditas! ¡Dios nos asista!... Estu'es una manga'e «piegra» que se nos viene viniendo del Atuel...

Sofocada se detuvo un momento, luego corrió hasta el centro del patio, marcó una cruz con la cabecera orientada hacia el sur, y en el centro de ella hundió con fuerza la hoja del hacha al tiempo que invocaba fervorosamente:

—San Antonio bendito, ¡tené piedad de nosotros!

Luego, ya con ese tono de rezongo que se permitía dada su intimidad con el santo, agregó:

—¡Vaya, pues..., parece qu'este año vamos a tener todas las desgracias juntas! — masculló otras palabras y, con agilidad desconocida, corrió esta vez en dirección a la cocina y reapareció, trayendo en una palita un buen montón de ceniza que esparció presurosa sobre la cruz.

Tío Ignacio, al ver a la Pancha en igual menester, solía sonreír:

—No se puede creer en semejantes paparruchas, pero sería interesante averiguar el origen de esta tradición que debe de ser muy antigua —afirmaba, dando el tono científico como para tener un poco a raya a la familia.

—Que se ría el doctor —argüía la Pancha—, más pior le fue al gringo'e las Paredes, el que s'hizo una torre altaza, toditita llena de palarrayos pa'espantar el granizo y, no bien la terminó, la misma tarde, la pedrea le taló las viñas... ¡Ai tienen lo que sacó ese descreído con su torre de Davel!

Muy donosamente, la Pancha confundía la bíblica torre con el nombre del modista de mi madre, estampado en grandes letras inglesas en la tapa de las cajas que, ahora llenas con moldes de dulce, se apilaban en los estantes de la dulcería.

De nuevo retumbó un trueno, con ese retumbar que llenaba de alegría mi cuerpo. Corrí hasta guarecerme en la galería en el preciso instante en que un ruido seco, como el chasquido de una bala, llegaba desde el techo de zinc. Pronto, baraúnda infernal atronó la casa. Caía piedra. Persignándose, la Pancha arrojó una rama de olivo bendito en el brasero del mate —el humo azulado se escurrió bajo la galería y fue a perderse tironeado de aquí y de allá por la escasa lluvia—, luego recorrió el largo de la galería, abrió la puerta del dormitorio de abuela y entró como tromba, mascullando sus jaculatorias predilectas.

Por la puerta entreabierta, llegó el murmullo solemne de un trisagio rezado con fervorosa devoción. La luz amarillenta de un cirio encabado en alto candelero de bronce, iluminaba apenas el espejo de marco barroco y un Cristo tallado en madera policromada, que había rescatado abuela entre los escombros del terremoto de 1861. Se vislumbraba, también, la maciza cómoda de jacarandá, los pitones de marfil y plata de esos amplios cajones superpuestos, donde ella guardaba su ropa blanca perfumada a la albahaca.

Caía con mayor fuerza el granizo. Las piedras rebotaban o se partían en brillantes pedazos, algunas se incrustaban en el suelo y, al disolverse, dejaban pocitos semejantes a cicatrices de viruela. Pronto comenzó a blanquear el piso; mirando de un lado a otro, trataba de descubrir las más grandes. Un pedrusco de tamaño mayor que un huevo de paloma cayó sobre unos mandiles, recogidos a último momento junto a un pilar de la galería; lo tomé y mi primera intención fue correr para mostrarlo a mis hermanos. Me contuve pensando que podría tomarse como pretexto.

El granizo se amontonaba contra el desnivel de la terraza; los árboles y las plantas se desgajaban poco a poco. Al caer el follaje, mi visión se extendía cada vez más

lejos entre los troncos y las ramas lastimadas.

Una rosa que sin explicación permanecía indemne, de pronto saltó como volada por un petardo; sus pétalos rojos cayeron sobre la capa de granizo que ya comenzaba a cubrir el suelo. En el potrero de las lecheras, las vacas se guarecían bajo los sauces mugiendo lastimeramente.

Más lejos, los penachos de los álamos se resquebrajaban. Cerca de la escalinata principal alcancé a percibir, en una pausa de la tormenta, el ruido sordo de un cuerpo; me pareció el de una paloma que cae con el buche destrozado por una perdigonada. Sólo vi dos magnolias unidas en una misma rama tronchada. El olor entremezclado de las flores, hojas y frutas que caían trituradas, me penetraba a borbotones por la nariz; aspiraba con fuerza, casi con delectación. Dominado por el espectáculo no pensaba en consecuencias; de pronto, recordé la viña de abuela. Estaba lejos de las casas, aún quedaba esperanza de que se hubiera librado de la pedrea; luego, sin darme cuenta, me encontré deseando ocultamente, como debían hacer todos los viñateros, que la piedra se contentara con destruir las propiedades vecinas. ¡Faltaba tan poco para la cosecha! ¡Abuela era buena y tenía puestas en su viña tantas esperanzas! A menudo, decía:

—Bien, bien, todo se arreglará, si Dios quiere, después de la cosecha —y tía Joaquina guardaba esos papelotes del Banco Hipotecario, que por primera vez habían llegado a su valija, cuando una helada fuera de tiempo hizo necesario replantar gran parte de la viña, hacía de esto varios años.

Dios debía de tener en cuenta a toda la buena gente que dependía de la cosecha de abuela. Además, estaba la huerta de Dolores, porque ella también debía de tener, rodeada por un cerco de cañas, una huertecita de melones, sandías, zapallos y tomates, y, quizás, tuviera una viñita, no más que un «pañuelito»; pero, con cuánto amor debía de cuidarla todos los días del año y, acaso, por las noches se habría levantado con su padre, para ayudarle a regar y vigilar el turno de agua, porque ¡vaya a saber a qué horas les tocaría! No, Dios no podía quitarle así nomás, en una tarde, el trabajo de todo un año... Y a Cirilo menos, porque Cirilo era más bueno que yo, era mucho mejor..., y nadie del pueblo merecía tampoco perder su trabajo, de días y noches llenas de escarcha.

Como a una señal, el ruido atronador cesó por completo; las nubes se revolvían semejantes al humo de la chimenea de una fábrica. La transición fue tan brusca, que mis oídos repetían aún el furioso golpetear en el zinc.

—Bueno, ya pasó, lástima que vino con tan poca agua...

Al escuchar la voz de Victorio me di vuelta sorprendido. Sonreía apoyado en la pared del dormitorio de tía Nicolasa.

—¿Qué hacés aquí? —pregunté fastidiado.

—¡Vaya, con el jovencito..., había sido'e pocas pulgas! La señora me mandó

tapar el ceibo, pues...

Siempre arrepentido del primer impulso, me acerqué sonriendo. En verdad, ya estaba cansado de mi alejamiento. Me miró un rato; luego, vi brillar una pizca de picardía en sus ojos. Comprendí perfectamente lo que deseaba preguntar, dudó un instante, y con el tono más embeleguero exclamó:

—¡Vaya, vaya... con este jovencito!... Parece que le gusta andar hachando leña en el cerco ajeno...

—¿Qué querés decir con eso?

Se rio otro poco y, bajando la cabeza, dijo:

—Sí, pues... ¿Conque quería hacerle otr'hijo a la Dolores?...

La torpeza de las palabras me hizo saltar; con rabia me tiré sobre él, gritando:

—¿Qué has dicho? ¡Repetí lo que has dicho!

Le tenía sujeto por el cuello; se encogió sin intentar desasirse, aunque le hubiera sobrado con la mitad de sus fuerzas.

—¿Por qué has dicho eso? Dolores es una muchacha decente —grité con furia.

Levantó la cabeza y, con voz apagada, farfulló:

—Y bueno... lo dije... —tomando decisión, agregó—, porque ya tiene un hijo y ¡no hai'ser del aire!

Aflojé las manos y retrocedí asombrado. Recordé entonces al chico que la acompañaba en el sulqui. Con desesperación me volví hacia Victorio.

—¡Pero si nunca me dijo que fuera casada!...

De nuevo miró con temor al contestar:

—Yo tampoco lo hi'dicho, pues... Dicen que vivía con uno que se le jué...

Apenas escuché las palabras. Nada de lo que me rodeaba era comprensible. El sol, todavía alto, se filtró entre las nubes y en el naciente apareció un arco iris, cuyas puntas desaparecían entre el palerío de las trincheras de álamos.

Remota escuché la voz de la Pancha que llamaba al mensual. Le vi alejarse.

El sol comenzaba a derretir la pedrisca amontonada trazando en la tierra largas estrías, donde el agua se deslizaba con movimientos de culebra. Experimenté, de nuevo, la misma sensación de aquella tarde en que Isabel me vio besar a Dolores. El paisaje desolado entraba por mis ojos y quedábase inmóvil, como si me acechara; con esa inmovilidad de las placas de *Romeo y Julieta* proyectadas sobre la sábana blanca.

—¡Dolores... tampoco es buena! —murmuré, con igual tono que si deletreara la frase escrita con tiza en el pizarrón de un primer grado lejano en mis recuerdos. Luego, con aquella letra cursiva inglesa que encantaba a mi maestra, vi escrito distintamente: «Alberto Aldecua es un niño malo». ¡Tenía razón Adalcinda Herrera, aquella maestra de la que sólo recordaba un rodete alto y negro!

Era tonto, era ridículo; pero allí, sobre el cielo azul donde de trecho en trecho aparecían nubecillas de gasa, semejantes a esas manchas blancas y deformes que deja

el borrador en el pizarrón, aparecían nítidas las palabras, como proyectadas por una verdadera linterna mágica; sólo que la pizarra, ya lo había visto, era azul, de un intenso azul de lavar, mucho más linda que las del colegio picoteadas por el puntero.

Junto a la escalinata principal, Victorio, ayudado por mis hermanos, juntaba granizo en un balde. Los chicos saltaban de gozo cantando:

—¡Que llueva, que llueva... la vieja está en la cueva!... ¡Que caiga piedra, haremos helados!

Despaciosamente fui entrando en la escena de mis hermanos, vi sus caras alegres, atraído me acerqué. Abuela, sentada en el sillón de alto respaldo, sonreía apenas, casi en mueca de espantosa tristeza. Jamás había visto esa sonrisa en su cara. Más atrás, casi de perfil, divisé a mi madre, quien tenía sobre las faldas el libro preferido: *Reina y Mártir*, del Padre Coloma —libro que un día olvidé en el parque y la lluvia apergaminó sus páginas hasta darle apariencia de antiguo—, sus manos largas y finas descansaban sobre las tapas rojas. Tía Elvira, con el bebé en brazos, arreglaba las dos magnolias en un florero isabelino. Avancé un poco más, casi ya entre ellos. Sentados en las sillas del fondo, también en silencio, estaban tía Nicolasa y mi primo.

Mi madre giró la cabeza y, al verme, sus ojos se llenaron de lágrimas. Movido por no sé qué fuerza llegué hasta su silla; con levísimo movimiento de cabeza me indicó a abuela.

En pie, quedé ante ella, sentía deseos de arrodillarme, inclinar la cabeza. Permanecí en silencio, sin saber qué decir.

—Que Dios te bendiga, m'hijito... y acuérdate que ya eres un hombre, el más grande de tu casa. No olvides nunca que debes respeto a tu madre y hermanas... y a ti mismo, por el nombre que llevas.

Escuché un sollozo de mi madre, la vi abandonar la silla y dirigirse a su dormitorio.

Incliné la cabeza y, sin decir palabra, caminando con firmeza, fui hasta mi pieza. Desde el callejón escuché el galopar de un caballo. A poco el vozarrón de Benito llenaba los ámbitos de la casa:

—¡Signora!... ¡Signora!... ¡La piedra se ha llevado la mitad de la viña!...

Luego, durante un momento, sólo escuché el chirrido de la máquina de fabricar helados.

Comía uvas con semillas y hollejos. Cirilo ya no podría llamarme *aporteaño*, riendo del cuidado que ponía en arrojar las semillitas por ridículo temor a la apendicitis. Hasta lograba soplar los hollejos a cinco pasos de distancia, como él lo hacía con mirada sobradora; pero Cirilo no estaba allí para verme, continuaba esquivándome y no lograba comprender por qué razón era el único incapaz de perdonarme.

Un día que rondaba su huerta, Filomena me dijo, bajando los ojos, con esa voz tan suya, tan querendona: —El Cirilo se jué pa l'Agua de los Terneros, al puesto del compadre Güenceslao... ¿Y cómo no li'ha dicho, jovencito, con lo mucho que lo quiere?

Estaba seguro; no quería verme, pues nada tenía que hacer por esos andurriales en esta época del año.

En las tardes, cuando lograba apartarme de mis hermanos, caminaba por la orilla del río; miraba el agua turbia como si ella hubiera de reflejar el cuerpo que tanto me había turbado aquel verano. Si alguien me hubiese detenido en aquel vagar, y preguntado la causa de él, luego de mirar con ansiedad sus ojos, le habría dicho desganadamente:

—¡Nada!... No tengo nada y nada me pasa...

Luego, hubiera escapado hasta el grueso soporte de cemento donde apoyaba su extremo el puente —ese pilar en cuya base el agua chocaba formando remolinos, donde las piedras pómez giraban en alegre ronda, donde hervía la espuma como en los chocolates mañaneros; pilón que el sol del atardecer apenas lograba recalentar en su costado sur—; correr hasta él y abrazarlo... Él, por lo menos, estaría allí siempre; siempre a la hora en que deseara estar a su lado; siempre para escuchar mis palabras vanas e incoherentes que sólo un pilote de cemento entibiado por el sol podía comprender.

¡Y cómo hubiese reído Osvaldo Sierra! No eran cosas de hombre pegarse a un pedazo de manipostería y hasta llorar... ¡y qué no haría él por realizar sólo cosas de hombre!... ¡Cómo odiaba a este ser repugnante! Pero nada podía..., si le atacara, mis manos habrían de ceñirse instintivamente a su garganta y ya no soltarían hasta que... hubiera desaparecido de su boca esa risa taimada, hasta que la lengua saliendo entre los dientes amarillentos se retorciera como la lengua de las víboras o de los ahorcados.

Brillaba, aquel anochecer, esa estrella que tío Ignacio conocía el nombre y nos aseguraba era un planeta. ¿Podía ser palabra tan tosca, tan dura, esta maravillosa luz? Tío Ignacio podía decirnos: «Tienes la lengua sucia, necesitas una purga», pero no hablar de las estrellas; me dolía oír transformarlas en números, en miles o millones de años luz. No escuchaba las cifras, sólo quedaba imaginando lo que era un año de luz,

de esa luz de San Rafael que llenaba de colores las cosas y las gentes.

De pronto, escuché el canturreo de Modón; apareció entre unos sauces tambaleándose. Al verlo, me acurruqué tras de un pie de gallo brotado. Repetía monótonamente la tonadilla de palabras incomprensibles, hasta llegar a la frase final:

—... ¡todas las mujeres son unas hijas de... el mandinga!

Se acercó hasta la orilla, por un momento me pareció que se inclinaba para tirarse al agua, pero, de nuevo, se enderezó trabajosamente y arrojó una piedra que golpeó con un chasquido en las del fondo del río. Una tras otra, fueron levantando un copete de agua hasta que terminó arrojando una con mayor fuerza; luego, con torpe movimiento, se limpió las manos en la ropa andrajosa y siguió su camino; aquel sendero que yo había recorrido con tanta emoción al principio del verano. Su voz aguardentosa fue perdiéndose a lo lejos hasta desaparecer cubierta por el monótono bramido del río.

El pobre Modón había perdido para mí su interés... Ahora sabía que el misterio de su vida era cosa que podía suceder a cualquiera, incluso a mí mismo.

Pasaron los días, con el desgano de viejas que desgranaban maíz frotando los marlos.

Por todas partes y en cualquier lugar se hablaba de la cosecha; yo, en cambio, prestaba poca atención, para esa fecha ya estaríamos en Buenos Aires, como sucedía todos los años.

—¡Ha de ser mala a causa de la piedra, pero algo es algo! —decían unos, alzando los hombros.

—De qué nos sirve, si todavía no hay precios... ¡Yo no sé qué hace el gobierno! —contestaban otros.

Hablaban algunos hasta de abandonar la uva en las cepas; y estas eran las charlas que oía en mis viajes a San Rafael, cuya gente bullía.

Todas las mañanas, cuando Victorio llegaba de la estafeta trayendo la correspondencia y los diarios, tía Joaquina buscaba ansiosamente en las páginas de *Los Andes*:

—¡Cuatro pesos veinte el quintal!... —dijo una tarde, con desaliento. A mí me pareció una suma fabulosa. Abuela no hizo comentarios, quedó mirando el jardín, con esa mirada ausente que me hacía creer que estaba muerta y sentada, allí, en la galería norte de su casona.

—Va a ser un año duro —musitó—, apenas habrá para los gastos y quién sabe si alcanza para el Banco... ¿Cuatro pesos, en la cepa? —preguntó con ansiedad.

—No mamá, puesta en bodega.

Tía Joaquina tenía en los ojos la misma tristeza de abuela, miraba de un lado a otro como si acariciara las plantas con los ojos. Con lentitud, guardó los lentes de leer.



Junto a abuela, a pie firme, era ella, también, uno de esos pilotes del puente que, año tras año, aguantaban las crecientes sin ceder una pulgada.

Sentí deseos de abrazarla y no con ese abrazo de bienvenida ni aquel de despedida de todos los veranos. Avancé unos pasos y me detuve, casi con rabia exclamé:

—Pero tía, ¡el Banco no puede quitarles la tierra que les dio San Martín!

Río con su risa medida y sin alegría.

—Al Banco no le importa nada todo eso, m'hijito...

Pobre tía Joaquina, dijo con tal dulzura la palabra hijito que me hizo doler la garganta.

—No es para tanto —interrumpió abuela—, ya encontraremos dinero en alguna parte... No es la primera crujida que nos da la viña —terminó dulcemente.

Tomé el diario, busqué con rabia el suelto, pero me detuve en un recuadro con noticias de la Capital Federal. Estuve a punto de gritar de alegría: La iniciación de las clases se postergaba hasta el 15 de abril, debido a la difteria. Olvidé todo. ¡Casi un mes más en San Rafael!

El turco, con su auto rojo, escandalizó un día la quietud de la casa. Abuela deseaba echarle los perros, en cambio se llevó un contrato para la compra de la uva, a menos precio, porque ella prefirió vender la uva puesta en los camellones a lidiar con el acarreo hasta la bodega.

—¡Ese gringo es un aprovechado y un confianzudo! —exclamó abuela, cuando él se alejaba—. ¿Qué se habrá creído?, ¡venir a darme la mano!

Durante una semana, la casa se llenó de extraordinaria animación. Se abrieron las dos puertas de la despensa, aun la que miraba al sur trancada con una gruesa barra de quebracho. De un rincón, Victorio, Eulogio y dos peones más sacaron una pesada máquina hasta ubicarla bajo los sauces de la lavandería, a contados pasos de la represa.

Rondamos, llenos de curiosidad, la máquina de hierro y madera: un eje vertical sostenía invertido una especie de amplísimo taburete de piano, que, al girar los manubrios, descendía dentro de un cerco redondo de estacas de madera; así debería ser el corsé de Isabel Pereyra, pero no tendría aquella canaleta que rodeaba su base, ni reposaba sobre tan macizo caballete.

—A ver..., déjense de andar como moscas poteras —interrumpió la Pancha—. ¿Nuan visto nunca una prensa di'uva?...

Don Benito iba y venía desde la viña, en su carretela, pintada de verde, hasta que por fin, después de incontables viajes, un día exclamó:

—¡Signora, per domani..., per mañana van lo cosechadore!

Tía Joaquina fue, entonces, hasta el dormitorio de abuela, trajo una caja de madera, bastante capaz, y se la entregó.

—Tenga cuidado don Benito, ya sabe que el turco no tiene pelo de tonto...

—¡Déquelo per la mia cuenta a ese gringo! —exclamó Benito con su media lengua; y no pudimos menos de reír al escucharle la palabra gringo.

Durante la noche me fue casi imposible dormir. ¡Al fin vería una vendimia! Cuando desperté eran ya las 9 de la mañana.

—¡Vaya con el madrugador! —comentó mi madre al verme en la galería—. Te hemos hecho llamar dos veces y como si nada... Los chicos ya están en la viña...

Corrí hasta el apeadero, monté de un salto y salí al galope.

Traspuse la puerta de la viña, abierta de par en par; olivos y nogales corrieron a mi lado vertiginosamente. Al llegar a la cabecera, el bayo se detuvo, la boca llena le espuma y los ijares mojados de sudor.

En el camellón principal aparecía una larga fila de carros y camiones, forrados interiormente con gruesas carpas; algunos estaban semicargados y, trepado sobre el montón de racimos, un peón los arreglaba con una horquilla de alzar pasto.

—¡El moscatel rosado de la primera filera, al primo carro!... —gritó Benito.

Contestando los comedidos saludos, me acerqué al contratista, quien comentó entre aspavientos:

—¡Eh..., ¡coven Alberto, se le pegaron la sábana!...

—Así parece —respondí sonriendo, mientras él me estrujaba la mano.

En las diez primeras hileras del cuartel, los cosechadores se inclinaban sobre las cepas como enormes langostas de variados colores; había hombres de bombachas o remendados pantalones, las mangas de la camisa arrolladas sobre el codo; las alpargatas oscuras, de vez en cuando, dejaban salir a la intemperie un ledo pulgar con la uña llena de tierra negruzca; mujeres tocadas con pañuelos y faldas de vivos colores, a veces, desgarradas. Abundaban chicos de toda edad que ayudaban a sus padres; les veía desaparecer bajo las cepas, y husmear los pequeños racimos escondidos entre la hojarasca de un verde intenso. Hombres y mujeres, en cuclillas, buscaban afanosamente los racimos, casi todos machucados por la piedra, los tomaban con la mano izquierda, se escuchaba el ruido seco de la tijera de podar, que empuñaban en la otra, y con veloz movimiento colocaban las uvas en los tachos de latón, o en los canastos de mimbre tejido, que, una vez repletos, cargaban sobre el hombro. Caminando a duras penas sobre la tierra floja de las araduras venían a vaciarlos en las canecas de madera alineadas en el camellón, cuya alfalfa recién segada mostraba los tallos que crujían al ser pisados; otras veces, los recipientes eran directamente volcados en los carros y camiones, donde ya empezaba a escurrirse el mosto formando barro oscuro en las juntas de la carrocería.

Por cada tarro lleno que traían los cosechadores, el hijo mayor de Benito les entregaba un disco de metal, que tomaba del cofre de tía Joaquina. Los discos de aluminio, semejantes a una moneda, tenían en el anverso una cifra y en el reverso el

nombre de abuela.

Son las fichas..., al fin del día se les paga según la cantidad que tengan.

—¡Pero las mujeres tendrán menos! —argüí.

—¿Las mujeres?... Hay muchas que son más rápidas que los hombres... ¡Mi hermana Giovanna vale por dos criollos! —exclamó fanfarrón; luego, rápido y tratando de hacerse disculpar, agregó—: Mejorando los presentes... Yo no quiero decir que los criollos sean flojos, ¡li'aseguro don Alberto!

Me causó gracia su azoramiento y el sonoro don que me obsequiaba a manera de desagravio. El hijo de Benito tenía razón. «Los criollos no somos muy guapos pa'estos menesteres, eso di'andar cortando racimitos son cosas pa'los gringos y las mujeres —había dicho Eulogio—. Ahora, lidiar con toros, jinetear potros, trenzar tientos de cuero crudo, marcar animales, eso son cosas di'hombre»; y hasta si se trataba de dar una manito para cargar las canecas, entonces se ajustaban el cinto o la faja, acomodaban el cuchillo en la cintura, y «no le hacían asco a juerciar un poco».

En algunos de los surcos se veía acostado, a la sombra de la parra, un sonrosado bebé rubio que abría y cerraba las manos regordetas. De improviso, una gringa sudorosa se acercaba, tiraba el tacho junto al niño y, desprendiéndose el corpiño, sacaba al aire un pechazo henchido; el hijo se prendía con fuerza de cachorro, quedaba bamboleante en el regazo, mientras ella seguía con su podadora cortando racimos. Otra vez, se escuchaba un tendal de juramentos en dialectos del sur de Italia, y un gringo se abalanzaba a moquetes sobre un rapaz que descansaba pachorriento en el fondo de una acequia.

Los «criollos de pura cepa» imitaban a los extranjeros, tentados por ese mes de cosecha en el cual podían ganar, si traían a todos los hijos, más que en el resto del año. Trabajaban en silencio, me parecía que un tanto avergonzados al verse entreverados con los gringos, peleando con ellos alguna cepa más cargada y a la cual la piedra con sus caprichos había respetado. Veía, sobre todo, a sus mujeres de negros cabellos lacios partidos al medio, el cutis curtido por el sol y resquebrajado; a los hijos rotos y desgreñados que se echaban a descansar, tirados indolentemente bajo los sauces, y que, al verme con «mi laya'e patrón» agachaban la cabeza y volvían silenciosamente al trabajo. Sin embargo, por nada del mundo les hubiera dicho una palabra de reprensión. También me gustaba tirarme en el fondo arenoso y fresco de las acequias, quedarme contemplando el cielo y escuchando el murmullo de los álamos... A veces, sentía ganas de abofetear a uno de esos gringos que los miraban despectivamente y gritarles:

—Está bien que ellos no sirvan para estas cosas; pero en cambio ustedes no son capaces de muchas que ellos hacen, de esas cosas para las cuales han nacido... Al fin y al cabo ¡ustedes andan a caballo como unas gallinas!

Caminaba entonces entre las hileras con la misma prestancia de don Ramón

Osuna. A cuanto criollo encontraba le sonreía afectuosamente y ellos contestaban con un saludo cortés. Levantaban los hombres sus negros sombreros chatos, descoloridos por el sol y la tierra de los caminos; las mujeres hacían relampaguear los ojos negros y, luego, agachaban los párpados con modestia... Andaba entre ellos a mis anchas, sentía dentro de mí que eran «mis criollos». Nos pertenecíamos.

Cerca de mí, en la hilera vecina, una mujer con el busto inclinado llenaba su tacho, las manos embarradas por el jugo de los racimos y el polvo.

Me estremecí al reconocer esa nuca, ese busto, ese cuerpo que había tenido en mis manos.

—¡Dolores!

Se dio vuelta con rapidez, al verme bajó la vista y volvió a su labor sin decir palabra. No supe qué actitud adoptar, como si repitiera las sensaciones del primer encuentro en la viña. Miré ansiosamente su cuerpo, hice ademán de cruzar los alambres de la hilera que nos separaba; pero me contuve al sentir que arrojaba con fuerza las tijeras en el tacho y, colocándolo sobre el hombro, se alejaba presurosa. Caminaba sobre los cascotes; las espaldas de su blusa azul tironeaban de un lado a otro requeridas por los pechos bamboleantes.

—¡Alberto!, ¿dónde te has metido? —gritó mi hermano, apareciendo entre las cepas con la frente sudorosa y el pelo rubio alborotado.

Sin contestar, avancé en dirección a un sauce, a cuya sombra pacían los caballos.

—Yo te traje el bayo, junto con los nuestros —dijo Eduardo.

—Gracias —balbucí, tratando de ocultar mi turbación.

Al llegar a la cabecera de la viña, mis hermanas y Luis vinieron a nuestro encuentro.

—¿Dónde andaba el Romeo dormilón? —chanceó María Mercedes con picardía que no era común entre nosotros. Tuve intención de reprenderla, pero me contuvo esa sonrisa suya y los ojos muy negros que le bailoteaban.

—¡Don Benito..., ya están enllenadas las diez canecas! —gritó, muy cerca de nosotros, una voz de hombre.

Benito se acercó y revisó por arriba el contenido.

—Está bien, Tubalcaín, son para la Signora... ¡hay que cargarlas!

Al vemos, Tubalcaín hizo un tímido saludo. Era talludo, el cutis moreno y casi sin barba se le ceñía en la cara huesosa; un cinto con monedas de plata ajustaba sus bombachas. Caminaba con aplomo de gallo entre requeridoras gallinas.

Ayudado por el carretero, fue cargando las canecas llenas de moscatel rosado. Vi salir de entre las cosechadoras a Dolores, con un tacho lleno de uva rosada; decidida, se dirigió hacia la caneca que en ese momento sopesaba Tubalcaín. Me pareció descubrir en sus ojos la mirada que hartó conocía.

—Buenos días, Tubalcaín —susurró con coquetería.

—Buenos días —contestó él.

Las mejillas de Tubalcaín se coloreaban, mientras Dolores, arrimándosele en forma que sentí en el pecho, vaciaba el contenido de su tacho en la caneca ya colmada. La mayoría de los racimos cayeron al suelo cuando él, haciendo gala de fuerza, cargó al hombro la caneca. Por un momento creí que se doblaría bajo el peso, pero, afirmando las piernas, se dirigió sueltamente hacia el carro. Dolores pasó junto a mí, sin mirar, sonriendo levemente, las mejillas arrebatadas.

El carrero montó en una de las muías laderas, mientras Tubalcaín se trepaba de un salto en la parte trasera del carro. Restalló el largo látigo y el carro se puso en marcha, haciendo crujir el eje del cual pendía un reverbero a querosén. Un perro muy flaco dio vueltas ladrando alrededor de las muías y, luego, fue a colocarse tras del vehículo, la cabeza tan pegada a él que ya, a cierta distancia, parecía una colgante alforja.

¿Dónde había visto la cara de Tubalcaín? No podía recordar y en vano trataba de hacerlo.

Tomé uno de los racimos que habían caído de la caneca y lo fui desgranando. ¿Era posible que Dolores?... —¡Claro que es!— exclamé con rabia, arrojando el racimo.

Desde la puerta de la viña llegó el ruido de un automóvil, que aceleró el motor al pasar la acequia regadora. Entre los olivares distinguí la carrocería roja.

—Vamos... ¡ahí viene ese! —exclamé, volviéndome hacia mis hermanos.

Como obedientes a un resorte y con el mismo aire de majestades ofendidas, nos dirigimos hacia los caballos, montamos para llegar al sitio donde estaba Benito, en el preciso instante en que lo hacía el turco en su automóvil.

—¡Adiós Benito!... —gritamos, al pasar, recalcando el nombre del contratista para que no hubiera posible equivocación. De reojo vi que el único pasajero del auto, el tan sin razón odiado turco, cortaba el más amable y sonriente de los saludos.

Desde la galería del sur, divisaba la descarga de las canecas. Tubalcaín, el carrero y Victorio las reunían bajo el sauce de la lavandería. Abuela, de vez en cuando, daba indicaciones que la Pancha transmitía en voz alta. Mi madre, las tías y la «gente menuda», como nos llamaba tía Joaquina, permanecíamos algo más lejos.

El sol de las once caía de lleno sobre las muías sudorosas. Con asombro divisé a Cirilo trepado en la plataforma de la prensa.

Corrí lleno de alegría; al llegar al lado de abuela me detuve cohibido. Me pareció impropio el entusiasmo pero, sin poderme contener, grité:

—¡Cirilo!, ¿vos por aquí, otra vez?...

El peoncito, confuso, saludó apenas y siguió su trabajo; luego, con salto demasiado ágil, hecho como para esconder la turbación, se apartó de la prensa. Tubalcaín, auxiliado por Victorio y el carrero, volcó en ella el contenido de una

caneca.

—¡Fanfarrón! —me dije—. Bien se ve que ahora no está Dolores para que lo admire hacer el forzado.

Por la parte inferior comenzó a brotar el jugo de, la uva: un hilillo de mosto que se perdía en el recorrido circular de la canaleta. Vaciaron una y otra barrica hasta llenar la prensa, mientras Cirilo, con una horquilla de hierro, emparejaba los montones de racimos. Victorio y Tubalcaín empuñaron las manivelas y comenzaron a girar como en una noria. La plancha de la prensa descendió con facilidad, se oyó entonces ruido semejante al que produce un perro al atravesar un cerco de ramas secas, y las canaletas se llenaron de zumo que brotaba espumoso y se escurría en un tacho de aluminio. El chorro golpeó en el fondo con fuerza de desagüe en días de lluvia, y el tono del sonido metálico fue descendiendo a medida que aumentaba el nivel. Rodeamos al tacho, mientras la Pancha permanecía vigilante.

—Abuelita ¿podemos tomar un poco? —suplicó María Inés.

—Bueno, m'hijita, pero no mucho...

Mientras la Pancha hacía un gesto de contrariedad, corrimos hacia el comedor. Cada cual se proveyó de un vaso, una jarra o una taza, y al regresar nos encontramos con abuela, quien, riendo, se retiraba con lo que nosotros llamábamos en compensación: su «Estado Mayor».

En el alboroto, por ser el primero, poco faltó para que echáramos al tacho a doña Pancha, quien protestaba en vano tratando de hacerse respetar:

—¡Si son unos sotretas! ¡San Antonio bendito!... ¡Si parecen una indiada! —masculló por fin, mientras anudaba el delantal que había perdido en la refriega. En eso oímos la voz de mi madre, desde la galería—: ¡A ver!... ¡Obedezcan a la Pancha o van todos al corredor del norte!

La amenaza surtió efecto y la Pancha sentenció: —¡No, si'estos son hijos del rigor!

Bebí sin respirar casi la mitad de la jarra; un sabor muy suave llenó mi boca de frescura; respiré, entonces, con fuerza haciendo cloquear la lengua.

—¡Tomen nomás! ¡Ya verán cuando les fermente en la panza! —luego, mirándome, agregó—: ¡Y vos, pedazo de sanguango, en lugar di'ayudar sos el pior! ¡Ya no van a dejar ni gota, pal arropo!

—¡Pero Pancha, no seas «desajerada»... —dije, imitándola—, sí hay hartaza uva, como pa darle a tuitas las santas ánimas del purgatorio!

—¡Ave María purísima! —exclamó, alzando las manos—. Esos son los desplantes qui'aprendés del descreido de tu tío Ignacio...

—Pancha, dejate de zandeces, ¡si es jugo de uva!

—Bueno..., ya verán cuando les fermente, van a quedar toditos lo mismito que Mo... —la Pancha se contuvo y agachó la cabeza.

—¡Decilo nomás..., vamos a quedar borrachos como Modón!... ¡Viva Modón!

—¡Viva! —gritaron a coro mis hermanos y Luis, quien trataba de encontrar en el tacho del mosto sus anteojos. Llené de nuevo la jarra y, al ir a beber, me hallé con la mirada de Cirilo fija en mí.

—¡Cirilo!... No sabés cuánto te eché de menos —y, pasándole la jarra, se la puse a la altura de la boca—, tomá un poco, es riquísimo...

—Doña Pancha tiene razón, el mosto se fermenta y hace daño... Yo no tomo nunca vino, no quiero ser como...

—¡No seas tonto! —de nuevo volví a empinar la jarra, mientras mis hermanos se habían alejado y me miraban con algo de miedo—. ¡Viva Modón!

Nadie coreó mi grito. Cirilo guardó silencio, su mirada ya no era la misma de otras veces, tenía una dureza que me desconcertaba; luego, bruscamente, giró sobre sus talones y dijo:

—Voy a juntar leña para las hornallas.

Se alejó. Doña Pancha no dijo palabra y esto era raro, pues junto a la hornalla donde herviría el mosto hasta convertirse en arropé había un gran montón de leña hachada.

Al volver la cabeza encontré la mirada de Tubalcaín, parecía reprocharme algo; estuve tentado de interpelarlo, pero luego quedé pensando dónde había visto esa cara, ¿Qué diablos les pasaba a todos?

—¡Saquen el orujo! ¡Ve, pues, ya están flojiando! —rezongó la Pancha.

Tubalcaín y Victorio fueron sacando con las horquillas los hollejos y escobillos de los racimos.

Mis hermanos, cohibidos por mi desparpajo, desaparecieron. Quedaron sus vasos alineados en la tabla de una de las bateas. De improviso, ordené:

—¡Pancha, dale un vaso de mosto a Tubalcaín y otro a Victorio!

Ya vería ese gallito que no le tenía miedo.

Me desabroché el cuello de la camisa, sentía calor; miré el sol haciendo pantalla con la mano; debían de ser más de las doce.

—¿Tubalcaín es su gracia? —preguntó la Pancha, al tiempo que le alcanzaba el vaso y con ese tono que usaba para aparentar despreocupación cuando más deseaba averiguar.

—Tubalcaín Sosa, para servirla, doña...

—¡Sosa!... Sí, pues... ¿de los Sosas de Rama Caída?

El peón dudó antes de contestar.

—Sí, pues... Anduve por las cremerías del sur y, también, por otros pagos del litoral, para las cosechas...

La Pancha comenzó a caminar de un lado para otro; creí adivinar la causa de su inquietud pero estaba equivocado. No fue hacia la caseta de adobes pintada de blanco

y oculta por el gallinero; en cambio, como si llevara recado urgente, se dirigió hacia la casa. En lugar de encarar la escalinata que, con sus peldaños carcomidos por el uso, la llevaba hacia la cocina, trepó por la de la derecha y entró resueltamente en la pieza de abuela.

¿A qué se debía esta disparada? ¡Estaba chiflada!... pero tenía razón al decir que el mosto fermentaba en la panza... Esfumada vi la cara de Victorio; muy serio nos miraba alternativamente a Tubalcaín y a mí...



Desde el comedor, y a través de la puerta entornada, escuché un murmullo. El reloj de la chimenea dio cinco campanadas. Con desgano alisé mis cabellos. Tenía la boca reseca y el recuerdo de una siesta llena de pesadillas.

—Ya que está dispuesto, es mejor que se casen lo antes posible.

Era la voz de mi madre. Sentado en la silla hamaca, omití cualquier movimiento a fin de escuchar mejor. La contestación de abuela me despabiló por completo:

—Haré llamar a Modón, ya veremos...

¿A Modón? ¿Para qué? Debía de suceder algo extraño, de otra manera no imaginaba a Modón en la casa y, tan luego, a pedido de ella.

Mi sorpresa creció al ver que Tubalcaín salía del comedor con la cara muy roja y, sin verme, se dirigía al apeadero.

Durante un corto espacio de tiempo cesó la conversación. Luego escuché a tía Joaquina:

—¡Ah, si estuviera Ignacio, él podría arreglarlo todo!... ¡Estas cosas no son para mujeres!

—No te preocupes, ya verán cómo todo se arregla —dijo mi madre con decisión que me pareció desacostumbrada.

—Tiene razón María Mercedes —apuntó abuela—. No hay por qué hacer un mundo...

—Veremos lo que dice Modón...

También estaba tía Nicolasa; resultaba, sin duda, una reunión en pleno. ¿Qué diablos tenía Modón con Tubalcaín?

Decidido a averiguarlo, me dirigí resueltamente hacia el comedor; al tocar la puerta escuché a tía Elvira, que exclamaba nerviosamente:

—*Taissez-vous*...

Mi entrada produjo silencio embarazoso: comprendí que nada podría averiguar. El *taissez-vous* de tía Elvira significaba invariablemente: «No es conversación para los chicos». Y esto me fastidiaba sobremanera, porque ya no era un niño... ¡Ellas bien lo sabían! Con la vista fui recorriendo el grupo; una a una fueron esquivando la muda interrogación; intenté hablar, pero abuela, adivinando, cortó al punto:

—Veamos cómo va el arroje.

Con suspiro de alivio, mi madre dijo:

—Dice la Pancha que ya soltó el primer hervor.

Abuela se incorporó, todas la imitaron y, rodeándola, salieron de la habitación. ¡Hasta cuándo me considerarían un chiquillo! Si hacía falta el consejo de tío Ignacio, bien podía servir de algo mi opinión. Al fin y a la postre era el hombre mayor de la casa, ya que tío Enrique estaba en Maipú vigilando la cosecha de su viña.

Furioso atravesé el comedor y salí a la galería del sur; junto a las hornallas y a la sombra del parral divisé a toda la familia. Bajo tres grandes pailas de cobre ardía la leña. En cuclillas, la Chischica avivaba el fuego con la vieja y requemada pantalla de la Pancha, mientras Victorio esperaba una indicación para arrojar al fuego una brazada de sarmientos.

Me acerqué hasta sentir el resplandor. Dentro de las pailas hervía el mosto que, de tiempo en tiempo, espumaba la Pancha, cubriéndose la cara sudorosa con el delantal.

En silencio forzado escuchábamos el crepitar de los sarmientos; lentamente se convertían en ascuas. Al tomar fuego por una punta, en la otra surgía una llamita azulada muy semejante a la de un mechero de gas; de vez en cuando, los nudos estallaban con gozo de cohetes.

Abuela hizo una seña a Victorio, quien acudió solícito: —Mañana, a primera hora, llevarás un recado a Modón.

Al día siguiente recorrí la viña decidido a interrogar a Tubalcaín, pero no pude hallarle. Estaba la misma gente de la mañana anterior, un poco más sucia, con la ropa ya manchada por el mosto que se escurría desde los canastos o tarros dejando una mancha oscura, barrosa, sobre el hombro izquierdo, o derecho; mancha que se estiraba sobre el pecho y las espaldas. Tampoco, divisé a Dolores.

Vanos habían resultado mis intentos de hacer hablar a la Pancha; permaneció insensible aun ante la promesa de regalarle una *Vida de los Santos*, encuadernada en rojo y con cantos dorados, que había ganado en el colegio como premio de historia.

—¡Io no sé nada!... ¡Esas son cosas de la Señora!...

De allí no lograba apartarla, salvo cuando, fastidiada por la insistencia, respondía irónicamente:

—¡Io no sé que tanto l'interesan mis zandeces!

Era inútil, si abuela le ordenaba callar ya podían estaquearla al sol, como cuero de vacuno, pero no soltaría palabra.

Algo nuevo, algo que no había experimentado otros años, desorganizaba y había desordenado mi existencia en casa de abuela. Faltaban ya pocos días, menos de una semana, para nuestro viaje a Buenos Aires; la prórroga había pasado con igual rapidez. Otros años rondaba tristemente por las galerías, recorría casi con unción los caminos del parque, de la huerta; a veces, me acercaba a un viejo duraznero y palmeaba su tronco como sí me despidiera fraternalmente; andaba, la cabeza gacha, de un lado para otro, como perro sarnoso. Quería guardar muy adentro aquellas imágenes; miraba el magnoliero que siempre conservaba, en lo alto de su copa, flores muy blancas; a las palomas que revoloteaban entre las soleras del galpón; miraba la puerta de la despensa que todos los veranos veía envejecer; aquel avispero que se empeñaba en crecer en la rama más baja del pimiento del apeadero. Y hasta esperaba que, por rara casualidad, apareciera don Ramón Osuna para llevarme bien fresca su

imagen, que era, con la de mi abuela, encarnación de algo que sentía escaparse sin remedio. Era como si fuera sentado en la plataforma posterior del tren, y el paisaje, que me rozaba por completo, huyera sin darme tiempo a detallar las cosas.

Ahora todo resultaba diferente. No podía irme así. Aunque llegara el momento, no podría irme... No podía, de nuevo, llevar mis manos vacías; mis manos que se pegaban codiciosas al contacto suave de las pieles, de los cuerpos cimbreantes, de los labios rojos. ¡Con qué placer gustaba tocar con la pulpa de los dedos la carne de los labios, esa carne de frambuesa! Había visto posar los dedos con parecida fruición, sobre un libro para ciegos, a aquel cigarrero de la Avenida de Mayo, que llevaba escrito: «Ayudad a este ciego que trabaja».

¡No podía irme a Buenos Aires así!

Sin embargo, aquella siesta, vi en mi dormitorio el baúl-cabina que había sido de mi padre, con sus cajones abiertos a la espera de mi ropa.

Colgado de la percha estaba el primer traje de pantalones largos, que me compró mi madre hacía ya dos años; era de franela gris, como los que usaba Henri de Courtenay. Allí lo había vestido por primera vez. Recorrí, luego, a grandes zancadas, la habitación; era como jugar a las carreras de embolsados. Mi madre había abierto la puerta, con algo de miedo, se detuvo y miró con arrobó; fue tan sólo un instante, el necesario para que sus ojos, tan dulces, se nublaran por las lágrimas; luego, lo recordaba muy bien, disimulando, me había dicho:

—¿Te va bien el saco?, ¿no te ajusta bajo el brazo? —Quedó en silencio un momento, los ojos gachos, y de nuevo fue su voz verdadera la que dijo, apagadamente—. Ahora, ya sos casi un hombre...

Respiró hondo, como si descansara, como si señalara una pausa ante parte de la tarea cumplida. Me pareció que al mirarme bien plantado, debía pensar: «Este hombrecito lo he llevado en el regazo». Pero ella no lo dijo. Mi madre sólo pensaba esas cosas y era fácil su llanto bueno.

Al atardecer se terminaron las últimas pailadas de arrope y, una vez enfriado, comenzó el trasiego a los botijos de barro cocido. A los que debíamos llevar a Buenos Aires, se les aseguraba herméticamente la tapa. En la galería del sur se alineaban ya tres cajones: dos, cerrados y liados con alambres, estaban llenos con latas, frascos, moldes y tinajas de dulce; el tercero esperaba la provisión de arrope, que hacía nuestras delicias cuando embebíamos en él trocitos de queso fresco.

¡Sólo me quedaban cuatro noches y cinco mañanas de San Rafael! Días y noches que correrían tan rápidos como esas gotas de remedio que caían, casi empujándose, en el gotero de abuela.

Oscurecía. Un triste cielo sucio, con nubes color tierra arada se apoyaba sobre la Cordillera; los relámpagos, diluidos por la distancia, ponían en las crestas plumizas o castañas claror de escarcha mañanera al reflejarse en la nieve.

—¡Está diluviando en la Cordillera!... —dijo la Pancha, con gesto agorero.

Abuela meneó la cabeza:

—¡Sólo esto nos faltaba!... Tendremos creciente en el río... ¡Dios quiera que resistan las tomas del canal! Será prudente que Zoilo baje a tierra las compuertas.

La Chischica trajo una lámpara. Pronto se dio término a la tarea de acomodar el arrope y Victorio aseguró la tapa del cajón.

Un mamboretá muy verde golpeó contra el tubo de la lámpara y quedó sobre la carpeta, semejante a un cogollo de sauce cortado por el viento; enarcó la cabeza hacia arriba y, con sus patas delanteras, señaló el cielo raso donde la pantalla marcaba un círculo de claridad: iluminado mapamundi en el que las filtraciones del techo dibujaban, con trazos de caprichoso contorno, imaginarios continentes.

Apareció mi madre en la puerta del comedor y, dirigiéndose a abuela, exclamó azorada:

—Mamá, ¡ha llegado Modón!

Me sobrecogí. Abuela nos miró con aquella calma de persona que ante nadie teme disminuirse y, volviéndose, desapareció acompañada de mi madre.

Les seguí, y, ante mi asombro, abuela no hizo oposición ni con el menor de sus gestos que bastaba en tales oportunidades.

En la escalinata principal, sin atreverse a subir hasta el último peldaño, estaba Modón bamboleando la cabeza de pelos revueltos. Se diría que dormía en pie.

—¡Pase, Modón! —dijo abuela con tono seguro; y el visitante avanzó, ahora, con balanceo de pasajero que camina por el pasillo de un coche ferroviario.

—Tenga buenas noches, mi Señora...

Nos envolvió chocante tufo de vino.

—Buenas noches, Modón —contestó ella.

Desde el comedor y a través de la puerta, una lámpara iluminaba de lleno sus facciones y le hacía pestañear.

—Para lo que mande, mi Señora... —murmuró con humildad.

—Te he mandado llamar porque Tubalcaín Sosa quiere casarse con tu hija...

Los ojos enrojecidos se dilataron de asombro y rabia, parecía un basilisco.

—Tubalcaín, Tubalcaín..., ¡ese!... —gritó, agitando la barba enmarañada y reluciente por la saliva—. Ese..., con perdón de su Merced..., que se ganó a mi rancho como amigo y...

—Modón... —cortó imperiosa, al tiempo que golpeaba con el tacón de su botina en las baldosas. El hombre se encogió; recordé su cara del río, tuve miedo de que se arrojara sobre ella y di un paso hacia adelante; pero él quedó aplastado.

—Tranquilízate, Modón... Es mejor que suceda así... Ya hemos arreglado la ceremonia, será pasado mañana, aquí mismo, en mi casa, y les daré una «posesión» para que vivan como Dios manda. ¿Estás conforme?

Modón no habló, se obstinaba en mirar el suelo como si contara las baldosas negras que alternaban con las blancas. Yo le miraba mientras pensaba recordando la escena de la viña que Tubalcaín era un sinvergüenza; se iba a casar con la hija de Modón y andaba requiriendo a Dolores... Modón murmuró al fin con un suspiro:

—Si así le parece a su Merced, así se hará nomás...

Muy lejos se escuchó el retumbar de un trueno.

Abuela volvió la cara hacia mí; desde la penumbra vi su perfil iluminado; luego, sin traslucir un gesto, prosiguió:

—Como soy la madrina de tu hija Dolores, tengo la obligación, ante Dios, de velar por su felicidad...

Ligero resplandor iluminó el alto penacho de las palmeras que, de nuevo, se hundieron en la oscuridad. El trueno rodó entre los árboles, atronó retumbando en el espacio y temblaron los vidrios en las ventanas. Mi pecho fue una ventana más.

—Está bien, mi Señora...

—Eso es todo, Modón... y, Dios quiera, no me equivoque.

Abuela tendió la mano; Modón miró con asombro, como si nos interrogara. Mi madre asintió con un movimiento de cabeza que pareció darle ánimos; avanzó, entonces, restregando su mano derecha en el saco raído, e, inclinándose, rozó apenas la mano que se le ofrecía.

—Dios la conserve muchos años, mi Señora... —balbuceó otras palabras que no pude escuchar; luego, lleno de prisa, volvió la espalda. Trastabillando bajó la escalinata, tal si estuviera más borracho que al entrar; al pie de ella se inclinó como si perdiera el equilibrio; luego, le vi erguirse; en su mano izquierda llevaba, ahora, una damajuanita de vino.

Como autómata, como espejo, había visto desarrollarse la escena desde que escuché el nombre de Dolores... ¡Dios mío! ¡Era posible que Dolores fuera la hija de aquel hombre!

En vano quise dormir, estaba abrumado de dolor, de vergüenza, de no sabía cuántas encontradas emociones. Los truenos retumbaban a lo lejos; al retumbar era mi pecho el que recibía las descargas, las sentía dentro de mí. Desde chico, las tormentas eléctricas me fascinaban con esos estallidos que hacían tremolar mis entrañas.

«Tengo obligación, ante Dios, de velar por su felicidad». Abuela, desde todos los rincones de la habitación y en las pausas entre los truenos, dejaba escuchar su voz. ¿Cómo pude hacerlo?, me preguntaba a mí mismo desesperado y revolcándome en la cama.

De pronto, los truenos cesaron. Quedé en silencio escuchando el ritmo acelerado de mi respiración; poco a poco se fue convirtiendo en sonido ronco, que aumentó hasta llegar a sordo bramido de potencia aterradora.

—Es el río... —me dije—, ¡baja creciente!

Escuché con nitidez el estruendo del torrente. Sentado en la cama, los puños prietos, imaginé las aguas turbias crecer y henchirse como nubes encajonadas entre cerros; las vi arrastrando ramas, troncos y árboles desarraigados. A veces, arrasando con las defensas, el turbión socavaba las orillas, variaba el curso con caprichosas desviaciones y, sobre las barrancas, los alambrados quedaban en largos trechos, colgantes en el aire. Había visto, también, a mis álamos de feble raigambre arrancados de cuajo, rotas, con monstruoso mordisco, las líneas muy rectas de sus trincheras, mientras la acequia que corría a sus pies volcaba su hilillo de agua formando un surco en la barranca derruida.

Agotado, me dejé caer de espaldas; largo tiempo quedé con los ojos muy abiertos, hasta que llegaron a dolerme; entonces los párpados se me cerraron pesadamente, como si echara sobre mis pupilas una de las gruesas frazadas criollas. Durante el sueño no cesaron de rondar las caras que me acosaban: la de Dolores ofrecíase con gestos tiernos o lascivos y, al ir a tomarla, se tomaba en la repulsiva de su padre, que repetía como un sonsonete: «¡La hembra fue mala... y el mandinga se la llevó!». «La hembra fue mala»...

Me levanté somnoliento. En la galería principal se paseaba abuela; con asombro, la vi casi impaciente.

De súbito, en la puerta del pasillo, apareció la Pancha seguida por toda la servidumbre:

—¡Señora! ¡San Antonio bendito nos asista!

Entre el grupo divisé a Eulogio; muy pálido se adelantó:

—Señora, la creciente se llevó el rancho de mi compadre...

—¡El rancho de Modón! —exclamó abuela—. ¿Entonces, Modón?...

Eulogio asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Estí'año no van a parar las desgracias! —murmuró la Pancha y, luego, alzando las manos, agregó—: El Señor si'apiade d'él...

Todo el día se buscó, en vano, su cadáver.

Nadie recordaba una creciente tan grande: el agua había pasado sobre el puente, cortando largo trecho del terraplén.

Brillaban las piedras como pulidas en paciente labor; las cortaderas tumbadas hundían sus blancos penachos en la greda del embanque. Donde se levantaba el rancho de Modón corría, ahora, el brazo principal del río. Ni rastros, ni tan siquiera un pequeño remolino de agua señalaba el lugar ocupado por la miserable tapera. Entre el agua negruzca, que paulatinamente volvía a su nivel primitivo, asomaba de vez en cuando la cabeza, los cuadriles o la panza hinchada de un animal ahogado. Sobre el puente y entre la tirantería de acero, montado a horcajadas con gracia de chiquillo, había quedado un pie de gallo. En todo el largo del primer tramo, y

enganchados en las barandas, se veían yuyos y plantas marchitas; parecían adornos de un corso de flores ya sucedido. Las cuadrillas de camineros habían plantado sus banderines y trabajaban con prisa; golpeaban los picos y las palas en el pedregal que antes formaban los cimientos del terraplén. Largo rimerero de camiones descargaba montañas de ripio y tierra.

En la barranca, la gente señalaba en los troncos de los carolinos una marca de espuma.

—«Hasta aquí llegó la creciente»...

Al oscurecer, abuela hizo rezar un rosario por el alma de Modón, y la Pancha encendió todos sus cirios benditos por las ánimas del Purgatorio. Don Zoilo, el tomero, llegó para confirmar nuevas y desconsoladoras noticias: el río se había llevado las tomas del canal y destruido parte de las compuertas.

Abuela permaneció impasible; de nuevo era la mujer que no se permitía desfallecimiento, la misma que había acompañado a su marido para plantar un fortín en medio de la indiada. Ahora estaba seguro de conocer el gesto que tendría en el largo y fatigoso viaje de 70 leguas a bordo de las rechinantes carretas, de las saltarinas sopandas de rizados muelles; la veía en pie, siendo apenas una mujer, con ese mismo gesto de confianza, en el vasto patio del Fortín, mientras los hombres, fusil en mano, vigilaban desde la torre.

—Más que nunca, es necesario el casamiento de Dolores... Modón, ayer mismo, consintió en que así fuera. Avísenle a ella y a Tubalcaín, yo les daré una carta para el Jefe del Registro Civil y, pasado mañana a las nueve, aquí mismo, vendrá el Padre Romero.

Eulogio y Zoilo asintieron, abuela prosiguió:

—Deseo que vengan todos los de la familia.

Triste fue la charla de sobrecomida. Luego de retirarse mis hermanos y mi primo, tía Joaquina, con sus lentes calados, sacaba cuentas y consultaba viejas facturas atadas con cintas enmoñadas.

Por primera vez, me dejaban asistir a esta clase de reuniones. Pocas veces se hablaba de dinero en casa de abuela y nunca en presencia de los nietos. Yo permanecía en silencio, como si asistiera a una ceremonia solemne; miraba con algo de pudor las caras serias de la familia.

—Se van a necesitar cuatro o cinco mil pesos más, para las tomas del canal... — afirmó tía Joaquina.

—Mamá, ya sabe que Enrique puede prestarle el dinero que necesite; y usted nos devuelve cuando le venga bien... —dijo tía Elvira con vehemencia.

—Elvira, ya saben también que no acostumbro pedir plata a nadie y menos a mis yernos, por buenos que sean... Ya me arreglaré. El año que viene han de mejorar las cosas, si Dios quiere... Siempre hay un año de calamidades, parece que todas se

juntan... Ya he visto otro pero...

Mi madre hizo ademán de intervenir, pero abuela la contuvo con gesto dulce e imperioso a la vez:

—No, María Mercedes, tus hijos necesitan lo que tienes.

Sentada en la cabecera de la mesa, cerca de la lámpara de pie que iluminaba de lleno sus cabellos blancos, abuela me anonadaba con cada una de sus respuestas. Sin poderme contener rogué:

—Abuelita, ya que me han dejado estar con ustedes cuando hablan de esto..., yo... yo tengo una libreta en la Caja de Ahorro Postal...

—Gracias m'hijito... —alcanzó a murmurar.

Vi entonces que sus ojos se humedecían; en el rabillo de cada uno brilló un puntito luminoso; luego, dos lágrimas se escurrieron por las grandes ojeras.

Me sobrecogí: ¡abuela había llorado!

Apenas clareó, comenzaron los preparativos para la ceremonia. En una mesa de la galería se preparó el altar: sobre el mantel de encaje, dos candelabros de bronce escoltaban el Crucifijo antiguo; los floreros de la chimenea del comedor, colmados de magnolias, completaban la simple decoración.

Poco antes de la hora indicada, comenzaron a llegar los parientes de los novios; después de saludar a las señoras quedaban en pie, arrimados a la pared del comedor, con respetuoso temor de incomodar.

Alrededor de las nueve se escuchó en el callejón el ruido del break en el cual Eulogio y Tubalcaín traían al Padre Romero, quien descendió entre muestras de reverencia de los concurrentes. Abuela le recibió en la escalinata principal. Después de saludar a sus parroquianos, pasó a la sala para vestir los ornamentos y esperar la llegada de la novia.

Eduardo, muy nervioso, hacía las veces de monaguillo.

Abuela, con retintín, anunció al señor Cura que ya se habían cumplido «todos los requisitos y requilorios del Registro Civil, todas esas payasadas del gobierno que de nada sirven ante Dios».

De nuevo se escuchó ruido de carruajes en el callejón.

Seguido de mi hermano, el Padre Romero abandonó la sala y fue a ubicarse ante el altar improvisado.

Dudé un instante, tuve ganas de encerrarme en el dormitorio para, desde allí, contemplar la ceremonia; luego sentí vergüenza, me pareció que obraría cobardemente y quedé allí, a pie firme, mezclado entre los últimos concurrentes, que discretamente se acercaban hacia el altar, frente al cual ya se encontraba Tubalcaín.

Hubo un instante de expectativa; luego, por el corredor del apeadero, apareció Dolores. Al llegar a la galería se detuvo muy pálida, hasta me pareció que temblaba sin atreverse a mirar a nadie. Sin tocado, llevaba un vestido negro que dejaba traslucir



el color del viso. Tía Nicolasa, adelantándose, le colocó sobre la cabeza un chal de encaje negro.

La miraba sin poder quitar la mirada; la sentía una mujer distinta a la que había tenido; por un momento llegué a dudar si era la misma persona. No había conocido jamás a esta Dolores que avanzaba temblando, los ojos gachos, apoyada en el brazo de un muchacho, un brazo fuerte con el puño cerrado... A duras penas logré sofocar un grito. ¡Aquel brazo de muchacho, que ostentaba un brazal de crespón, era el de Cirilo! Me creí víctima de esas pesadillas que me despertaban bañado en transpiración. Respiraba fatigosamente el aire puro y calmo de la mañana.

¡Cirilo!

Sólo yo, tan ciego para todo lo que no fuera yo mismo, no había podido comprender la razón de la semejanza de aquellos ojos cuyo parecido me turbaba. Allí estaban apareados, avanzando casi a la misma altura, con parecida expresión de vergüenza y timidez. Ojos tan iguales, en mi obsesión de los ojos, como una sola tormenta negra trizada de relámpagos sobre dos vecinos alfalfares. Como aquel día, cuando estuve a punto de ahogarme en el río, desfilaron en un instante las caras mustias, tímidas y doloridas de Cirilo, cada vez que'había mencionado a Modón... Alelado, quedé sin movimiento. Era como esas tortugas de los pozos de balde, golpeadas por cada cubo que la gente baja para sacar agua fresca.

La ceremonia fue muy breve. Terminada, acercándose a Tubalcaín y luego de tenderle la mano, abuela le entregó un sobre cerrado.

Miraba privado de movimiento. De pronto reconocí en la cara muy pálida de Tubalcaín, la de aquel hombre que se había cruzado conmigo en la calle de los Sauces, cerca del Fortín, el día en que Isabel me había visto besar a Dolores.

Algo dentro de mí se esfumaba. La linterna mágica de una noche y la palabra que en Dolores cobró vida se diluía, borroneándose, alargándose, como el reflejo de un letrero luminoso en el agua del Río de la Plata. Había visto ese letrero flotante sobre las aguas calmas del balneario de San Fernando, o de Vicente López, no sabía precisarlo; pero veía las rojas letras mecerse en las aguas turbias, barrosas, agitadas apenas por la brisa del anochecer... Ya no deseaba correr, huir, sino estar sentado, sentado y solo en una enorme poltrona... Con desesperación, me pareció asistir al momento en que una ráfaga de aire ardiente arrebató el andamiaje enlonado que cubría el frente deslumbrante de un edificio recién construido. Ya no se quedarían mis ojos, mis manos y mis labios pegados solamente en la tierra, en el agua, en los álamos de la finca de abuela. Tenía la boca seca, la garganta apretada y, sin embargo, miraba a los seres reunidos allí como si estuviera en un palco de teatro.

El coche de abuela partió llevando a los recién casados hasta la «posesión» que ella les cedía. La concurrencia, luego de saludar a la dueña de casa, se retiró en silencio; desde que pisaban el apeadero parecían respirar con mayor holgura.

Sentado en la pila de adobes del galpón, encontré a Cirilo; abstraído miraba hacia el potrero de las lecheras.

Le hice señas de seguirme. Caminamos hasta internarnos en la huerta; sentía sus pasos tras de mí. Al llegar a un viejo manzano, perdido entre el monte de frutales, me detuve y, mirando al suelo, porque aún no me había atrevido a mirar su cara, exclamé: —Perdoname, Cirilo... Perdoname... ¡Yo no sabía!... ¡Yo nunca sé nada! Soy un bruto asqueroso... ¡Todo lo que llega a mis manos lo tomo, lo bebo, lo rompo o lo ensucio!— exclamé, alzando al fin la vista. Ahora era él quien bajaba la suya y me escuchaba en silencio. —¡Mirame Cirilo!... ¿Por qué no me pegás?... ¿Por qué no me rompés la cara, como lo merezco?... ¡Hablá!... ¿O no querés hablarme?— grité, casi implorando.

—Alberto —dijo al fin con su voz opaca—, io no tengo nada que perdonarle, nada... Usted no podía saber... —hizo una pausa dolorosa y agregó—: Io sé cómo es la Dolores..., ella no me quiso hacer caso, cuando l'alvertí... Así jué siempre, dende que se jué con el Tubalcaín... Si yo no l'echo nadita'e culpa, joven..., ni'a ella tampoco... Así, nomás, había'e suceder... Io también tuve culpa, porque no m'animé, tuve vergüenza de decirle qu'era mi hermana...

Inclinada la cabeza, me senté en el suelo. Cirilo hizo otro tanto y, mientras con un palito seco trazaba rayas en el suelo duro —que bajo el árbol, a manera de isla, dejaba el arado para no estropear las raíces—, continuó: —Io también lu'engañé cuando le dije qu'era un guacho..., pero era como si lo juera, porque mi tata no quería verme pa nada... Ni'a mí, ni'a la Dolores... Ni'a naides.

Junto a una cruz trazada con el palito, cayó una lágrima que se transformó en redonda bolita de tierra mojada. Hice ademán de acercarme, pero me contuve.

—Alberto, io no tengo nada que perdonarle... naides en las casas me ha tratado como usted..., con ser tan buena la señora... Mi pobre tata donde esté, estará lleno de contenteza... La Dolores ya sentará cabeza...

Emoción más serena, ternura profunda, se trepó a mi garganta y me raspó los ojos:

—No, Cirilo, ¡soy una porquería!... Me haces dar vergüenza de haberte conocido...

El sol del mediodía inundaba de luz la huerta y brillaba en las hojas nuevas brotadas después del granizo. No sé cuánto tiempo quedamos así. Miraba yo, de nuevo, los árboles; miraba los altos álamos abanicarse contra el cielo de añil; miraba la tierra morena volcada por la reja del arado; escuchaba el murmurar del agua en la acequia regadora, el chiar de los gorriones que saltaban columpiando las ramitas; el aire con olor de alfalfa me llenaba el pecho calmo. De súbito, recordé la cara y la risa taimada de Osvaldo Sierra y, con claridad, le escuché decir: «¡Dejate de mariconadas!»... Pero su risa compadre ya no sublevó mi cuerpo... Sentí piadosa

sensación; veía su cara estirada, los labios finos y tirantes; le miraba con atención, como si ya hubiera descubierto el mecanismo, el falso artificio, que me crispaba; le miraba seguro de estar en una tierra, en un lugar firme hasta donde él no sabía cómo llegar, ¡donde no llegaría jamás! Poco a poco su risa fue desapareciendo, y su cara quedó vacía. Este Osvaldo Sierra que me odiaba tan mezquinamente, ya ni valía la pena de despreciarlo. Respiré hondo, mis nervios se aflojaron.

Cirilo se levantó; los ojos irritados aún, resplandecían. Lentamente, y mirando a los míos, alargó su mano derecha, la apreté con fuerza. La palma de mi mano era casi tan callosa como la suya.

Tía Joaquina quedó encantada al recibir mi gato de regalo, y era feo el pobre gato negro manchado de blanco.

En silencio, partimos hacia la estación mi madre y hermanos. Abuela y el resto de la familia permanecería aún en San Rafael, hasta que terminara la cosecha y sus gajes.

Rodaba el break por el carril Thevenet; escuchaba el monótono ruido de las llantas de acero como si quisiera conservarlo para siempre en mis oídos. A mi lado, en el pescante, manejaba con soltura los dos pares de riendas, Cirilo, quien por primera vez había conseguido tamaña responsabilidad.

—Es una temeridad... —había dicho tía Joaquina.

—Eulogio tenía 17 años cuando comenzó a manejar mis coches... Cirilo ya se pondrá práctico... —contestó abuela.

En el interior del vehículo todos permanecían callados. Llegábamos ya a la última trinchera de álamos, que señalaba el límite de la viña y el de la finca; saqué la cabeza, quería ver por última vez los álamos de abuela. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo, apreté los dientes, mientras mis manos se agarraban en la manija del pescante; en medio de la calle transversal dos carros cargaban troncos. Durante un minuto inacabable escuché el ruido seco de las hachas, vi tambalearse un álamo del que tiraban, con tensa cuerda, tres hombres de brazos musculosos. Cayó pesadamente. Una paloma torcaza, color ceniza, como escapada de la cruz que contra las tormentas hacía la Pancha, dio una voltereta en el aire y fue a posarse en otro álamo.

Sin saber lo que pedía, ni lo que de ella esperaba, miré con ansiedad a abuela.

—Los tuve que vender, ¡también se los lleva el turco para hacer cajones fruteros! —musitó, irguiendo imperceptiblemente la cabeza.

Ya no escuché más que el seco golpetear de las hachas, mezclado al monótono rumor de las llantas del coche. Golpeaban las hachas. Sentía retumbar el golpe duro, macizo. Retumbaba. Retumbaba como golpes de sangre.

Con el pie en el estribo de su auto rojo, el turco hacía anotaciones en una libreta. Uno, tras otro, caían los álamos de mi adolescencia.

## Glosario [1]

**ABALORIOS:** Cuentas de vidrio agujereadas con las que se hacen adornos y labores.

**ABOTAGADO:** Hinchado el cuerpo.

**ACEQUIA:** Zanja por donde van las aguas.

**ACICATE:** Espuela que tiene una sola púa. Fig.: lo que incita a una cosa.

**ADOBE DEL ESTRIBO:** Grillete.

**ADREDE:** A propósito.

**AGUAITAR:** Acechar.

**AGUARDENTOSA:** Dícese de la voz áspera, bronca.

**AIRÓN:** Penacho de algunas aves. Adorno de plumas.

**ALABEADA:** Curvada.

**ALBAÑAL:** Canal o alcantarilla. Depósito de inmundicias.

**ALDABÓN:** Llamador grande que se pone a las puertas.

**ALFEÑIQUE:** Pasta de azúcar cocida y estirada en barras muy delgadas.

**ALPATACO:** Algarrobo pequeño.

**ALTANERÍA:** Altivez, soberbia.

**AMOSCADO:** Enojado, enfadado.

**ANDURRIAL:** Paraje extraviado o fuera de camino.

**ANUENCIA:** Consentimiento.

**PACHURRAR:** Aplastar.

**APEADERO:** Banco de piedra apoyado en las paredes para montar en las caballerías o desmontarse de ellas.

**APULLAR:** Mortificar, censurar, zaherir.

**QUIESCENCIA:** Consentimiento, aprobación.

**ARDITE:** Moneda antigua de poco valor. Fig.: valer muy poco.

**ARNÉS:** Guarniciones de las caballerías.

**ARRELLANARSE:** Extenderse en el asiento con toda comodidad.

**ARROBO:** Éxtasis.

**ARTESONADO:** Adorno con molduras, por lo general en techos y bóvedas.

**ASOLEADA:** Torpe.

**ATALAJAR:** Poner sus arreos a las bestias de tiro y engancharlas.

**ATARANTADO:** Atropellado, aturdido.

**ATEZADO:** De piel tostada y oscurecida por el sol.

**AVENTAR:** Hacer o echar aire. Arrojar al viento alguna cosa.

**AZADÓN:** Instrumento que sirve para rozar y romper tierras duras y otros usos.

**BADAJO:** Pieza pendiente en el centro de las campanas y que las hace sonar al tocarlas.

**BANDEAR:** Darse maña para vencer dificultades. Cruzar, atravesar.

**BARAÚNDA:** Ruido y confusión grandes.

**BASILISCO:** Animal fabuloso que, según la creencia popular, mataba con la vista.

**BATEA:** Recipiente de poco fondo para lavar.

**BAYO:** De color blanco amarillento. Suele aplicarse a los caballos y a su pelo.

**BORDELESA:** Barrica, tonel mediano.

**BORDO:** Reparación de césped para detener las aguas en las tierras.

**BOTIJÓN:** Vasija de barro de mucho vientre, con una boca para echar el agua y un pitón para beber.

**BREAK:** Coche de cuatro ruedas, con pescante elevado y dos filas de asientos en la parte trasera.

**BREECHES:** Pantalones de montar, holgados en la parte superior, que se introducen en las botas.

**BRIDA:** Freno y correa de la cabeza del caballo.

**BRIN:** Lona fina.

**CABESTRO:** Correa que se ata a la cabeza de la caballería.

**CABRIOLAR:** Brincar.

**CÁFILA:** Fam.: conjunto de personas, multitud.

**CALAFATEAR:** Tapar las juntas de las embarcaciones con estopa y brea. Por ext.: cerrar juntas.

**CAMELLÓN:** Lomo de tierra que se levanta con la azada o el arado.

**CANECA:** Balde de madera.

**CARACOLEAR:** Hacer caracoles, movimientos en redondo.

**CARIACONTECIDO:** Con el semblante afligido.

**CAROLINO:** Variedad de álamo.

**CARPIR:** Limpiar de hierbas la tierra con el carpidor.

**CASAL:** Pareja.

**CATANGA:** Escarabajo.

**CIMBRAR:** Hacer vibrar una cosa flexible.

**CINCHA:** Faja con que se asegura la silla sobre la cabalgadura.

**CIRCUNSPECIÓN:** Prudencia, discreción, gravedad en los hechos y las palabras.

**COMEDIDAMENTE:** Con moderación, con cortesía.

**CONSOLA:** Mesa de adorno, adosada a la pared.

**CORTADERA:** Planta gramínea de hojas cortantes.

**CUJA:** Bolsita de cuero cosida a la silla del caballo, donde se introduce el cuento de la lanza. Armadura de la cama.

**CURAO:** Embriagado.

**CURARSE:** Embriagarse.

CHACOTONA: Alegre, burlona.  
CHAMPA: Cosa enmarañada.  
CHILCA: Planta americana compuesta, resinosa.  
CHÚCARA: Bravía, salvaje, arisca.  
CHUSCADA: Dicho o hecho gracioso, picaro.  
DÉDALO: Fig.: laberinto.  
DENGUES Y PERENDENGUES: Expresión que indica delicadeza afectada.  
DERRENGADO: Torcido.  
DESAZÓN: Fig.: disgusto, molestia.  
DESEMBANCAR: Destapar un río o canal obstruido con desechos.  
DESTILADERA: Instrumento usado para destilar o filtrar.  
DESVENCIJADO: Aflojado, descompuesto.  
DOSEL: Cortina o tapiz colgante.  
EMBANQUE: Obstrucción de un río.  
EMBELEQUERO: Mentiroso.  
ENCABADO: Inserto en un mango.  
ENDILGAR: Encaminar, dirigir.  
ENGOLADO: Fig.: presuntuoso, ampuloso.  
ENHIESTO: Levantado, derecho, erguido.  
ENJALBEGADO: Blanqueado con cal o yeso.  
ENTEICO: Enfermizo, flaco, delgado.  
ESCABEL: Taburete para reposar los pies.  
ESCAÑO: Banco grande con respaldo.  
ESCUDELLA: Vasija ancha semiesférica.  
ESTEARINA: Sustancia blanca y grasa que se emplea en la fabricación de velas.  
FALLEBA: Varilla que cierra las ventanas o puertas.  
FARFULLAR: Hablar precipitadamente.  
FEBLE: Débil, flaco.  
FULO/A (Americanismo): Negro o mulato cuyo color tira a amarillento o pálido.  
Fig.: enojado, furioso.  
FUNDO: Finca rústica.  
GANDUL: Vagabundo, holgazán.  
GARGARISMO: Licor con que se hacen gárgaras, acción de gargarizar.  
GARIFA: Viva, pícara.  
GUACHO: Huérfano.  
GUAGUA: Niño de pecho.  
GUALDRAPA: Cobertura larga que cubre las ancas del caballo.  
HIERÁTICA: Concerniente a lo sagrado. Fig.: que tiene solemnidad extrema.

HORNACINA: Hueco a modo de nicho en una pared.

HURACO: Agujero.

JAR: Ijada, cada una de las cavidades situadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas.

JACULATORIA: Oración breve y muy ferviente.

JALONAR: Fig.: determinar, marcar, señalar.

LITOGRAFÍA: Arte de reproducir por medio de la impresión dibujos grabados en piedra.

LUDIDA: Rozada, percutida, gastada.

MACADAM: Pavimento de piedras desmenuzadas y aglomeradas.

MALEDICENCIA: Acción de maldecir o denigrar.

MANCERA: Pieza trasera del arado, que empuña el labrador.

MANDIL: Delantal usado en algunos oficios. Tela que se pone debajo de la silla del caballo.

MANEA: Correa con la que se sujetan las manos de una bestia. Cadena que sirve para inmovilizar las ruedas de un carruaje.

MAYESTÁTICA: Relativo a la majestad.

MENSUAL: Empleado que está pagado mensualmente.

MÉNSULA: Adorno arquitectónico saliente que sirve para sostener alguna cosa.

MERMADO: Disminuido, consumido.

MIAJA: Migaja pequeña de una cosa.

MILORD: Carruaje de cuatro asientos, cuatro ruedas y capota.

MOHÍN: Mueca o gesto.

MOLEJÓN: Piedra de afilar, que gira en un eje horizontal.

MOSTO: Zumo de la uva antes de fermentar.

ORUJO: Hollejo de la uva.

PAILA: Vasija redonda y grande de metal.

PANADIZO: Inflamación aguda del tejido celular de los dedos, principalmente de su primera falange.

PANDITO: Llano, pausado, tranquilo.

PAPARRUCHA: Noticia falsa. Mentira. Obra sin valor.

PELLÓN: Tela acolchada que se pone bajo el asiento en el apero criollo.

PERDIGONADA: Tiro de perdigones o municiones de caza.

PESCANTE: Asiento destinado en los vehículos al conductor.

PIAFAR: Golpear el caballo el suelo con las patas delanteras.

PIAL: Lazo que se arroja al animal para voltearlo en la carrera.

PICANERO: El que pica los bueyes con una vara.

PIE DE GALLO: Planta aromática, de tallo delgado, flores blancas y fruto seco.

PILOTE: Estaca que se hinca en tierra para consolidar cimientos.

PINGAJO: Harapo que cuelga.

PIRCA: Voz quechua. Pared de piedra en seco.

PITÓN: Bulto pequeño y puntiagudo en la superficie de alguna cosa.

PLASTA: Cualquier sustancia blanda y fácil de moldear. Cosa aplastada.

PLATABANDAS: Canteros de un jardín contra la pared.

POLAINA: Prenda de cuero que cubre la pierna hasta la rodilla y la parte superior del pie.

POLTRONA: Silla más baja de brazos que la común, pero de más amplitud y comodidad.

POTO: Trasero.

PRELACIÓN: Preferencia con que una cosa debe ser atendida.

PROPALADO: Divulgado.

PROSOPOPEYA: Fam.: gravedad y pompa afectadas.

QUICIO: Parte de las puertas y ventanas en que está asegurada la hoja por medio de bisagras.

REDOMÓN: Caballo no domado por completo.

REGODÓN: Regionalismo por «regadeón»: delicado, descontento.

REQUILORIO: Requisito o formalidad innecesaria.

RESCOLDO: Brasa que se conserva entre la ceniza.

RESUELLO: Respiración sonora.

RIMERO: Conjunto de cosas colocadas unas encima de otras.

ROMERÍA: Peregrinación. Fiesta popular.

SARAOS: Reunión nocturna en donde hay baile o música.

SIFÓN: Tubo encorvado para trasegar líquidos haciéndolos pasar por un punto superior a su nivel.

SOLERA: Madero que se asienta de plano en la obra para que en él descansan otros, horizontales, inclinados o verticales.

SOPANDA: Correa empleada para suspender la caja de los coches antiguos. Por ext.: carruaje.

SULQUI / SULKY: Coche liviano de dos ruedas.

TAIMADAMENTE: Con hipocresía.

TALUD: Declive del paramento de un muro o terreno.

TARUMBA: Confundido, atolondrado.

TASCAR: Morder el caballo el freno.

TERNO: Traje completo de hombre.

TERREGOSA: En zona de terrones.

TESTERO: Frente de una cosa.



TENTO: Tira angosta y delgada de cuero. Prenda del lazo.

TILINGADA: Tontería.

TISANA: Bebida medicinal resultante de cocer ligeramente hierbas en agua.

TOLVANERA: Polvareda, remolino de polvo.

TOMERO: Persona encargada del cuidado del embalse de agua para desviar parte de su caudal.

TRASIEGO: Acción de pasar el vino de una a otra cuba.

TREPIDAR: Temblar, estremecerse.

TRISAGIO: Himno cantado en honor a la Santísima Trinidad.

TURBIÓN: Aguacero repentino. Chaparrón.

VIANDANTE: Caminante, transeúnte.

VISCOSO: Pegajoso.

ZANGOLOTEARSE: Moverse sin concierto. Sacudirse continuamente.



ABELARDO ARIAS (Córdoba, Argentina, 10 de agosto de 1908 - Buenos Aires, Argentina, 27 de febrero de 1991).

Fue el quinto de los ocho hijos de una tradicional familia mendocina. Su padre — militar de carrera— cumplía funciones en distintos destinos del país y en uno de esos traslados se encontraba en Córdoba cuando su esposa da a luz antes de que la familia se radicara en San Rafael, luego en la capital mendocina y más tarde en Buenos Aires.

Abelardo se convierte en un estudiante precoz. Aprende a leer en su casa antes de ir a la escuela y en las aulas llamó la atención por sus conocimientos. Leía vorazmente. Realiza los primeros estudios en San Juan, más tarde asiste al Colegio Normal y finalmente completa sus estudios secundarios con los Hermanos Maristas.

En 1927 se radica en la Capital Federal. Inicia la carrera de Derecho que posteriormente abandonará para dedicarse a la literatura. En esos años, su vida se ve llena de dificultades económicas. Hace trabajos a pedido y trata de ingresar en algún diario. A través de un amigo presenta crónicas de viaje en las editoriales pero todas son rechazadas. Desilusionado acude al diario *La Razón* para ocupar un puesto vacante. Fracasa. Como última jugada, antes de regresar a Mendoza, inventa una crónica titulada *Paráfrasis en un poema-Partenón* y la lleva al diario *La Nación*. Dos semanas después lo llaman y le comunican que se incorpora como redactor en el suplemento literario del diario. En ese medio trabajará hasta su muerte.

En 1942 Arias publica la novela *Álamos talados*, con la cual obtiene el Primer Premio Municipal de Buenos Aires, el Premio de la Comisión Nacional de Cultura y, en Mendoza, el premio Agustín Álvarez. Cinco años después lanza la novela *La vara de fuego* que continúa el desarrollo autobiográfico de Alberto, protagonista de *Álamos talados*. Mientras esta narra una experiencia infantil dentro del ámbito campesino que da el contorno propio, *La vara de fuego* concreta las repetidas confrontaciones de un adolescente hondamente sensual que busca una realidad amorosa.

Transcurre el año 1952 y viaja por Francia, Suiza e Italia. Estudia literatura contemporánea en París como becario del gobierno francés. A su regreso reúne una serie de crónicas de viajes en forma de diario que titula *París-Roma, de lo visto y lo tocado*. En 1955 vuelve a Europa, pasa por Francia, Suiza e Italia. En medio de esta travesía se mete de lleno con su notable novela: *El gran cobarde* publicada en 1956.

Ya en 1957 decide regresar a Europa, su espíritu de viaje indomable no lo deja fijo en ningún lugar. Recorre Francia, Suiza, Italia y Bélgica y publica su segundo libro de relato de viaje: *Viaje latino*. Realiza su primer viaje a Grecia y embriagado por la mística helénica nace la idea de escribir sobre el Minotauro. Publica *De la torre de fuego a la niña encantada* (itinerario argentino).

A principio de junio de 1959, se concluyó la película de *Álamos talados* en colores y cinemascopio rodada íntegramente en Mendoza. Fue producida y dirigida por Catrano Catrani y el guión realizado por Abelardo Arias y Antonio Di Benedetto.

Publica en 1962 *Ubicación de la escultura argentina en el siglo xx* (ensayo). Trabajo que recibe el Primer Premio Municipal de Ensayo y el Premio Palas Atenea del Instituto Argentino de Cultura Helénica.

En 1963 da a conocer *Los vecinos* su parábola radioteatral. Publica en 1964 *Límite de clase* una novela por la que obtiene el Premio del Fondo Nacional de las Artes y el Primer Premio Municipal de Prosa. Es condecorado por el gobierno de Italia con la Medaglia Culturale.

En 1966 publica *Minotauroamor*, por la que recibe el Premio Nacional de Literatura. El análisis del discurso en *Minotauroamor* de Abelardo Arias, permite al lector acceder a una serie de conceptos acerca del hombre y de las realidades que le conciernen: el amor, la amistad, la belleza, el arte, el poder, entre otros.

En 1967 publica *Grecia en los ojos y en las manos*.

En 1968 nos sorprende con *La viña estéril*. Como bien expresa Marta Castellano, en la novela «*La Viña Estéril*» (1968), del escritor mendocino Abelardo Arias, se verifica un interesante proceso de elaboración del discurso narrativo, a partir de la recurrencia de un procedimiento que se basa en el juego con las distintas dimensiones

temporales; este fenómeno da indicios de una cosmovisión particular que se relaciona con una mentalidad mítica, y se condice con la clave religiosa del texto.

En 1969 publica *Viajes por mi sangre* (itinerario argentino). Orden del Mérito, en el grado de Caballero Oficial, otorgada por el gobierno de Italia.

En 1971 gana el Premio Nacional de Literatura, el Premio del Rotary Club, el Premio Libro del Año y la Pluma de Plata del PEN Club con la obra *Polvo y espanto*. La novela fue llevada al cine en 1987, por el realizador Anibal Unset, con la actuación de Héctor Alterio y Rodolfo Ranni en los roles protagónicos.

En 1973 publica *De tales cuales* (novela).

En 1974 escribe *Intensión de Buenos Aires*, itinerario argentino.

En 1975 publica su diario de viaje *Talón de Perro*. Recorre Francia e Italia.

En 1976 publica *Antonio Sibelino, escultor* (trabajo de investigación y crítica), y *Aquí Fronteras* (novela). Recibe el Gran Premio Fundación Dupuytren.

En 1979 publica la novela *Inconfidencia (El Aleijaidinho)*.

Recibe la Orden de la Inconfidencia, otorgada por el Estado de Minas Gerais, Brasil.

En 1981 comienza a trabajar sobre su libro *Él, Juan Facundo*, obra que le llevará ocho años de elaboración debido a que se encontraba enfermo.

En 1988 le es otorgado el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores. Se concretan numerosos homenajes con motivo de sus 80 años.

En 1991 fallece en Buenos Aires el 27 de febrero. Siguiendo los deseos del escritor, sus cenizas son arrojadas al Río Diamante.

En 1995 la editorial Galerna publica *Él, Juan Facundo*, su novela póstuma.

# Notas

[1] NOTA: Las definiciones del presente glosario se ajustan al contexto lingüístico de la novela. <<